

# Antropología

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 10 ≈ Julio-Agosto 1986



Plaza Mayor de México, siglo XVIII. Museo Nacional de Historia

Una mirada sobre lo ajeno, *Elisa Ramírez* □ La historia de las mentalidades en México, *Seminario de Historia de las Mentalidades* □ Acercamiento a los aztecas; el México antiguo ante los ojos de los alemanes, *Hanns J. Prem* □ Control de la erosión en Tlaxcala: época prehispánica, *Angel García Cook* □ Una joya de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, *Departamento de Archivos Históricos y Bibliotecas* □ Los últimos señores de Palenque, *Marie-Odile Marion* □ La conservación de las obras de arte, problema de política cultural, *Paul Philippot* □ Conclusiones y recomendaciones del taller sobre "Rehabilitación estructural y funcional de habitaciones populares en edificios históricos situados en regiones sísmicas" □ Hasta el nido del cóndor... *Suplemento en páginas centrales.*

## Índice

UNA MIRADA SOBRE LO AJENO Elisa Ramírez Castañeda	3
LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES EN MÉXICO Seminario de Historia de las Mentalidades	4
ACERCAMIENTO A LOS AZTECAS; EL MÉXICO ANTIGUO ANTE LOS OJOS DE LOS ALEMANES Hanns J. Prem	9
CONTROL DE LA EROSIÓN EN TLAXCALA: ÉPOCA PREHISPÁNICA Ángel García Cook	14
UNA JOYA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA Departamento de Archivos Históricos y Bibliotecas	21
LOS ÚLTIMOS SEÑORES DE PALENQUE Marie-Odile Marion	22
LA CONSERVACIÓN DE LAS OBRAS DE ARTE. PROBLEMA DE POLÍTICA CULTURAL Paul Philippot	25
CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES DEL TALLER SOBRE "REHABILITACIÓN ESTRUCTURAL Y FUNCIONAL DE HABITACIONES POPULARES EN EDIFICIOS HISTÓRICOS SITUADOS EN REGIONES SÍSMICAS"	30
HASTA EL NIDO DEL CÓNDROR... Suplemento en páginas centrales	

Enrique Florescano  
*Director General*  
Roberto Sandoval Zarauz  
*Secretario Técnico*  
Margarita Rosa Rosado  
*Secretaria Administrativa*  
Jaime Bali West  
*Director de Publicaciones*  
Patricia Cazals Kirsch  
Arturo Soberón Mora  
*Edición*

Correspondencia y distribución:  
Czda. México-Tulychualco 3428,  
Culhuacán, D.F.  
Teléfono 582-87-91.

## Actividades del INAH

La firma del convenio para el rescate arqueológico de la zona de Yaaxcanab, Quintana Roo, entre el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores, se llevó a cabo el pasado 19 de septiembre en la ciudad de México. En esa ocasión el director general del INAH, doctor Enrique Florescano, subrayó la importancia del gran paso que se da en la legislación mexicana en cuanto a la preservación del patrimonio cultural, al haber llegado a este acuerdo con el INFONAVIT, institución que a nivel regional acoge la responsabilidad común de participar en el salvamento y conservación del patrimonio histórico. Con ello, comparte la tarea que el INAH, en colaboración con la comunidad y con diversas asociaciones civiles, lleva a cabo para salvaguardar el patrimonio nacional. El titular del INAH destacó la importancia de convenios como éste, ya que no existe ninguna institución que pueda tener personal capacitado en todas las zonas arqueológicas. Asimismo, señaló la necesidad de descentralizar responsabilidades y de involucrar cada vez más a los municipios que, en última instancia, son los que se responsabilizan de la conservación y buen uso del patrimonio cultural local, siempre bajo la supervisión y normatividad del Instituto, en una labor sin paralelo, ya que sólo en nuestro país se ha legislado para proteger el patrimonio histórico.

Por su parte, el delegado regional del INFONAVIT de la Zona XII, que comprende Yucatán, Campeche, Tabasco y Quintana Roo, licenciado José J. Hermosillo, consideró de gran envergadura el iniciar un trabajo en coordinación con el INAH para rescatar nuestras raíces, así como para permitir realizar en forma conjunta la labor de conservación de nuestro patrimonio histórico y ocuparse de la atención a la vivienda.

Dentro de los puntos del convenio entre el INAH y el INFONAVIT, se considera la realización de excavaciones en la zona de Yaaxcanab, Quintana Roo, para obtener mayor información sobre la cultura que se desarrolló en aquel sitio. Asimismo, en el renglón financiero, el INFONAVIT hará una aportación por once millones 528 mil 593 pesos, para gastos de investigación y contratación de peones para llevar a cabo las excavaciones, bajo la supervisión de personal del INAH, de acuerdo con lo que marca la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas.

Concluyó el Primer Foro sobre la Formación del Antropólogo y el Historiador, organizado por la Escuela Nacional de Antropología e Historia con el propósito de reunir a todos los interesados: comunidad estudiantil, profesores, autoridades y representantes de diversas instituciones de educación superior, para hacer una revisión de los problemas prevalentes en la actualidad respecto a la preparación profesional del antropólogo y del historiador. El Foro se llevó a efecto durante cinco días del mes de agosto, en que se presentaron más de 80 ponencias que abordaron temas relacionados con el cuestionamiento de las actividades de estos profesionales, así como su formación y la manera de vincular su tarea con la realidad nacional.

Se trataron varios de los aspectos que más interesan a la comunidad de la ENAH como son: el incremento del nivel académico, los métodos y técnicas más adecuados para ejercer sus profesiones y el mercado de trabajo. Al tocar estos puntos no se pudo soslayar el hacer un análisis del panorama de la educación superior en México en la actual situación económica del país. Con el Foro se logró suscitar la reflexión y la toma de conciencia colectivos, respecto a la responsabilidad que implica la formación de científicos sociales en vínculo estrecho con la sociedad mexicana en la actualidad.

Elisa Ramírez Castañeda\*\*

## Una mirada sobre lo ajeno\*

El antiguo edificio de la Real Casa de Moneda, pilar y símbolo de la economía novohispana, alberga hoy al Museo Nacional de las Culturas.

En Moneda 13 confluyen varias tradiciones:

Es aquí donde se asienta el primer Museo Público que, desde 1866, funciona de manera ininterrumpida. Aquí se gestan formas de coleccionar y de acopiar, de vincular el pasado al presente, de definir la identidad nacional y de mostrarla. Al ritmo de distintas hipótesis, a espaldas de Palacio Nacional, surgen la historia y la museografía mexicanas.

El Museo Nacional de las Culturas alberga, hace 20 años, colecciones de otras culturas. Cristaliza aquí una vieja tradición de reflexión sobre lo ajeno. En sus vitrinas puede verse una larga trayectoria internacionalista; una constante de solidaridad con otros pueblos se desprende de sus salas. En la base de este Museo, hay un importante proyecto político y didáctico.

El actual Museo, en proceso de restructuración, representa una opción crítica en el campo epistemológico de la etnología y la antropología de nuestro país; pretende un análisis sobre la diferencia y la semejanza entre las culturas, un atisbo sobre lo heterogéneo para volver sobre lo propio y enriquecer nuestra especificidad, englobándola en la visión de un contexto más genérico. Este Museo puede ser un contrapunto a la visión



nacionalista impermeable, fija, chovinista. Partiendo de sus salas, puede indagarse la diversidad —la nuestra incluida— y se abre un diálogo con otros museos.

El Museo Nacional de las Culturas tiene el privilegio de una visión de modernidad y de universalidad: en un ámbito donde los canales de información tienden redes de conocimiento y de atomización y parcelación de las culturas, el Museo, además de recuperar sus antecedentes históricos y políticos, añade un proyecto académico y de investigación científica que quiebra esta parcelación de tiempos y culturas y apunte a éstas como a un todo móvil, variable, en permanente flujo.

Desde los primeros acopios de objetos, reliquias y piezas (con los más variados criterios) hasta la compleja red de museos que existen hoy en día en el país, las hipótesis que subyacen al coleccionar, custodiar y difundir la historia y la cultura se han modificado radi-

calmente; siguen de cerca el desarrollo intelectual del país, sus necesidades de mostrarse y resaltarse. Los museos anteceden, documentan y difunden un proyecto de nación.

De las vitrinas atestadas a las salas planeadas con guiones científicos y modernos recursos museográficos hay una constante: las colecciones y el discurso que éstas generan. Además de los objetos, tenemos la lectura que de ellos hacen los estudiosos y académicos y el trabajo del personal, indispensable, invisible, que permiten su difusión. Y el público, que genera un particular discurso ante lo que mira. Sólo con estos tres elementos: colecciones, mediadores y receptores, tenemos un museo.

Los museos mexicanos pueden reclamar una herencia común: responden a un solo desarrollo teórico, muchos de ellos salen incluso del recinto de Moneda 13. Lo que es específico y exclusivo del Museo Nacional de las Culturas es ser

el único en el país y en el Tercer Mundo que nos enfrenta a otras culturas, no en luchas o contiendas, sino en un estatuto de igualdad y respeto. Por sus colecciones, podría asemejarse a los grandes museos metropolitanos, pero su manera de recolectar le da, de principio, un carácter diferente. Este Museo no es producto ni del colonialismo ni del neocolonialismo; sus salas se han llenado por mecanismos de canje, donación o préstamo. Las piezas carecen del carácter hegemónico que tendrían en otras partes. El discurso del Museo no pretende subsumir, moralizar o imponer una visión determinante; nuestro país no está en posibilidades de hacerlo.

Del prestigio del oro y de la plata de la Nueva España al prestigio de un respeto por todos los pueblos de la Tierra, hay un largo camino. Al mostrar al otro, en la antigua Casa de Moneda, se revive la utopía de una convivencia armónica, respetuosa de lo heterogéneo.

Si, históricamente, en México la etnología, la ciencia y los estudiosos en general se han caracterizado por reflexionar sobre lo propio con categorías ajenas, el proyecto científico del Museo Nacional de las Culturas es la reflexión sobre lo ajeno con categorías propias. Ese es su vínculo y su compromiso con el país, ahora. Pasado el tiempo donde la emulación, el acatamiento acrítico o la sumisión tiñen nuestra visión al exterior —común a las sociedades coloniales—, una nueva óptica nos permitirá una apertura que aspira a entender lo genérico en el hombre y su cultura para insertar cualquiera de sus singularidades en un estatuto de reconocimiento y validez. También coadyuvará a una teorización sobre el lugar de nuestra cultura propia en este mosaico vivo y asombroso.

\* Avance de un libro acerca del Museo Nacional de las Culturas, que aparecerá próximamente

\*\* Museo Nacional de las Culturas

# La historia de las mentalidades en México\*

Definir la historia de las mentalidades en verdad no es fácil; las posiciones que se han dado muestran, ante todo, la ambigüedad de la materia. Por "mentalidades" se puede entender el conjunto de comportamientos y de valores que inspiran en un momento dado, a grupos o sectores sociales. En este sentido, se trasciende forzosamente la sicología de grupo, puesto que el historiador de las mentalidades rebasa el terreno de lo afectivo para adentrarse en el de las *representaciones*, que son forjadas por factores socioeconómicos complejos; asimismo, se interesa en los *comportamientos*, que desembocan en la historia directa por medio de la acción. En fin, las mentalidades de un grupo no se reducen a la suma aritmética de las sicologías de los individuos que lo componen, sino que obedecen a otra dinámica, variable según los casos. Además, se diferencian de las ideas propiamente dichas puesto que escapan a la conciencia, siendo, para Jacques le Goff, "el contenido impersonal del pensamiento", o sea, una actividad síquica que abarca lo afectivo, lo racional y lo social. Robert Mandrou llega incluso a hablar de "una visión del mundo *lato sensu*", o sea de una cosmogonía implícita propia de cada grupo humano, que implicaría la esfera religiosa y filosófica, según la época, el país y el sector considerado.

En otras palabras, conferir a las mentalidades un papel en la historia, significa tomar en cuenta, para la explicación del

pasado y del devenir humano, factores que no son estrictamente económicos, demográficos, políticos, ecológicos, etcétera, sino que conciernen, al igual que estos últimos, a grupos enteros, pero que a diferencia de aquellos factores, suponen la intervención de móviles ideológicos, afectivos, sociales, culturales, generalmente inconscientes. Se expondrán aquí dos ejemplos para ilustrar la importancia que puede tener el factor mentalidades para la comprensión de un fenómeno más amplio.

El primero proviene del pasado reciente del mundo occidental y Max Weber tuvo el mérito de recalcarlo: fue, en efecto, el primero en establecer la relación entre una ideología —el protestantismo—, y la esfera económica. Se sabe cómo para el gran científico alemán, la predestinación, creencia fundamental de la Reforma, originó en cier-

tos sectores de Europa del Norte, una angustia existencial que no tardó en identificar al éxito económico con la señal de la elección divina. De ahí aparece una actitud hacia las actividades económicas, pero también hacia el lujo, el ocio, el modo de vida en general, tendiente a obtener el éxito material apetecido. Tales actitudes desembocaron en la aparición de grupos que tenían en común ciertos comportamientos como el interés en el ahorro, la moderación, el afán por trabajar, el espíritu de empresa, etcétera, que influenciaron de manera determinante la trayectoria de un país, lo que, según Weber, sucedió de hecho en Alemania, Holanda, Inglaterra y, de manera general, en los países del Norte de Europa que a partir del siglo XVII encabezaron el desarrollo de toda la región. Acertado o no, este análisis tiene el mérito de reconocer el peso, en este caso definitivo, de un factor religioso —la creencia en la predestinación— en un proceso histórico muy amplio, o sea, el nacimiento del capitalismo. Quienes impugnaron esta interpretación tuvieron que valerse de las mismas armas, aceptando por tanto el principio metodológico de Weber.

El Japón feudal proporciona el segundo ejemplo significativo de la importancia de una mentalidad específica en el devenir histórico. Se sabe



cómo la sociedad nipona mantuvo hasta la segunda mitad del siglo XIX una estructura feudal y militar que obviamente generó valores y comportamientos peculiares. La revolución Meiji modificó radicalmente al país, transformándolo con una rapidez pasmosa en una potencia industrial y moderna en muchos aspectos. Sin embargo, permanecieron los patrones culturales, las actitudes profundas, heredadas de siglos de feudalismo. Así es como se vuelven a encontrar en la Segunda Guerra Mundial comportamientos típicamente dictados por la tradición militar, tales como el *seppuku* —generalmente llamado *harakiri*— o sea, el suicidio con contenido más social que individual. Se observará que tales comportamientos no fueron privativos de los militares, sino que se



\* Seminario de Historia de las Mentalidades

Plaza Mayor de México, siglo XVIII  
Museo Nacional de Historia

San Juan Nepomuceno es sacado en procesión para conjurar chismes

dieron entre civiles que, también se suicidaron, lo que atestigua la permanencia de valores y actitudes teóricamente obsoletos, dado que habían desaparecido las infraestructuras a las que correspondieron alguna vez, lo mismo que su extensión entre la población civil. De la misma manera, no existía en Japón la noción occidental de huelga, por no haberse dado allí el contexto histórico que la originó en la Europa del siglo XIX; por tanto y hasta una fecha reciente, los obreros japoneses solían manifestar su descontento hacia el sector patronal acrecentando su ritmo y duración de trabajo, con el consabido aumento de producción, dando lugar a un gran desconcierto entre sus colegas occidentales. Sin embargo, los obreros no hacían más que reaccionar de acuerdo a sus antiguos patrones culturales, resultado de un largo y complejo proceso histórico propio de su país. Al contrario de los perplejos sindicalistas occidentales, el historiador conocedor de las mentalidades por lo que se refiere a Japón, podía entender y explicar perfectamente tal situación.

Estos ejemplos muestran, sin duda, que lo que comúnmente recibe el nombre de "mentalidades" es algo tan antiguo como sencillo, relacionado, por una parte, con el sentido común y, por otra, con una actitud ante los hechos desprovista de prejuicios, de *a priori* exclusivos. Esta actitud era propia de un Estrabón cuando describía las costumbres de los escitas, la de un César al observar a los galos para mejor vencerlos y, más cercano a nosotros, de un Sahagún o de un Montesquieu, por no mencionar a la pléyade de antropólogos sociales, etnólogos y sociólogos contemporáneos. Si bien los primeros —los verdaderos precursores—, jamás sintieron la necesidad de justificar y sistematizar su procedimiento de indagación, no por ello al adoptarlo dejaron de estar convencidos de



que las mentalidades —este conjunto un tanto difuso de creencias, opiniones, valores y sentimientos—, podían ser decisivas en la idiosincrasia de un pueblo, de una cultura. Si siempre tuvieron cuidado de plantear, con metodología por cierto segura, lo que hoy llamamos los factores objetivos —la geografía, el clima, la fauna, la flora, el pasado histórico de un grupo—, pronto llegaron a consideraciones de tipo social como lo era el gobierno o "policía", e insensiblemente pasaron a esferas afines a las que constituyen ahora el territorio del historiador de las mentalidades: la estructura familiar, las "costumbres", que abarcan la vida material bajo todas sus formas, las creencias, que suelen ser consideradas como religiones o supersticiones, los comportamientos tanto en la vida comunitaria como en la individual. Al proceder de esta manera, los antiguos historiadores, los cronistas, y los modernos representantes de las ciencias sociales muestran que, con importancia distinta según los casos, los factores considerados como objetivos y como subjetivos intervienen a la par en la determinación de una identidad cultural; todos pueden llegar, según las circunstancias, a ser determinantes, sin que se logre establecer el dominio de unos sobre otros. El aquilatar el peso relativo de dichos factores constituye el quehacer del historiador, del antropólogo, sin que valgan esquemas dogmáticos.

Pese a que la consideración de estos factores que podemos llamar hoy en día las "mentalidades" resulte ser muy antigua, la tendencia histórica declarada surge a partir de 1960 en ciertos países europeos, en especial en Francia. Varias circunstancias rodean su aparición. En primer lugar, superada la historia de tipo tradicional, vigente hasta finales del siglo XIX y que sólo describía los acontecimientos del pasado considerados más importantes —batallas, evolución dinástica, etcétera—, surge el interés por el factor económico, bajo la influencia del marxismo. Así es como la producción, el mercado y los precios ocuparon un lugar predilecto en la explicación de un proceso dado. La lucha de clases desempeñó asimismo un papel fundamental y los factores demográficos fueron también tomados en cuenta con una frecuencia cada vez mayor. Al mismo tiempo se desarrollaban otras corrientes de interpretación, derivadas de estos factores principales: tal es el caso de la evolución climática, del avance de las técnicas, de los conocimientos, imponiéndose cada vez más la idea de que, según los casos, un factor, sea el que fuere, puede convertirse en determinante en un momento dado.

La historia económica nació como consecuencia de la crisis de 1929; la aparición de la historia de las mentalidades puede verse como la consecuencia de la crisis que sacude al mundo occidental a

partir de los años 60. Sólo nos limitaremos aquí a señalar algunos elementos, conocidos de todos, que contribuyeron a provocar dicha crisis. La quiebra de los grandes sistemas ideológicos —religiones, credos políticos—, la descolonización, el cuestionamiento de la familia patriarcal con la emancipación femenina y la de los hijos, la liberación sexual, la reivindicación pujante del individualismo y de la participación ciudadana, dieron lugar a actitudes de rechazo tanto hacia las autoridades como a los valores tradicionales o heredados al menos del siglo XVIII, esa antesala del modernismo.

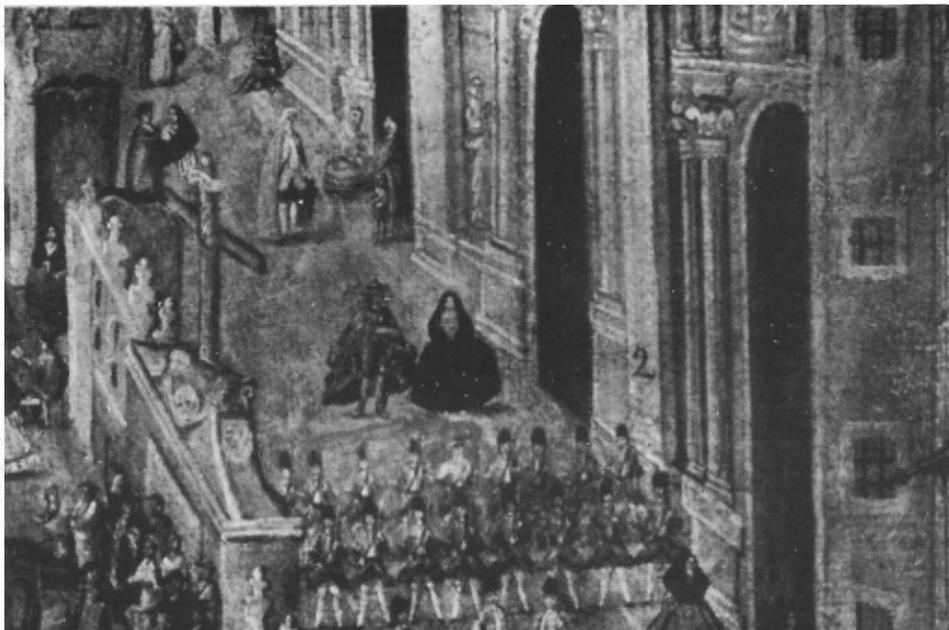
La idea de progreso, motor de la expansión occidental, es puesta en tela de duda por distintos movimientos y tendencias; de ahí la conciencia de que ni el pasado ni el presente pueden explicarse tan sólo a partir de factores objetivos, racionales. Paralelamente, se desarrollan tendencias que reclaman el derecho a la diferencia, a una identidad cultural, política, sexual, buscando sus justificaciones y antecedentes, si fuere necesario, en las raíces históricas.

No es de extrañar por tanto, que tales tendencias hayan surgido en países viejos, donde las corrientes históricas precedentes habían dado frutos numerosos; el éxito mismo ponía en evidencia la relatividad y las limitaciones de los logros. La historia de las men-

talidades apareció en Francia primero, como continuación lógica del derrotero señalado por la llamada Escuela de los Anales, fiel a las intuiciones de Marc Bloch y Lucien Febvre. Ahí es donde se empezó a estudiar la familia, no sólo como unidad productiva o núcleo demográfico, sino como célula productora y reproductora de valores, de comportamientos que, a su vez, llegan a tener impacto en sectores más amplios del devenir nacional. Entonces surgió una diversidad de áreas que podían ser abordadas a través del estudio sistemático, como las fiestas, la religiosidad, las creencias, la vida material, confirmándose muchos datos conocidos, descubriéndose y modificándose otros. Así, a menudo sucede que las etapas de una evolución significativa sólo se mantienen en esferas consideradas como triviales en la medida en que pertenecen a la vida diaria y en que escapan al alcance de la conciencia. Así es como Marcel Mauss, a quien podemos considerar como un ilustre precursor de la historia de las mentalidades, acostumbraba descubrir los límites de la expansión céltica a través de la forma de los panes modestamente exhibidos en los mostradores de las panaderías. . .

Esta tendencia histórica encontró seguidores en países como Italia, Inglaterra y, en parte, España. Los Estados Unidos de Norteamérica permanecieron bastante tiempo alejados de esta corriente, al desconfiar tradicionalmente de cuanto se aparta de una historia marcada por el positivismo, bajo sus modalidades anglosajonas, y de lo que atañe, de cerca o de lejos, a lo que consideran ser "la ideología" en el sentido amplio que se le suele dar allí. Sin embargo, hay indicios de que la actual antropología norteamericana empieza a tomar en cuenta las mentalidades al manejar la noción de *expressive culture*.

Los métodos que auxilian



al historiador son de lo más variado; se aprovechan todos los que han probado ser valiosos, como la historia serial y cuantitativa, siempre y cuando las fuentes utilizadas lo permitan. El análisis del discurso, el estudio de casos límites, de material pictográfico, la lingüística, la etnosiquiatría, se imponen otras veces, según los casos.

Los límites de la historia de las mentalidades son los que corresponden a cualquier tendencia: se trata de no perder de vista que la aproximación lograda mediante sus vías es relativa y parcial y que, como la obtenida a través de otros métodos, debe ser confirmada y ampliada por otros medios.

De igual manera, es preciso que el buen sentido y la cultura histórica prevalezcan a la hora de seleccionar un tema de estudio. La imitación resulta generalmente contraproducente ya que, por definición, si todos los pueblos comparten una problemática semejante en cuanto toca a la economía o a la demografía, otra cosa sucede por lo que se refiere a las mentalidades: los componentes de los valores militares y feudales que tanto importan cuando se trata del Japón o de la Alemania del Norte, carecen de sentido en una sociedad como la vene-

ciana del siglo XV; en cambio, el estudio de la religiosidad o de la sociabilidad urbana de la Ilustración puede ser revelador de una evolución de grandes alcances por lo que se refiere a España o a la Nueva España. En este sentido, el historiador debe cuidar que su tema de investigación corresponda a una problemática real, desechando los productos nacidos del afán de imitación o de proyección personal.

Huelga decir que esta corriente está prometida a un brillante porvenir en México, tanto por la riqueza de las fuentes disponibles, como por la complejidad y amplitud del campo histórico, en parte virgen. Hasta ahora, se han abierto brechas, señalado pistas y alguna cosecha se ha levantado ya.

#### El Seminario de Historia de las Mentalidades

Esta integrado por un equipo de historiadores que inició sus actividades en enero de 1978 como resultado de un convenio de cooperación cultural entre el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Embajada de Francia, por medio de la Dirección de Estudios Históricos y del Instituto Francés de América Latina. De

acuerdo con este convenio los objetivos del Seminario son los siguientes:

- Realizar investigaciones en el área de México colonial, según los enfoques de la historia de las mentalidades.
- Formar investigadores mexicanos en esta corriente historiográfica.
- Difundir la historia de las mentalidades en el medio académico mexicano.

El convenio estuvo vigente por seis años, y a partir de septiembre de 1984 el Seminario quedó como uno más de los equipos de investigación de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, conservando los objetivos que tuvo desde su fundación.

#### Formación de investigadores

A lo largo de sus ocho años de vida, el Seminario ha contado con 15 miembros, siendo la mayor parte de ellos jóvenes historiadores que se capacitan para la investigación. La formación de investigadores es uno de los principales objetivos por alcanzar, del que



depende la permanencia del Seminario y el desarrollo en México de la historia de las mentalidades. Como resultado de las actividades del Seminario en este aspecto formativo, se han elaborado las siguientes tesis de licenciatura:

José Abel Ramos Soriano. *Literatura sobre la comunidad doméstica prohibida por el Santo Oficio, 1570-1819*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1982

Jorge René González Marmolejo. *El delito de solicitación en el obispado de Puebla durante el siglo XVIII y principios del XIX*. México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1982

Ana María Atondo Rodríguez. *La prostitución femenina en la ciudad de México, 1521-1621. El alcahuete y la mancha pública*. México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1982

Cristina Ruiz Martínez. *La imagen del niño en crónicas religiosas novohispanas*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1983

Dolores Enciso Rojas. *El delito de bigamia y el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición: siglo XVIII*. México, Facultad

de Filosofía y Letras, UNAM, 1983

María Elena Cortés Jácome. *El grupo familiar de los negros y mulatos: discurso y comportamientos según los archivos inquisitoriales. Siglos XVI-XVIII*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1984

Actualmente se preparan tres tesis más a nivel licenciatura, dos de maestría en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y tres de doctorado en la Universidad de París, gracias a las becas otorgadas por el gobierno de Francia.

### Investigación

El objetivo principal del Seminario es realizar investigaciones sobre el pasado colonial de México, según los enfoques, metodologías y fundamentos teóricos de la historia de las mentalidades. Para ello, se ha diseñado un proyecto general de investigación sobre el tema de la historia de la familia o, más precisamente, la historia de las comunidades y de las relaciones domésticas en la sociedad novohispana, en sus aspectos ideológico, de men-

talidad y de comportamiento. El tema elegido responde a la necesidad de conocer el funcionamiento real de la sociedad colonial a nivel de los fenómenos de la vida cotidiana, aparentemente intrascendentes, pero que constituyen la base de los grandes fenómenos sociales, económicos, políticos y culturales. El estudio de las comunidades domésticas novohispanas conducirá al mejor conocimiento de la familia contemporánea y, por tanto, de la sociedad mexicana actual.

El Seminario desarrolla colectivamente el proyecto de investigación, para lo cual cada investigador ha elegido un tema particular que se estructura dentro del proyecto general, de modo que el complejo objeto central del estudio es abordado, simultáneamente, por diversas vías. Más tarde, a medida que progresen las investigaciones, el Seminario estará en condiciones de elaborar una síntesis en que se articulen las aportaciones obtenidas por medio de los estudios particulares.

Algunos de los temas particulares estudiados son: el discurso indígena sobre la familia y el matrimonio; las prácticas matrimoniales y familiares entre negros y mulatos esclavos y entre los judíos.

Muy importante fue también la acción formativa de la Iglesia sobre la familia novohispana, la cual se ha estudiado a través de los discursos teológico y canónico, del discurso represivo del Tribunal del Santo Oficio y del discurso moral sobre el niño. El estudio de la acción represiva del gobierno colonial también conduce al conocimiento de algunos comportamientos familiares, como en los casos de los delitos de bigamia, lenocinio, prostitución, homosexualidad y solicitación, así como en la represión del discurso heterodoxo sobre la familia por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. También se han analizado algunas manifestaciones de la cultura popular, como coplas y bailes, que se refieren a ciertos aspectos marginales de la vida familiar. Ha sido imprescindible el estudio de las *informaciones matrimoniales*<sup>1</sup> que permite

<sup>1</sup> Averiguación que hacía el juez eclesiástico, antes de la celebración de un matrimonio, para comprobar la soltería de los contrayentes y la inexistencia de impedimento para la unión

*La sociedad*

*La sociedad*





un acercamiento al análisis de las condiciones reales en que se realizaban las alianzas matrimoniales, o bien se repudiaban por oposición de algún familiar de los contrayentes. Los resultados parciales de estas investigaciones ya han sido publicados.

#### Divulgación

La historia de las mentalidades es poco conocida en México; por este motivo, uno de los objetivos del Seminario es la difusión, entre estudiantes e investigadores, de esta corriente historiográfica. La difusión se ha emprendido por diferentes medios, como conferencias y mesas redondas, cursos ordinarios e intensivos en instituciones de educación superior y por participación en congresos.

De especial relevancia para la difusión de la historia de las mentalidades ha sido la celebración de dos simposios organizados por el Seminario. El primero se llevó a cabo en noviembre de 1981 con el tema "Familia, matrimonio y sexualidad en Nueva España" y el segundo en octubre de 1983 con el tema "La memoria y el olvido". Los trabajos y conclusiones presentados en ambos eventos ya han sido publicados. Actualmente el Seminario prepara la celebración del tercer simposio con el tema "Familia y poder en México Colonial", que se lle-

vará a cabo en noviembre de este año.

#### Publicaciones

El Seminario ha producido varias publicaciones; unas son fruto del trabajo colectivo y otras son particulares de los investigadores que lo integran. Entre las primeras, citaremos aquí las siguientes:

Solange Alberro y Serge Gruzinski. *Introducción a la historia de las mentalidades*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento de Investigaciones Históricas, 1979. (Cuadernos de Trabajo, 24.) Hay una segunda edición en 1982

Solange Alberro et al. *Seis ensayos sobre el discurso colonial referente a la comunidad doméstica. Matrimonio, familia y sexualidad a través de los cronistas del siglo XVI, el Nuevo Testamento y el Santo Oficio de la Inquisición*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Departamento de Investigaciones Históricas, 1980. (Cuadernos de Trabajo, 35)

*Familia y sexualidad en Nueva España. Memoria del primer simposio de historia de las mentalidades: familia, matrimonio y sexualidad en Nueva España*. México, Secretaría de Educación Pública, Fondo de Cultura Económica, 1982. (SEP/80, 41)

*La memoria y el olvido. Segundo Simposio de Historia de*

*las Mentalidades*. México, Secretaría de Educación Pública, Dirección de Estudios Históricos, 1985. (Colección Científica, 144)

Sergio Ortega Noriega (Ed.). *De la santidad a la perversión. O de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*. México, Grijalbo, Dirección de Estudios Históricos INAH, 1986. (Enlace)

Solange Alberro et al. *El placer de pecar y el afán de normar. Ideologías y comportamientos sexuales y familiares en México colonial*. México, Planeta/INAH (en prensa)

Se encuentra en preparación el libro *Del dicho al hecho... Desviaciones y pautas culturales en la sociedad novohispana*, que contiene varios ensayos sobre el tema de la imposición cultural y de las diversas reacciones en algunos sectores de la sociedad novohispana.

#### La sociedad

##### Comida en Chapultepec

*Ilustraciones tomadas de La Ciudad de México, de F. Benítez, t. II, México, Salvat Mexicana de Ediciones, 1982*



Prof. Dr. Hanns J. Prem\*

## Acercamiento a los aztecas; el México antiguo ante los ojos de los alemanes

DISCURSO PRONUNCIADO EN OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE LA EXHIBICIÓN

### Esplendor y ocaso del México antiguo Los aztecas y sus precursores

Traducción: Embajada de México en la RFA

El acercamiento entre nosotros los alemanes y los aztecas, ha sido, en gran parte, unilateral; mientras su independencia no fue alterada, difícilmente tuvieron la oportunidad de percibirnos. Estaban demasiado acosados por la confrontación prepotente con los españoles, y cautivos por sus problemas diarios. Desde todos los puntos de vista, Europa Central se encontraba muy lejana de ellos.

Así, resulta una memorable excepción el que un azteca escriba después de la Conquista:

*in ompa tlaca' in ipan omoteneuh altepetl Curlant, quil tohuanpohuan in ompa tlaca', quilmach zan huel notiaque' in yuhquin tonacayo zan no yuhquin in innacayo ompa tlaca'...*

Se dice que los hombres son nuestros parientes, allá en la provincia a la que llaman Curlandia; que nuestro cuerpo se asemeja en todo al de sus habitantes y que también la forma de vida de los que vivimos aquí [Nueva España] es igual a la de aquellos habitantes.

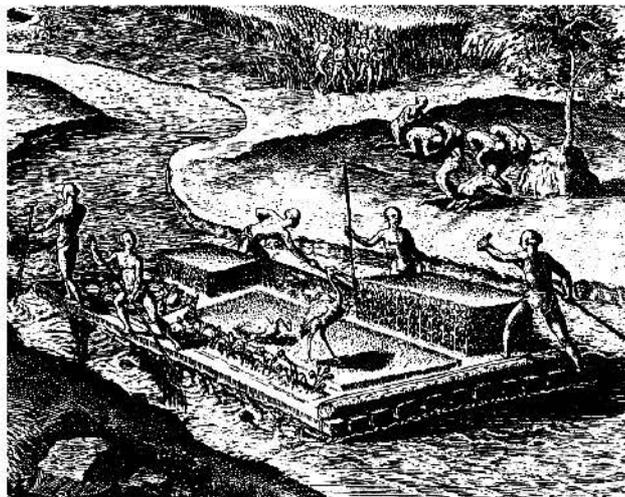
Escéptico como se había vuelto el escritor indígena Chimalpahin Quauhtlehuanitzin (quien llevaba el nombre cristiano de Domingo de San Anton Muñón), pero a la vez confiado en su nueva creencia, agregó:

Sólo Dios sabe si es cierto que los hombres allá son

parte de nosotros, si allá se han disociado de nosotros o si nosotros allá los dejamos atrás.

¿De dónde viene el conocimiento de Chimalpahin acerca de regiones tan lejanas? Él nombra la fuente, lo cual no fue nada usual en su tiempo: "Un científico y geógrafo llamado Enrico Martínez, nos relata..." Este Martínez fue un hombre de mucho talento. Originalmente, viajó a México para realizar levantamientos topográficos en la costa occidental. Sin embargo, su patria fue Alemania; nació —tal vez como Hein Martinsen— a mediados del siglo XVI en Hamburgo, pero vivió en España a partir de los ocho años de edad. Sólo una vez y por corto tiempo volvió a ver su ciudad natal, antes de ir a la Nueva España. Además de sus actividades topográficas también fue intérprete del Tribunal de la Inquisición. Parece que se encargó de la imprenta de un flamenco llamado Hadrian Cornelius, confiscada por la Inquisición. El caso es que Enrico Martínez pronto destaca como impresor exitoso, al igual que su paisano Jacob Cromberger, de Colonia, quien para 1539 ya había establecido la primera imprenta en México.

Martínez, como hombre culto y de versados intereses, también se ocupó de los aztecas. Al principio lo hizo a



partir de su profesión, publicando el diccionario tal vez más exitoso de la lengua azteca, el *Manual de las lenguas castellana y mexicana*, de Pedro Arenas. El secreto del éxito fue la estructura del diccionario, ordenado por temas y modismos, comparable con los modernos manuales de conversación. El pequeño tomo alcanzó en poco tiempo más de una docena de impresiones, y la última reimpression data de 1982.

Por otra parte, Martínez fue también un escritor científico, el primero de lengua alemana en ocuparse de conceptos propios de las antiguas culturas de México. Escribió un almanaque, el *Repertorio de los tiempos*, que contenía un compendio sobre la historia natural de la Nueva España. Incluía también, como correspondía al estilo de su tiempo, un resumen tanto sobre la historia azteca como sobre la Conquista y la temprana época colonial. En cuanto al arte de la ingeniería, especialidad de Martínez, ponderó el autor la sabiduría y la habilidad de los aztecas, poniendo de manifiesto la incapacidad despreocupada de los conquistadores, lo cual le llevó a afrontar las consecuencias. Desgraciadamente, Martínez no continuó sus estudios y actividades literarias como tampoco su imprenta. Por encargo del virrey se dedicó, exclusivamente y con

bastante éxito, a una verdadera empresa centenaria: la realización de las obras de desagüe de la cuenca de México, para proteger a la capital colonial de la constante amenaza de inundaciones.

Su obra literaria *Repertorio de los tiempos y Historia Natural desta Nueva España*, que el indio Chimalpahin había tenido en sus manos, no tuvo lectores fuera de México; sin embargo, es necesario recordar que el efecto de las obras históricas, como el de las de lingüística y de historia natural, creadas después de la conquista de México en la mejor tradición científica de España (sobre todo por monjes ilustrados), quedó restringido por mucho tiempo a México y a España.

Escasa y de poca concordancia fue la información que llegó a Alemania acerca de los territorios del imperio de los Habsburgo recientemente descubiertos. Boletines con características frecuentemente negativas fueron el gran medio de comunicación de aquel

\* Instituto y Museo de Antropología, Universidad de Goettingen, República Federal de Alemania

La fundación de Tenochtitlan por los mexicas, grabado muy raro del siglo XVI

## MUSEO NACIONAL DE LAS CULTURAS CICLO DE CONFERENCIAS: MUSEOS DEL MUNDO

Todos los martes de septiembre y octubre  
a las 19:30 horas  
Moneda núm. 13  
Informes al teléfono: 512-74-52

Septiembre

2 Bellas Artes de Boston  
9 Británico Nacional de Antropología  
30 Nacional de Historia

Octubre

7 Bellas Artes de Japón Nacional de Nueva Delhi  
14 Ermitage Nacional de las Culturas  
21  
28

**MUSEOS  
DEL INAH**

tiempo. Por lo general contenían traducciones malas y redactadas con poco esmero de reportes en idiomas extranjeros y con ilustraciones plenas de fantasía. Muy pocas personas tenían la oportunidad de formarse una idea personalmente, como le sucedió, por ejemplo, a Dürer, quien al ver las preciosidades que se habían enviado de México a la corte española, formuló su admiración en palabras impresionantes, que desde entonces se han citado incansablemente. El caso del medallista de Augsburgo, Christoph Weiditz, quien en 1529 viajó a España pasando por Italia, es menos conocido. En la corte de Carlos V, en Castilla o en Barcelona, pudo observar a los indios mexicanos que había traído el conquistador Cortés. Dibujó escenas en su libro de bosquejos y se impresionó especialmente con las exhibiciones de habilidad artística y con el juego de pelota azteca, así como también con la vestimenta que la nobleza llevaba, con las piedras preciosas usadas en las orejas, narices y labios. Expresamente agregó

que ellos "podían quitárselos cuando querían".

No solamente las culturas extrañas llamaban la atención de estos testigos, sino lo exótico-curioso; siempre existió la disposición a creer todo, por extraño que fuera. Weiditz agregó a uno de sus dibujos sobre los juegos de pelota la siguiente explicación, muy acertada:

De esta manera jugaban los indios con una pelota inflada que se tenía que tocar con el trasero y la mano sobre la tierra.

Otro libro sobre vestimenta, el de Sigmund Hagelshaimer, llamado Heldt de Nuremberg, copió estos dibujos con poco cuidado y deformó la descripción de Weiditz hasta lo absurdo: "De esta manera juegan los indios a la pelota, inflada con el trasero". No resulta sorprendente entonces que en las copias posteriores los indios terminaran por perder totalmente su identidad, convirtiéndose en "moros árabes".

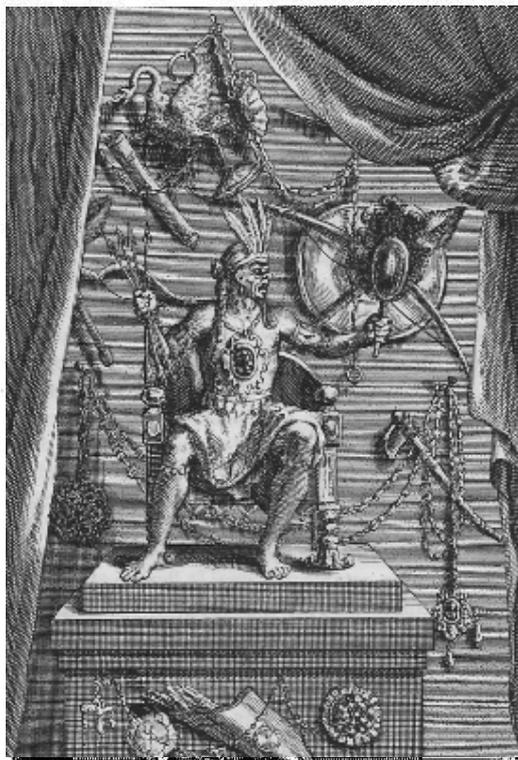
Pero el conocimiento de la cultura azteca en Europa Cen-

tral no se redujo a bosquejos; a través de la corte española llegaron obras maestras de arte azteca que fueron colocadas en las salas de las residencias principescas en Roma y Stuttgart, en Munich y en el castillo tirolés 'Ambras'. Sin embargo, seguían siendo curiosidades que se miraban de vez en cuando con asombro, pero no se acostumbraba ocuparse de sus creadores.

Hasta en los mismos círculos cultos de Alemania se redujo la atención a pocas y especialmente sensacionales noticias del país de los aztecas. En las conversaciones de sobremesa se ha hecho referencia a que el reformador Lutero se expresaba de manera más bien vaga:

Dr. Martinus habló de sacrificios, que hoy en día todavía se hacen sacrificios humanos, lo cual ya fue prohibido aquí por Carlos V. . . También se dice que en la corte de un gran rey todavía existe la vestimenta de un sacerdote, de plumas de pájaro, hecha de muchos colores, que tenía que vestir el sacerdote, cuando quería sacrificar y matar a humanos. . .

A diferencia de los viajeros no sólo españoles, sino también ingleses, franceses e italianos que visitaban las posesiones españolas en América y que podían hacer relatos tanto sobre las antiguas culturas como sobre la situación que entonces prevalecía, los países de habla alemana tenían que conformarse con los resúmenes, de segunda y tercera mano, de obras que se dedicaban fundamentalmente a otros temas. Sin embargo, no hay que olvidar que las colecciones de relatos sobre países lejanos, publicadas sobre todo en Francia en el siglo XVIII, encontraron la aceptación de los hombres de letras de este país, y que las publicaciones



Tlaloch o Tescalipuca, del grabador francés B. Picart, 1723

de traducciones alemanas hacen alusión al considerable público interesado, aunque no fuera precisamente en información demasiado profunda. Los reducidos artículos acerca de las antiguas culturas de México incorporados en la *Enciclopedia Universal de Zedler* de la primera mitad del siglo XVIII, muestran que las fuentes eran suficientes para hacer un resumen aceptable. En dichos volúmenes predominó lo desordenado, aunque acertado, sobre lo incorrecto o malentendido. Rara vez incurrieron los escritores en valoraciones excéntricas como sucedió por ejemplo, al hablar de la emigración de los aztecas a lo que más tarde fue su patria:

Aquí satanáns verdaderamente se ha mostrado como un mono del Supremo, queriendo imitar la salida de los hijos de Israel a la tierra prometida que solo se llevó a cabo por milagros divinos.<sup>1</sup>

El primer estudio sistemático y mensurable con criterios modernos, acerca de las culturas del antiguo México, proviene del jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero, quien se encontraba exiliado en Italia. La obra en cuatro tomos, apareció en 1780 en italiano; en 1787 surgió en inglés y en 1789 se publicó la traducción al alemán. Clavijero, quien dominaba con excelencia el idioma azteca, analizó los antiguos textos ordenando de manera clara la información y fundiéndola en lo que por mucho tiempo fue la mejor síntesis de la historia mexicana, especialmente en lo que toca a la época prehispánica. Esta obra constituyó por mucho tiempo la base del conocimiento general de las antiguas culturas mexicanas. Empero, si bien se hicieron muchas ediciones inglesas, en alemán sólo existió una.

Un destino parecido —el de no ser reeditado como monografía después de la primera publicación en alemán —tuvo el texto de Alexander



von Humboldt *Vues des cordillères*. Humboldt había estado en América en los años finiseculares, con un permiso de viajero extraordinariamente ilimitado de la corona española. A pesar de sus numerosos estudios sobre historia natural y de las investigaciones que realizó sobre las civilizaciones, todo ello registrado en muchos escritos, tuvo un interés más bien marginal en las viejas culturas. En los largos comentarios que hace en los *Aspectos pintorescos*, como se llama acertadamente el tomo en alemán que se publicó en 1810, Humboldt agrega una asociación culta a la otra, sin sujetarse a orden alguno. Aborda asuntos que no se limitan a los aztecas, sino que incluyen a México en general y a toda América, cambiando constantemente los temas y puntos de vista; al mismo tiempo intenta hacer, muy en el estilo de su tiempo, comparaciones y relaciones con el Viejo Mundo, sin ponderar críticamente los documentos y argumentos. Sus comentarios referentes a lo histórico y cultural se encuentran muy por debajo del nivel de sus observaciones sobre la situación política y económica del México de aquel tiempo. Esto resulta sorprendente ya que consultó a Clavijero tan exhaustivamente como a Boturini.

Hay dos citas que son características de los ensayos de Humboldt sobre las antiguas culturas de México, y que re-

velan una apreciación demasiado eurocentrista de los trabajos artísticos de los aztecas. Por ejemplo, afirma que:

En sus trabajos no se nota el sentimiento por lo bello, sin el cual la pintura y escultura no se elevan sobre las artes mecánicas.

Por otro lado, encontramos sus comentarios acerca de muchas observaciones aisladas y acertadas sobre el calendario azteca y el sistema cronológico, sobre la escritura jeroglífica y las convenciones de la representación gráfica, así como sobre la predicción relativa al sitio que ocupa actualmente la catedral de la ciudad de México, misma que se confirmara hace pocos años con las excavaciones realizadas en el lugar donde se erigiera el Templo Mayor:

Si se cavara en una profundidad de diez metros, sin duda se encontrará una cantidad de ídolos colosales y otros restos de la escultura azteca. . .

Una serie de viajeros siguieron el ejemplo de Humboldt, haciendo patente su interés en los títulos de sus obras, como el *Voyage pittoresque et archéologique* de Frederick de Waldeck y el *Voyage pittoresque et archéologique dans la partie la plus intéressante du Mexique* de Carl Nebel. Como lo hicieron Humboldt y el húngaro-francés Dupaix, reunían éstos ilustraciones de paisajes y personajes, ruinas y esculturas y las proveían con descripciones detalladas.

Otro grupo de alemanes, tal vez inspirado indirectamente por Humboldt, llegó a México hacia el año de 1830; eran ingenieros que tenían el propósito de echar a andar nuevamente la minería, actividad que había quedado abandonada después de la independencia de España. Entre ellos se encontraban el famoso Eduard Mühlendorff, de Hannover, quien escribió una amplia obra sobre el país, y el casi desco-

nocido Carl de Berghes, de Münsterpumpe cerca de Stolberg/Aachen. Y mientras que las notas del primero relativas a los frescos mixtecos de Mitla han desaparecido, las agrimensuras, ilustraciones y descripciones excelentes de las ruinas de La Quemada del segundo aguardan todavía su publicación.

La divulgación de las aportaciones de algunos alemanes al conocimiento de México, se redujo a un círculo pequeño, en tanto que la horrible imagen del dios azteca Huitzilopochtli aparecía en diversos disfraces populares. Como ejemplo se encuentra el largo poema "Vitzliputzli", del *Romanero* de Heinrich Heine (1850), en el cual hace exclamar al dios de los vencidos aztecas:

Me condeno, el Dios  
se convierte en un  
Diosentrenosotros;  
Como el mal enemigo de  
los enemigos,  
puedo obrar allá, actuar.

...  
Sí, un diablo quiero ser,  
Y como compañero  
saludo a  
Satanás y Belial,  
Astaroth y Belzebú.

En otro nivel artístico, pero con las mismas raíces, surgían obras como: *Fitzliputzli* o *Los diablitos del matrimonio*, opereta bufa de un solo acto, Viena 1865, o *Fitzliputzli y su imperio*, una reflexión sobre la modorra política, Darmstadt 1850.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se experimentó fuera de Alemania un primer auge en la investigación histó-

<sup>1</sup> N. del T.: en el texto original en alemán se emplea un juego de palabras entre las expresiones "mono" e "imitar a modo de mono"

rica del México antiguo, de los aztecas y sus vecinos. En México mismo y, sobre todo en Francia, historiadores y filólogos se concentraban en los numerosos documentos que comenzaban a salir a la luz. En 1875 se funda, en Nancy, el Congreso Internacional de Americanistas, y a la fecha se sigue reuniendo con regularidad.

El corto imperio de Maximiliano de Habsburgo en México, apoyado por Francia y que terminara en 1867, atrajo una nueva ola de europeos de habla alemana a ese país. Sin embargo, se continuaban haciendo relatos más bien superficiales y subjetivos, con la visión aparentemente más elevada de los miembros de naciones más civilizadas. Casi no se mostraba ningún interés en las antiguas culturas, cuyos restos no se podían pasar por alto.

Algunos visitantes se quedaban en el país, dedicándose al estudio de las huellas de tiempos pasados, como sucedió con el capitán imperial y arquitecto de origen austriaco-badense Teobert Maler, quien trabajó con la fotografía, medio recién descubierto, abriendo así una ventana a un mundo literalmente nuevo para la creciente comunidad interesada en la arqueología a través de la palabra y la imagen.

Al hijo de un maestro provinciano de Crossen/Oder, un hombre joven aunque demasiado débil para seguir la carrera del magisterio, le fue reservada la labor de salvar de



una vez por todas el retraso que, frente a Francia, Norteamérica y México, tenía Alemania en estas cuestiones. Eduard Seler, a quien su médico había recomendado viajar a Tréveris para fortalecer su salud, aprovechó ese tiempo de convalecencia para realizar amplios estudios lingüísticos que lo llevaron a interesarse más y más en Centroamérica. Se incorporó al Museo Etnológico de Berlín, que por entonces se constituía, presentando al poco tiempo su tesis doctoral sobre el sistema de conjugación de las lenguas mayas —uno de los primeros

trabajos serios en este género—, e iniciando una larga serie de espectaculares trabajos científicos. No es posible hablar detalladamente aquí sobre la importancia de Seler, pero es innegable su prestigio internacional hasta la fecha, e indiscutible fue su papel como uno de los fundadores de la ciencia moderna acerca de la vieja América. Se pueden citar aquí algunos testimonios de reconocimiento a su labor: en 1949 se le dedicó, en México, un escrito conmemorativo; sus principales obras se reeditaron después de 1960 en Austria, y en 1963 en México; y, el moderno *Handbook of Middle American Indians* le dedicó un ensayo monográfico.

Los intereses de Seler fueron de una diversidad extraordinaria; empero, se acercaban más que nada a la parte religiosa de la cultura azteca que intentaba descifrar a través de los textos en lengua azteca y de las escrituras ideográficas. Si bien no logró liberarse totalmente de las corrientes de su tiempo —como por ejemplo la predilección por las interpretaciones astrales—, fue

él quien asentó las bases del conocimiento actual. Su conocimiento de las lenguas indígenas, sobre todo la de los aztecas que dominó con maestría, constituyó su principal herramienta. Para decirlo en pocas palabras, en el acercamiento a los aztecas Eduard Seler dio el paso decisivo.

Con toda la admiración que debemos al genio y a la energía incansable de Eduard Seler —quien desde que había encontrado su campo de trabajo no volvió hablar de su delicada salud—, no debemos olvidar la contribución de un hombre más bien relegado a un segundo lugar: Joseph Ferdinand Loubat, quien, por el título de nobleza que le fue otorga-



El pueblo de los mexicanos celebra con fiestas y sacrificios a su ídolo Vitziliputzli, por Theodor de Bry, 1591

Ofrendas de los hombres por los mexicanos, por Theodor de Bry, 1591

do por el Papa, se llamara después Joseph Florimond Duc de Loubat. De ascendencia francesa, nació en Nueva York en 1831, realizó estudios en París y ejerció la carrera diplomática en Rusia y, durante 28 años, en la legación real de Wurtemberg en París; obtuvo el grado de doctor honoris causa en derecho, en Jena, y finalmente, fue rentista en París. A pesar de que el Duque de Loubat nunca destacó como escritor en el campo de las antiguas culturas de América, es a él a quien se debe lo que fue el apoyo quizás más importante, al haber impulsado la investigación por medio del empleo oportuno y sabiamente dirigido de sus medios financieros. Al inicio, donó premios para los estudios en el campo de las viejas culturas americanas, otorgados a través de las academias científicas en París, Berlín, Estocolmo, Madrid y Nueva York. Cuando un pequeño grupo de especialistas comenzó a perfilarse, facilitó la instalación de las cátedras correspondientes en las universidades de París y de Berlín y en la Universidad de Columbia en Nueva York.



La cátedra de Berlín fue ocupada por Eduard Seler.

Loubat no se limitó a facilitar los medios para la investigación, sino que dio impulso a las actividades necesarias, disponiendo al mismo tiempo

del marco financiero para su realización exitosa. Las diversas ediciones de escrituras ideográficas mexicanas en valiosas litografías de color, en varios tomos, proporcionadas por Seler y a las cuales éste agregó comentarios, se debían tanto a la iniciativa como al apoyo financiero de Loubat. Asimismo, Loubat patrocinó los viajes de Seler y sus colecciones, y más tarde apoyó al heredero científico de Seler, Walter Lehmann, animándolo a realizar nuevas actividades.

La generación de los hijos científicos de Seler se encargó, después de la Primera Guerra Mundial, del acercamiento a los aztecas, aunque bajo circunstancias mucho menos favorables: Loubat el protector había fallecido y la cátedra en Berlín no fue renovada por la inflación. Otros intereses habían pasado a primer término. Los trabajos de traducción fueron continuados en Berlín por Walter Lehmann y en Jena por Leonhard Schulze: coleccionaban material arqueológico y etnológico, copiaban y editaban. Después de la Segunda Guerra Mundial, Walter

Krickeberg, en Berlín, redactaba la única síntesis moderna en alemán del conocimiento científico sobre los aztecas y sus vecinos; Franz Termer, en Hamburgo, reanudaba los interrumpidos contactos con la comunidad científica mundial. La siguiente generación científica, debido a los problemas de la época, no trabajó con conceptos basados en la experiencia directa con las culturas antiguas. Finalmente, para nuestra generación el país de los aztecas resulta tan familiar como lo fuera para Seler; en el trabajo buscamos el acercamiento no sólo a través de documentos y monumentos, de herencias ya inanimadas y difíciles de descifrar, sino también mediante el contacto con los descendientes de los aztecas quienes, bajo un barniz cristiano occidental, han conservado vivas, en gran medida, su lengua y sus tradiciones.

Esta cercanía agudiza al mismo tiempo nuestra conciencia: al encontrar a los descendientes de los aztecas y sus vecinos, los indios mexicanos de ahora, viviendo marginados económica y socialmente, tenemos que recordar que nuestros antepasados europeos los dejaron en la dependencia e inferioridad, destruyendo sus culturas, quebrantando su orgullo y viviendo a sus expensas. Cuando miramos con asombro las obras de arte de los aztecas y de los mixtecas, de los constructores de Teotihuacán y de los olmecas, debemos estar conscientes que somos sus deudores, no solamente en sentido figurado, sino también en el real. Esta es una de las condiciones para el *acercamiento a los aztecas*.

*Hildesheim, 29 de junio de 1986  
(correspondiente al día 4 tochtli  
--conejo-- de un año 13 tochtli)*

Idolos de Campeche y Yucatán,  
por B. Picart, 1723

Pedro de Alvarado ataca a los mexicanos en el Templo Mayor, grabado del siglo XVII



# Control de la erosión en Tlaxcala: época prehispánica

## Introducción

Día a día se tiene conocimiento de diversas actividades humanas que, junto con los fenómenos de erosión, afectan el paisaje natural; los medios de comunicación informan de esta situación que se repite en distintas regiones del territorio mexicano. Tlaxcala, una de las entidades federativas más pequeñas en extensión territorial —sólo el Distrito Federal es menor—, es, al mismo tiempo, un estado con una vasta zona afectada por la erosión que cada día aumenta no sólo como resultado de la acción de los agentes naturales —lluvia, viento, ángulo de la pendiente, vegetación—, sino como consecuencia, en gran medida, de las actividades humanas. Éstas, al afectar el paisaje, han roto el equilibrio natural provocando un desajuste y desencadenando una serie de fenómenos que, al no poder —o no querer— controlarlos incrementan su actividad, aceleran los procesos y se transforman en problemas de solución cada vez más difícil.

A menudo se habla de incendios forestales intencionales —en el Volcán de la Malinche sobre todo—, de talas clandestinas para obtener carbón o bien para ampliar los terrenos de cultivo, y de las dificultades que se presentan a los organismos federales o estatales de vigilancia, para controlar estas acciones.

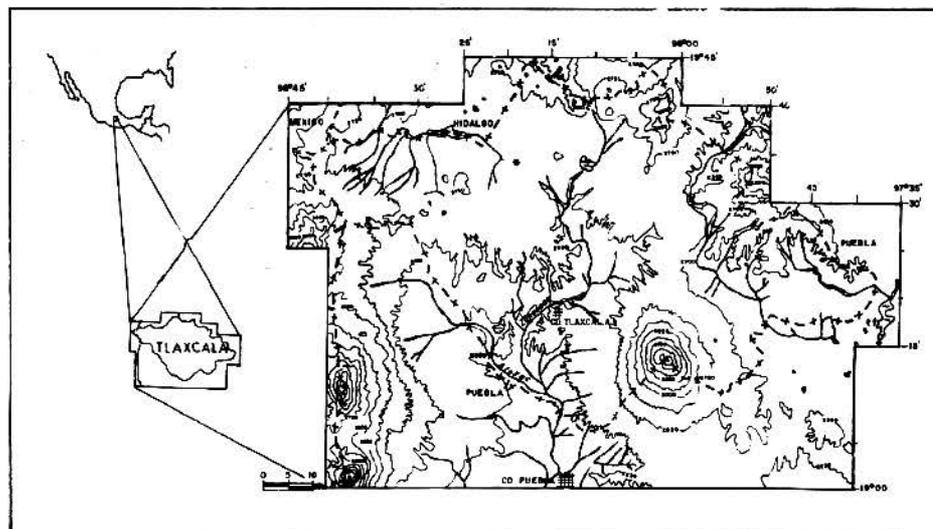
Aquí se hará un breve análisis de las formas y técnicas de cultivo practicadas durante

fresco y, en menor escala, semiárido (Lauer, 1973; 1979; Lauer y Stiehl, 1973).

La precipitación pluvial es fuerte en el estado, variando de 600 mm. para los lugares más secos, hasta los 1500 mm. para la parte alta de la Malinche, lo cual da un promedio de 800 mm. anuales. La temperatura media anual es de 15° —con variaciones de 13° a 17° según la altitud—, con fuertes alternancias tanto estacionales como en el transcurso del día.

jándose esto tanto en la vegetación como en la presencia o ausencia de grandes extensiones cubiertas de agua (Lauer, 1979; Ohngemach, D., y Herbert Straka, 1978).

El cambio de vegetación en las laderas de los cerros de fuerte pendiente ha provocado su erosión y la consecuente deposición de material en las planicies, o el acarreo del mismo hacia otras zonas más bajas. Luego entonces, la erosión de las laderas empinadas —en



la época prehispánica en el área que hoy ocupa el estado de Tlaxcala, intentando establecer los momentos de mayor actividad erosiva, su forma de control y sus resultados inmediatos.

### La erosión

Existen tres factores básicos en los procesos de erosión: el clima, la topografía y el uso del terreno; la relación que se establezca entre ellos dará como resultado la conservación o destrucción de los suelos y, la erosión. Además, la condición geológico-petrográfica del subsuelo incidirá en la velocidad de la erosión.

El clima de Tlaxcala no puede considerarse homogéneo: si bien un área considerable cuenta con clima subhúmedo, existen otras regiones que tienen un clima frío o

Abundan las heladas en buena parte del año, y en una gran área del territorio tlaxcalteca se presentan heladas por más de seis meses.

La topografía es menos variable: grandes planicies en el norte y en el sur; sierras al norte, noreste y al oeste, así como al suroeste, con su gran Volcán de la Malinche, y lomeríos cruzados por profundas barrancas al centro —Bloque Tlaxcala—, así como cerros y lomas aisladas incluidas en las planicies mencionadas (Fig. 1).

La actual topografía del estado de Tlaxcala se remonta a varios millones de años. Por su parte, los tipos de vegetación han variado y con ello la precipitación y los escasos sistemas hidráulicos naturales. El clima, de acuerdo con el registro de los últimos 40 000 años, ha sido variable, refle-

menor proporción la correspondiente a las de suave pendiente— y la deposición en las planicies dependerán del control de la vegetación.

Del uso que se dé a los terrenos dependerán tanto la conservación de la cubierta vegetal como la adaptación o transformación de la pendiente del terreno. Si bien al cultivarse los campos desaparece temporalmente la cubierta vegetal, el control y la transformación de la pendiente del terreno mediante este sistema pueden evitar, hasta cierto grado, la erosión del terreno. En cambio si estos campos se destinan al pastoreo, no sólo

\* Dirección de Monumentos Prehispánicos

desaparece la cubierta vegetal que protege los suelos, sino que además no se realiza ninguna acción para proteger el terreno, el cual en poco tiempo se encontrará erosionado de acuerdo con su pendiente y con las características de sus suelos y del subsuelo.

Durante la época prehispánica, los cultivos y la tala de los bosques para obtener madera o mayores áreas de labor fueron las causas principales que dieron lugar a la erosión. Sin embargo, las siembras en las laderas de las lomas y los cerros mediante la construcción de terrazas cuyo ancho y altura variaban de acuerdo con la pendiente, así como la creación de canales de drenaje hicieron más lenta la erosión. Lo mismo sucedía en los bosques, gracias a una cierta planeación en su explotación y a una reforestación mínima.

La instauración del régimen colonial transformó radicalmente el hasta entonces relativo equilibrio del paisaje cultural. La introducción de nuevos cultivos y el uso del arado, la ampliación y modificación de los campos, así como la explotación del ganado, provocaron un fuerte incremento en los procesos de erosión, que si bien estaban presentes desde la época prehispánica, se había ejercido un cierto control sobre ellos, mismo que desapareció a partir del sometimiento al coloniaje español.

#### Técnicas de cultivo y de control del agua

Si bien se tienen indicios de que grupos humanos habitaron Tlaxcala desde miles de años atrás, se calcula que el fenómeno de sedentarización no suma más de 4 mil años. Durante los primeros siglos de vida sedentaria, la agricultura era raquítica y los cultivos se efectuaban tanto en las barrancas con humedad más frecuente, como en los vados de los arroyos y ríos; se practicaba en menor proporción en las laderas bajas de los cerros.

A partir del año 1500 a.n.e.,

la población aumentó notablemente, y la ocupación de áreas hasta ese momento desiertas por el hombre hizo surgir nuevas formas de cultivo y, con ellas, un mejor aprovechamiento y control de los campos recientemente abiertos: aparecen el terracedo y los cultivos en la "huerta familiar".

Para entonces, la dieta alimenticia de estos grupos estaba constituida en un 40% por los productos obtenidos de sus cultivos, y en un 60% por la apropiación directa de los recursos que el medio ambiente les brindaba: recolección de plantas, flores, frutas y tubérculos, y por la caza, pesca y trapeado de animales (García Cook, 1979, 1985). Asimismo, en los asentamientos humanos de la época -1600 a 1200 a.n.e.- no existía ninguna diferenciación social; se habían aglomerado en aldeas, de tamaño reducido en su mayoría, esto es, con un promedio de 30 casas habitación.

La variedad en los cultivos incluía: dos especies de calabaza: *Cucurbita mixta* y *Cucurbita moschata*; una especie de aguacate: *Persea americana*; el chile: *Capsicum annum*; la alegría: *Amaranthus sp.*; tres variedades de maíz: *Zea mays* (cultivado temprano, tripsacoide temprano y *Naltel chapalote*); dos especies de zapotes: *Diaspyros digyna* y *Casimiroa edulis*; dos especies de frijol: *Phaseolus vulgaris* y *Phaseolus acutifolius*. Además, se utilizaba el calabazo o bule: *Logenaria siceraria* y se explotaban y controlaban una serie de plantas silvestres o de frutales, como el maguey: *Agave spp.* y los nopales: *Opuntia spp.*, entre otras (MacNeish, 1967; García Cook, 1985).

Los asentamientos se ubicaron en las laderas bajas de las lomas y cerros y, casi siempre cerca de alguna fuente de agua permanente; los habitantes construyeron terrazas donde habitar y/o cultivar, si bien se siguieron utilizando los fondos de las barrancas o los

terrenos de los valles con humedad constante para el cultivo en general.

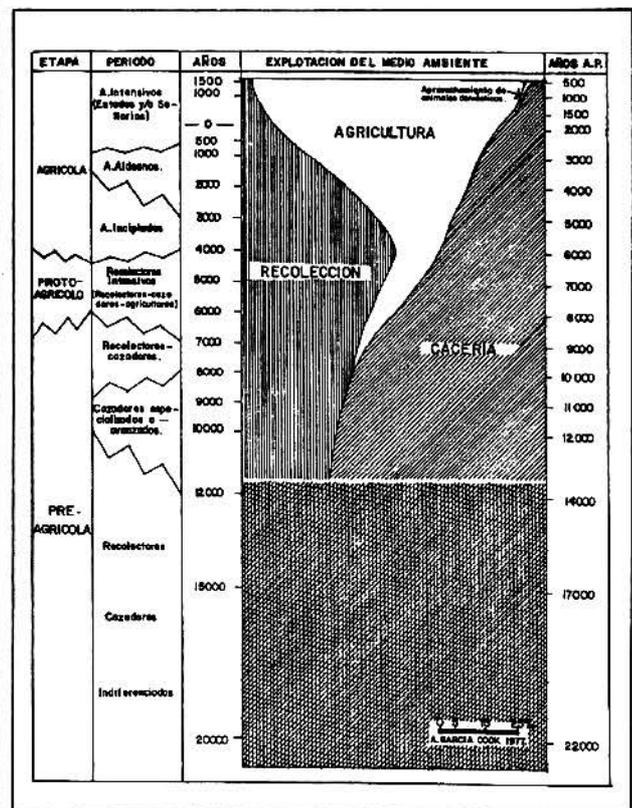
La presencia de terrazas, ya fuera para habitación, para habitación y cultivo, o únicamente para cultivo, indica, además de un notable avance tecnológico, el control que se ejercía sobre los suelos y los terrenos ocupados. Al modificar el ángulo de la pendiente de las laderas, no sólo se hacía más cómoda la habitación, sino que se evitaba, o al menos se retardaba, la erosión de los terrenos, ofreciendo una superficie prácticamente horizontal a las lluvias, y permitiendo una mayor absorción del agua y su mejor retención, evitando al mismo tiempo el deslizamiento de los suelos.

De esta manera, a pesar de que se afectaba el equilibrio ecológico al desmontar -aunque en poca escala- el terreno para los cultivos o para fincar, este fenómeno era contrarrestado en gran medida a través de la construcción de terrazas, lo que permitía la retención de los suelos y evitaba su erosión.

Para el año 1000 a.n.e. la población se incrementa notablemente en Tlaxcala (más de 5 veces con respecto a las anteriores cifras); los asentamientos se ubican tanto en la cercanía como en la lejanía de las fuentes de agua permanente, y lo mismo se ocupan las laderas de las lomas o cerros como las crestas o las mesetas; los valles son habitados en menor escala. La pendiente del terreno sobre el que se localizan los asentamientos varía de 1° a 12°, aunque existen algunos terrenos -en crestas, mesetas o valles- con pendiente menor de 1° y otros en los que va hasta los 15°. La mayoría se asienta en terrenos con pendientes de 1° a 4° (García Cook, *op. cit.*).

Del total de asentamientos de esa época -fase cultural Tlatempa-, el 90% contó con terrazas, distribuidas de la siguiente manera: el 50% de la población ocupó las terrazas habitación-cultivo, y el 40%

*Desarrollo de la dependencia económica prehispánica en el Centro y Sur de México*



trabajó terrazas exclusivamente para el cultivo.

Además, en aquel entonces —1200 a 800 a.n.e.— se construyen canales, al parecer con el objeto de controlar el agua de lluvia. Estos canales se fabricaron en la parte superior o inicial de una terraza, como continuación del peralte de la terraza precedente.

El conocimiento que tienen de su *habitat* hace ver a los habitantes de Tlaxcala de estas fechas —1000 a.n.e.— que no son suficientes las terrazas para evitar o controlar la erosión de sus tierras y, por tal motivo, construyen canales para desviar el agua excedente de las lluvias, dirigiéndolas hacia barrancas laterales. Aunque se controlaba el agua de lluvia cuando era excesiva, se fomentaba también la profundización de las barrancas laterales, así como su erosión lateral y regresiva.

El incremento de la población y, en consecuencia el de la producción de alimentos, dan lugar a una carrera en la lucha por explotar el medio intentando, a la vez, retardar e incluso evitar la erosión de los terrenos.

En mínima escala se constituían depósitos para contener las aguas pluviales, excavando el tepetate o bien construyendo represas o "jagueyes" en las barrancas que cruzaban los sitios.

Así, los habitantes de estas regiones lograron, hace casi 3000 años, un gran avance tanto en las técnicas de cultivo como en el control de la erosión; de ello queda testimonio en las terrazas y en los canales y depósitos para el control del agua pluvial, ya que:

... si se tiene agua de lluvia en exceso, los canales facilitan su drenaje, conduciendo esta agua a pequeñas barrancas que van de acuerdo a la pendiente del terreno; si se tiene una cantidad moderada de agua de lluvia, se pueden tapar los canales en los extremos de las terrazas con piedra y lodo, controlando de esta forma

una cantidad extra de agua, además de [contar con] una posible fuente de fertilizantes naturales; pues el canal sirve para atrapar el suelo, que en estos casos es muy rico en arcillas, limos y materia orgánica, y que cuando se desasolva pueden servir como fertilizantes (Abascal y García Cook, 1975; García Cook, 1979; 1985).

El conocimiento y cierto control del *habitat*, y el mayor rendimiento de cultivos facilita el establecimiento de asentamientos más grandes, llegando algunos a contar con cerca de 2 500 habitantes en una extensión de 60 hectáreas. Además de la mayor extensión de los sitios, ahora se presentan ciertas estructuras arquitectónicas —plataformas bajas— en algunos de esos asentamientos lo que:

... nos lleva a pensar en que estas plataformas se erigieron a manera de altares o bases para sus templos, donde poder realizar sus ceremonias o ritos religiosos, o bien que se trate de plataformas donde se ubicase la casa del Jefe —o Jefes— de la localidad. Se observa de cualquier forma, una diferenciación social tanto en el sitio que los contienen como de éstos con el resto de los asentamientos —aldeas— que no cuentan con estas estructuras. A estos asentamientos con la presencia de estructuras arquitectónicas las hemos considerado como villas (García Cook-Merino Carrión, 1977) y suponemos que controlaban de alguna manera —religiosa o económicamente— a las aldeas en su contorno (García Cook, 1985).

Hacia el año 800 a.n.e. los habitantes del área que actualmente ocupa el centro del estado de Tlaxcala, dependen en un 60% de los productos agrícolas, además de, por supuesto, la explotación de los recursos naturales a través de la caza, la pesca y la recolección; ahora pueden obtener también ciertos productos no existentes en el área, a través del intercambio de sus pro-

ductos artesanales con otras regiones. Se inicia de esta manera un período de agricultura intensiva (Figs. 2 y 3).

En Tlaxcala, el período de agricultores intensivos en su fase inicial comprende la fase cultural Texoloc —800 a 400 a.n.e.— la que cubre un área de 2 700 km<sup>2</sup>, abarcando todo el Bloque Tlaxcala, parte de las llanuras del norte y parte del estado de Puebla en sus límites con el suroeste de Tlaxcala. Sólo el oeste y el extremo norte y el oriente permanecen deshabitados. El 75% de los asentamientos continúa ubicándose en las laderas de los abundantes cerros y lomas, y los ángulos de la pendiente donde se localizan van de 1° a 3° en el 35%, y de 3° a 5° en el 30%; sólo el 10%, ocupa terrenos con un ángulo mayor a los 5°.

La dependencia creciente con respecto a los productos agrícolas se debe al gran avance alcanzado en los sistemas de cultivo, a los sistemas de control de agua —elaboración de canales de desagüe y de riego; depósitos y represas, terrazas para el cultivo, etc.— y a la gran variedad de plantas que se cultivan ya desde esta época. Las terrazas no sólo se incrementan en número y dimensiones, sino que además los muros de contención están recubiertos de piedra o de tepetate cortado.

Respecto a los canales, aparte de los empleados para controlar las aguas pluviales existen ya canales para riego. Estos últimos se elaboran ya sea para conducir el agua de los arroyos o ríos de agua permanente, o bien como sistemas de canales a partir de las represas; éstas aparecen en sólo el 13% de los asentamientos y las dimensiones del área de captación no son grandes. Lo mismo sucede con el dique o muro de contención, el cual también es de poca altura ya que se excava en el tepetate del cerro; de esta manera, el muro colocado en la parte alta del extremo bajo alcanza sólo de 3 a 5 m. y tiene un espesor

de 2 a 3 m. únicamente. Los drenes localizados en los extremos del muro de contención se conectan con los canales secundarios para irrigar las terrazas pendiente abajo (García Cook, 1979 b, 1981, 1985).

Los depósitos o jagueyes no están directamente asociados a la irrigación, ya que no se observa en ellos salida para canales, lo que permite suponer que fueron destinados al uso doméstico; empero bien pudieron funcionar para efectuar un riego a mano, o exclusivamente para el control de la erosión, al frenar la corriente del agua y al atrapar sedimentos que ésta lleva en su recorrido.

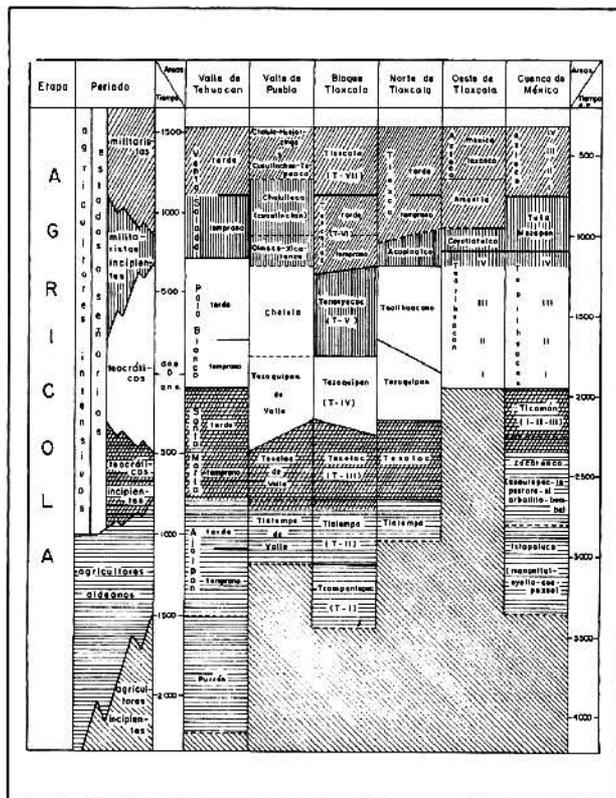
Durante la fase cultural Texoloc, además de los asentamientos rurales o aldeas y de las villas —con algunas estructuras cívico-religiosas—, están presentes verdaderos poblados que cuentan con un centro cívico-religioso planificado, con estructuras piramidales, plataformas, altares, plazas, basamentos para las habitaciones de los jefes o sacerdotes —estructuras residenciales— y, en algunos casos, hasta con un lugar específico para el mercado. Pueblos donde habitaban algunos individuos que no se dedicaban a las labores agrícolas, sino que estaban encargados de las actividades religiosas y del cuidado, control y distribución de los productos agrícolas y de las artesanías. La producción artesanal se había incrementado notablemente ya que, además de la cerámica, se trabajaban los textiles, la lapidaria, los artefactos líticos y los elementos arquitectónicos. Por otra parte, en estos pueblos debió recaer el control regional funcionando a manera de sitios primarios o centros regionales respecto a los secundarios o locales que vendrían a ser las villas, y a los rurales correspondientes a las aldeas en las que habitaría el campesinado mayoritario. La sociedad se vuelve más compleja y está integrada tanto por sacerdotes y artesanos como por cam-

pésinos y "comerciantes", todos ellos dedicados a diversas actividades y ocupando distintas posiciones en la producción y adquisición de alimentos.

Al terminar este período inicial de agricultores intensivos —por el año 400 a.n.e.— la dieta alimenticia se basa en un 70 a 75% en los productos agrícolas; el resto es cubierto tanto por la explotación del medio ambiente, como por el creciente intercambio de productos con grupos de otras áreas. Los cultivos se realizaban: por una horticultura de barranca, de humedad y de secano; por una agricultura de barranca; en la huerta familiar y, ya en cierta proporción, por una agricultura por riego (MacNeish, 1967; García Cook, 1985).

En los siglos que van del 400 a.n.e. al 100 d.n.e., no sólo se conocen ya todas las técnicas utilizadas en la obtención y realización de artefactos e instrumentos, sino que también los sistemas de cultivo y de irrigación llegan a su apogeo; a partir de entonces, se conocerán todos los sistemas de riego que se encontraban en uso a la llegada de los españoles, en el siglo XVI. Después de esta etapa sólo variará el número o la extensión de los cultivos, se incrementará el tamaño y capacidad de los sistemas de riego y se efectuarán las adaptaciones que se crean convenientes, pero ya no se creará ningún otro sistema de cultivo.

Es la cultura Tezoquipan —400 a.n.e. a 100 d.n.e.— la que cubre buena parte del territorio tlaxcalteca y la que manifiesta este *climax* cultural en el área. Además, por el 200 a 150 a.n.e. se inicia la ocupación de las zonas antes deshabitadas de Tlaxcala: el oeste y el extremo norte (Fig. 3). En estos lugares se observa la presencia de grupos humanos con una cultura diferente a la de Tezoquipan y aun cuando comparten algunos elementos culturales, su bagaje está más bien ligado a una cultura



ra "Proto-teotihuacana" (García Cook-Merino Carrión, en prensa).

Durante la presencia de las culturas Tezoquipan y Proto-teotihuacana en Tlaxcala, en los 3 o 4 siglos anteriores a nuestra era y en el inicio de la misma, existe un considerable número de asentamientos —el mayor en todo su desarrollo histórico prehispánico— y, que al parecer, corresponde al momento de mayor densidad demográfica. El 75% de los asentamientos se ubica en las laderas de lomas y cerros; el 25% se distribuye de la siguiente manera: el 15% en crestas o mesetas estrechas, y el 10% en los valles. La mitad de los asentamientos ocupa terrenos cuya pendiente es menor a los 3°; el 30% tiene entre 3° y 5°, y el 20% restante se caracteriza por tener pendiente mayor a los 5°.

Los cultivos se realizan tanto en terrazas elaboradas para tal fin como en las huertas familiares de las terrazas habitación-cultivo, y en amplios terrenos en los valles y en fondos de barrancas. Los muros de contención de estas

terrazas no sólo están elaborados con piedra o tepetate, sino que muchos se construyen con piedra careada.

Las represas y jagüeyes, que también se incrementan, son alimentados con agua proveniente de manantiales o de corrientes permanentes, además del agua pluvial. Están presentes también redes de canales cuya agua es captada de los ríos o arroyos por medio de diques, que ahora se observan por vez primera. También se presenta por primera ocasión el cultivo de humedad modificando el medio ambiente, es decir el cultivo en chinampas y/o en camellones.

Estos sistemas de cultivo, que sólo pueden realizarse al tener un gran conocimiento del control del agua, así como de las características de los cultivos, se pudieron llevar a cabo tanto en las lagunas existentes en el área como en las ciénegas o campos permanentemente inundados —con nivel freático muy superficial—, o bien canalizando el agua, para inundar o drenar, en la inter-

sección de los ríos o áreas factibles de tal situación. De esta manera, al sur-suroeste del actual estado de Tlaxcala se fabrican, durante Tezoquipan, tanto *chinampas laguna adentro* como *chinampas tierra adentro*—o chinampas secas y chinampas de río (García Cook, 1985).

Las *chinampas tierra adentro* pueden observarse en la actual ciénega de "La Laguna", al sur del Bloque Tlaxcala y al norte del Bloque Nativitas. En la laguna de Acuitlapilco se presentan las chinampas constituidas dentro o a la orilla del lago; y a las orillas —y en la intersección— de los ríos Atoyac y Zahuapan se construyeron los camellones o chinampas de río. Las dimensiones de las áreas de cultivo varían según se trate de chinampas fabricadas en el lago —las más pequeñas— o de camellones de ciénega o de río.

De todo lo anterior puede deducirse que durante el período de la cultura Tezoquipan se ha llegado a un gran control de las técnicas hidráulicas en el desarrollo de los cultivos. Se siembra tanto en terrazas como en campos abiertos y, en ambos casos, con o sin canales de riego. Se observan sistemas de canales tanto para irrigar como para drenar, y entre ellos existen los mismos canales primarios que secundarios. Están presentes un mayor número de depósitos y represas para el almacenamiento, control y distribución del agua. Se fabrican diques para desviar y utilizar el agua de los ríos y aprovecharla, a través de canalizaciones, en terrenos elevados a la orilla de los ríos. Se fabrican chinampas o camellones tanto a la orilla de los ríos y lagunas, como en el interior de éstas o en las ciénegas y pantanos. Existe, además, un amplio conocimiento sobre las características de las diferentes épocas del año que permite dis-

tribuir las siembras y controlar mejor la producción, obteniendo en ocasiones dos cosechas al año de algunos cultivos con el consecuente desahogo económico y la posibilidad de dedicarse a otras actividades.

Se vive pues, durante Tezoquipan, en pleno *climax* cultural; lo apuntado en materia de avances en los sistemas de cultivo, puede referirse también a la religión, a las técnicas constructivas, al desarrollo de las artesanías, de los conocimientos científicos, a los sistemas de comercio e intercambio y, en general, a la organización socio-política-religiosa. En Tezoquipan, además de los asentamientos secundarios —villas—, primarios —pueblos— y, por supuesto, de los rurales —aldeas—, están presentes ahora verdaderas “ciudades” o “pueblos grandes”, que se pueden considerar como centros macro-regionales (García Cook-Merino Carrión, 1977). Existen 18 de estas “ciudades” o “pueblos grandes” que controlarán a toda la región —más de 2 700 km<sup>2</sup>—, ayudados por los centros primarios —37 pueblos— y los secundarios —villas— que van más allá de 60.

Durante la segunda mitad de la etapa Tezoquipan se pueblan por vez primera el extremo norte y el oeste de Tlaxcala (García Cook, 1981; García Cook-Merino Carrión, en prensa).

Después de este período de apogeo tecnológico y cultural no se verá ya aparecer ninguna técnica o sistema nuevo en la realización de los cultivos, ni surgirán más obras hidráulicas. Habrá cambios sólo en la organización y distribución de los campos y de los asentamientos humanos. Se transformará la organización social. Habrá otros grupos que habiten el área. Se sucederán luchas tanto para tener el control de los terrenos como para alcanzar la supremacía política. Se abandonarán áreas y se reocuparán otras de acuerdo al rendimiento

de las tierras y a los conflictos socio-políticos. Pero en lo referente a la tecnología agrícola —así como a otras ramas de la tecnología— ya no habrá descubrimientos.

De esta manera, únicamente se observarán cambios en la posición de los canales de control de agua en la terraza, que se ubican hacia su parte media durante la fase cultural Tenanyecac —100 a 700 d.n.e.— y de ahí en adelante sólo se ven cambios en la dimensión y el número de dichas terrazas. Lo mismo sucede con los sistemas de riego —canales, depósitos, represas, chinampas y camellones. Y estos cambios o adaptaciones girarán, sobre todo, en torno a la situación política y social existente en la región.

Lo único que se ve incrementado, hacia las fases finales del desarrollo prehispánico (siglos XII al XVI), es el aprovechamiento de mayores áreas destinadas al cultivo. Así, hacia los últimos siglos de ocupación prehispánica se utiliza el máximo de terreno para siembra. Quizá debido al desgaste de la tierra se abren nuevos terrenos para el cultivo; se realiza, entonces, una agricultura tanto intensiva como extensiva.

Tal vez debido a las presiones políticas y militares, durante estos últimos siglos se pierde, en cierto grado, el control de la erosión, cultivando áreas más amplias sin las medidas pertinentes y provocando así un aceleramiento de los procesos erosivos. Cabe señalar que a pesar de que entre los siglos IX y XIII hubo una época de lluvias abundantes, el clima fue seco o semiárido a causa de las altas temperaturas y a la evaporación del agua (Lauer, 1979), lo cual debió forzar al cultivo de áreas más grandes y al uso de cualquier terreno disponible y en posibilidad de ser cultivado.

#### Resumen

Recapitulando, se tiene entonces que el control de la erosión

en el área que actualmente ocupa Tlaxcala, se remonta a los primeros siglos de ocupación humana sedentaria. Se observó que desde hace unos 3 500 años, con la fabricación de terrazas tanto para habitación como para efectuar cultivos, se intentaba ya impedir la erosión acelerada que se produce al quitar la cubierta vegetal.

Este control se incrementó unos siglos después, cerca del 1200 a.n.e., al construirse canales para controlar el agua pluvial y retener los sedimentos acarreados por la misma. Si bien es cierto que la erosión es imposible de evitar, también lo es que puede ser controlada hasta cierto grado, tratando de retardar los procesos erosivos y fomentando la formación de suelos. Conociendo la región en estudio —actual estado de Tlaxcala— y sabiendo, además, tanto por los estudios realizados por otros especialistas como por experiencia propia, que aquí se dan fuertes precipitaciones en cortos intervalos —chubascos—, se presupone que estas medidas de control sólo retardarían hasta cierto límite el arrastre de los suelos pero no evitarían, en algunas épocas, los efectos de la erosión.

Poco más tarde, hacia el 800-600 a.n.e., con la fabricación de depósitos en las laderas y de algunas pequeñas represas, el control de dicha erosión se reforzó y, desde luego, se multiplicó la construcción y el uso de las terrazas. Se piensa que estas represas y depósitos no sólo sirvieron para la captación y uso posterior del agua de lluvia y de la tierra en ellos depositada, sino que también ayudaron a detener la erosión, frenando las corrientes cuesta abajo producidas por la lluvia; al mismo tiempo, permitieron desviar el exceso de agua, controlando su curso y evitando el arrastre de los suelos.

La construcción de camellones y chinampas permite no sólo utilizar un área mayor para el cultivo, sino también

aprovechar los enormes sedimentos, ricos en materia orgánica, depositados en las partes bajas y planas, producto de la erosión de las partes altas. Los camellones se realizan para tener el control del agua en estas partes bajas, y poder aprovechar así grandes extensiones de terreno que, en algunos momentos, se encontraban inundados o se convertían en pantanos. De acuerdo a diversos estudios de los especialistas (Lauer, 1979), alrededor del inicio de nuestra era existieron grandes extensiones cubiertas de agua, entre ellas, el área entre los ríos Atoyac y Zahuapan, y es justo en esta región y hacia estos años —400 a.n.e. a 200 d.n.e.— cuando se observa, por vez primera, la construcción de chinampas y camellones en esta región. Por otro lado, dada la posición entre ríos de la zona donde predominaban este tipo de cultivos, de haber llegado a faltar, el agua pudo llevarse de las corrientes permanentes cercanas —río Atoyac y río Zahuapan—; por el contrario, de haber abundado, algunos canales elaborados para tal caso pudieron haber servido para drenar el agua hacia las corrientes permanentes. De no ser así, hubiera sido imposible cultivar estas zonas, quedando ociosas e improductivas.

Cinco siglos antes de nuestra era —cultura Texoloc en su segunda mitad— algunos de los sitios debieron ser abandonados debido al desgaste de las tierras y a los efectos de la erosión, cuya actividad era más fuerte que las de su control. Quizá por estas razones, algunos de estos asentamientos Texoloc inician el cultivo del maguey, conocido y utilizado desde épocas muy remotas y que debió realizarse en la orilla baja de las terrazas, tal vez con la intención de fortalecerlas y de ayudar en la formación de un bordo, reteniendo así los suelos.

Esta suposición está avalada por la presencia desde esta época —Texoloc tarde—, de

algunos desfibradores —llamados también “azadas” por Tesch y Abascal, 1974— de piedra, que sirvieron y son utilizados aún (aunque hora elaborados en metal) en el proceso para obtener fibras de las hojas del maguey empleadas en la fabricación de textiles. Está además la aparición de algunos malacates o pesos de husos para hilar, los que de acuerdo a sus dimensiones y densidad son apropiados para la elaboración de hilos de esta fibra. Lo mismo sucede con el incremento de los hornos, que sirvieron para el procesamiento de la penca y el “quiote” de dicha planta, comestible que aún se sigue consumiendo en esta región.

Así, por lo menos unos 500 ó 600 años a.n.e., el maguey no sólo era ya aprovechado y utilizado, sino que también se le cultivó tal vez para cooperar en el control de la erosión, y al mismo tiempo para explotar en cierta escala el aguamiel para la elaboración del pulque. Sus hojas, de donde se obtienen y elaboran fibras, cuerdas y textiles, sirven además para la construcción y como combustible; y sus flores, pencas y “quiotes” como alimento. Así, el maguey, además de servir en la retención de la tierra, evitando hasta cierto grado su erosión, fue (y es, aunque en menor proporción), aprovechado en su totalidad.

Durante la fase cultural Tezoquipan se incrementa la población (más de 250 000 habitantes en el área); por tanto, amplias extensiones de terreno son utilizadas para los cultivos, teniendo que desmontar grandes zonas. Es de todos conocido que las áreas dedicadas a las labores agrícolas producen mayor erosión que las que se encuentran cubiertas de vegetación; en estas últimas, el impacto de la lluvia disminuye su efecto, se intercepta parte de su volumen y se reduce el escurrimiento en proporción a la densidad de vegetación existente. De acuerdo con Lauer, se afirma que: “. . . La gran actividad de des-

monte dio lugar a una degradación de los suelos, especialmente en el Bloque de Tlaxcala [. . .] la erosión produjo un desplazamiento a gran escala de material de las laderas hacia los llanos” (Lauer, 1979: 46). Y aun cuando plantea este hecho sólo para el “óptimo climático del postclásico” —fase cultural Texcalac tarde— aquí se proponen, de acuerdo con las evidencias arqueológicas, que esto se produce desde varios siglos atrás, alrededor del inicio de nuestra era.

Por problemas socio-políticos y quizá también económicos, al haberse agotado las tierras, y por la atracción que ofrecen las nacientes urbes de Teotihuacan y Cholula, al inicio de nuestra era se origina un gran despoblamiento, mismo que se marca alrededor de los siglos II y III, aun cuando se observa la llegada de grupos con otra cultura, la teotihuacana y la de Cholula, a la región. Empero, los inmigrantes se asientan en otros lugares, que en su mayoría son terrenos planos o de muy suave pendiente.

Aun cuando en la fase cultural Tezoquipan —de gran apogeo cultural regional— se hubiese tenido cierto control de la erosión, al ser abandonados muchos de estos terrenos, el relativo equilibrio logrado se rompe, provocándose la primera gran etapa erosiva. Muchos de los terrenos que fueron ocupados por grupos Texoloc tarde y Tezoquipan —600 a.n.e. a 100-200 d.n.e.— no se continúan utilizando posteriormente y la erosión acelera sus procesos destructivos.

Por otro lado, gran parte de estos terrenos debieron ser abandonados durante la parte final de Tezoquipan por estar totalmente agotadas sus tierras, debido al uso intensivo a que fueron sometidos durante el apogeo cultural y poblacional que se observó en dicha fase cultural.

De esta forma, se plantea considerar al período comprendido entre los siglos II al

VII como la primera etapa de gran destrucción y pérdida de suelos. Este proceso de erosión continúa hasta la actualidad. Habiendo existido períodos con cierto control y otros de gran actividad erosiva, pero abandonándose cada vez más grandes áreas afectadas, se provocó un aceleramiento de la erosión y la pérdida irreparable de esas zonas.

Entre los siglos VII y XII de nuestra era, la inestabilidad política impide que muchos de los habitantes del área dediquen tiempo a la construcción de terrazas, canales de drenaje o represas; pasa a segundo plano la preocupación por el control de la erosión. El resultado es que en zonas donde se presentan los procesos erosivos, éstos se incrementan tanto por falta de previsión como por el abandono de lugares donde ya se producían.

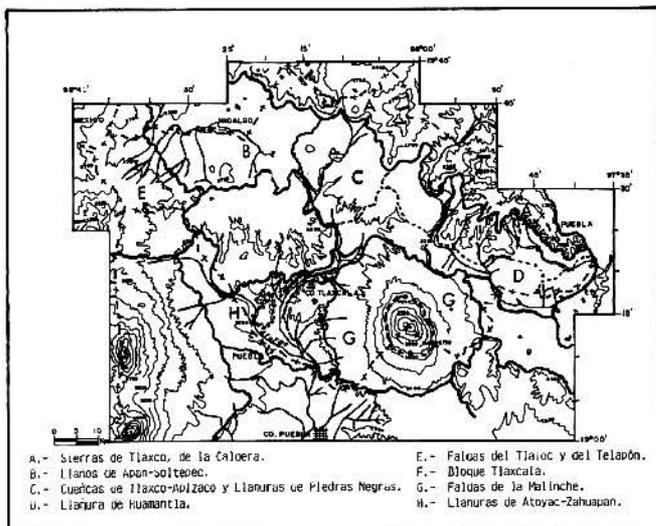
Del siglo XII en adelante, aun cuando existe un régimen socio-político capaz de organizar a la población y de planificar, entre otras actividades, el control de los factores erosivos, la mayor preocupación consiste en conservar la autonomía, evitando quedar bajo la égida política y económica de otros grupos. De tal manera que durante esta última etapa prehispánica, no se tiene un cuidado específico en el desarrollo de las labores agrícolas, y los medios para evitar, hasta cierto grado, la erosión no son debidamente aplicados, dando como resultado que nuevos terrenos sean afectados y se continúe aceleradamente la destrucción de otros.

Con la colonización hispana de principios del siglo XVI, el escaso equilibrio aún existente en ciertas regiones, se rompe totalmente. Se amplía la extensión de terrenos para cultivo, sin tomar en cuenta el surcado en forma paralela a las curvas de nivel del terreno, desmontándose en forma desmesurada, tanto para habilitar esas nuevas áreas al cultivo, como para hacer uso de la madera y leña en muchas

otras actividades. Con la introducción de la ganadería, se destruyen y transforman muchas terrazas para contar con superficies más amplias, resultando superficies con mayor pendiente y, por tanto, más propensas a los efectos erosivos. Además, con el uso del arado la roturación del suelo es mayor, lo cual ofrece una buena cantidad de tierra suelta a los agentes naturales, cuyos efectos pronto se dejan sentir. Por otro lado, se introducen otros tipos de cultivo, trigo, cebada, papa, frutales, que trastornan, en su mayoría, el relativo equilibrio existente hasta entonces.

Todos estos factores: la ampliación de los terrenos para el cultivo, el uso del arado, la destrucción intensiva y extensiva de los bosques, la introducción del pastoreo (posteriormente la ganadería) y de nuevos cultivos y su forma de efectuarlos, transforman totalmente el uso, explotación y conservación del suelo existente, dando como resultado una aceleración de los procesos erosivos y una destrucción, hasta ahora incontrolable, de sus terrenos.

Según los estudios elaborados por Tichy y Tschohl (1968), y complementándolos, por el norte de Tlaxcala, con lo planteado por Trautmann (1981), además de las observaciones personales, en la actualidad las zonas naturales donde los suelos han sido destruidos casi en su totalidad, son: el Bloque Tlaxcala; la Meseta de Apizaco, los cerros de San Andrés y Teacalco, y las llanuras de Muñoz, todos ellos pertenecientes a la cuenca de Apizaco; los cerros de Nativitas o Xochitecatl; el cerro de Tezoyo-Tliltepec, Atlangatepec, y la Meseta de Atotonilco, de la Cuenca de Tlaxco; las laderas al sur de la Sierra de Tlaxco; los lomeríos de la Mesa de Terrenate-Atzayanca; y la Sierra de Terrenate, básicamente. Todo esto cubre más de la mitad del actual estado (Fig. 4).



Para concluir: si bien es cierto que el fenómeno de la erosión se presenta en forma natural, también lo es que las actividades humanas aceleran estos procesos erosivos. Si el hombre no es capaz o no se preocupa por tratar de tener cierto control sobre los agentes naturales, agua, viento, topografía, vegetación, etc., tratando de fijar límites de tolerancia a la erosión, entonces las consecuencias no se harán esperar y la destrucción de los suelos será inevitable.

En la época prehispánica, al menos en Tlaxcala, las características climáticas y topográficas condicionaron la ubicación de los asentamientos humanos, pero también fueron de gran importancia las presiones sociales, no sólo las de carácter demográfico (y por el agotamiento de las tierras), sino las de orden socio-político existentes en su momento.

Los grupos humanos, sobre todo para las últimas etapas del desarrollo regional -600 a 1500 d.n.e.- más que las condiciones ambientales, clima, vegetación, topografía, tenían que considerar la situación política del momento para ubicar sus asentamientos. Por ello se tiene noticia de la ocupación de ciertas regiones que, sin estas presiones socio-políticas, nunca hubiesen sido habitadas a causa de sus con-

diciones naturales. El medio ambiente natural es importante; empero, es necesario tomar en cuenta las presiones socio-políticas en la decisión de fijar residencia.

Ha sido posible observar cómo, desde etapas muy tempranas de ocupación humana sedentaria en Tlaxcala, existió una preocupación por el control de los agentes naturales con la finalidad de evitar la erosión de los terrenos, y cómo, también, fueron de gran importancia los problemas políticos y las presiones sociales en el logro de los propósitos. Lo mismo sucede actualmente en la lucha por controlar y evitar la erosión que tanto daño ha hecho y hace a Tlaxcala.

#### Bibliografía

Abascal, Rafael y Ángel García Cook, "Sistemas de cultivo, riego y control de agua en el área de Tlaxcala", en *XIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*; Arqueología I; S.M.A., México, 1975.

García Cook, Ángel, "Los procesos de cambio de Recolectores Nómadas a Agricultores Sedentarios con especial referencia al Centro y Sur de México", en *XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de*

*Antropología*; Vol. I; S.M.A., México, 1979.

———, "La Tecnología Agraria en la Época Prehispánica". Conferencia en el Colegio de Postgraduados, Escuela Nacional de Agricultura, Chapingo, México, 1979b.

———, "The Historical importance of Tlaxcala in The Cultural Development of the Central Highlands", en: *Supplement of the Handbook of Middle American Indians*, Vol. I; University of Texas Press, Austin, Texas, E.U., 1981.

———, "Historia de la Tecnología Agrícola en el Altiplano Central, desde el principio de la Agricultura al siglo XIII", en *Historia de la Agricultura: Época Prehispánica-Siglo XVI*. Vol. II. Teresa Rojas y William T. Sanders, editores; INAH, México, 1985.

García Cook, Ángel y B. Leonor Merino Carrión, "Notas sobre caminos y rutas de Intercambio al Este de la Cuenca de México", *Comunicaciones 14*, FAIC, Puebla, México, 1977.

———, "Condiciones existentes en la región Poblano-Tlaxcalteca al surgimiento de Cholula". *Notas Mesoamericanas 10*, Universidad de las Américas, Puebla, México (en prensa).

Lauer, Wilhelm, "Problemas climato-ecológicos de la vegetación de la región montañosa oriental mexicana", *Comunicaciones 7*, FAIC, Puebla, México, 1973.

———, "Medio Ambiente y desarrollo cultural en la región de Puebla-Tlaxcala", *Comunicaciones 16*, FAIC, Puebla, México, 1979.

Lauer, Wilhelm, y Eckart Stiehl, "La clasificación del clima en la región Puebla-Tlaxcala", *Comunicaciones 7*, FAIC, Puebla, México, 1973.

MacNeish, Richard S., "A Summary of the Subsistence" en: *The Prehistory of the Tehuacan Valley: Environment and Subsistence*, O. Byers, editor, University of Texas Press, Austin, Texas, E.U., 1967.

Ohngemach, Dieter y Herbert Straka, "La historia de la vegetación en la región de Puebla-Tlaxcala durante el cuaternario tardío", *Comunicaciones 15*, FAIC, Puebla, México, 1978.

Tesch, Monika, y Rafael Abascal, "Azadas", *Comunicaciones 11*, FAIC, Puebla, México, 1974.

Tichy, Franz y Peter Tschohl, "Mapa 2. Regiones naturales y sitios de ruinas", en: *Informe sobre los trabajos iniciados y proyectados*. (El Proyecto México de la Fundación Alemana para la Investigación Científica I); Wiesbaden, Alemania Federal, 1968.

Trautmann, Wolfgang, *Las Transformaciones en el Paisaje Cultural de Tlaxcala durante la Época Colonial*. El Proyecto México de la Fundación Alemana para la Investigación Científica XVII; Wiesbaden, Alemania Federal, 1981.

# Una joya de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia\*

Entre las figuras sobresalientes en ciencia y literatura del México colonial, se encuentra el muy ilustre don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700).

Los interesados en archivos como fuente insustituible del conocimiento histórico, agradecemos a Sigüenza su arrojo al salvar del incendio provocado por un motín popular, en 1692, parte del archivo del Ayuntamiento de la ciudad.

Este sabio, Geógrafo de Su Majestad, astrónomo, matemático, historiador y poeta, impartió en la Real y Pontificia Universidad de México las cátedras de astrología y matemáticas y logró reunir una biblioteca de poco más de cuatrocientos volúmenes, cantidad importante de libros para aquellos días y que al morir legó a la Compañía de Jesús.

Octavio Paz en su obra sobre Sor Juana,<sup>1</sup> discute ampliamente la figura de don Carlos de Sigüenza y Góngora, contemporáneo, amigo y rival intelectual de la ilustre poetisa. Paz señala, con su habitual lujo de elegancia y erudición, los autores que influenciaron la obra de ambos. Uno de ellos fue, sin duda, Atanasio Kircher de quien afirma "ejerció un verdadero magisterio en los círculos intelectuales de Nueva España".

Kircher, jesuita y filólogo alemán, nació en 1602. Enseñó filosofía, matemáticas y lenguas orientales; escribió sobre magnetismo, óptica, acústica, música, historia natural, medicina, historia y, además,

sobre magia y prestidigitación. Perteneció a la corriente de los científicos herméticos, como apunta Elías Trabulse. En Roma, ciudad en la que pasó la última parte de su vida, reunió uno de los más ricos gabinetes de aparatos físicos, de especímenes naturales y de antigüedades orientales, en el Museum Kircherianum que, en 1870, pasó a ser propiedad del Estado. Kircher fue el inventor de varios instrumentos, entre los que se supone estaba la linterna mágica.<sup>2</sup>

Dice Elías Trabulse:<sup>3</sup>

Es evidente que las obras de este polígrafo tuvieron una amplia difusión en México. Lo vemos registrado a menudo en los inventarios de bibliotecas realizados por la Inquisición o bien en las listas de libros confiscados a bibliófilos sospechosos de herejías [...] El sabio padre Diego Rodríguez acude a él al explicar asuntos de magnetismo [...] El jesuita Kino lo emplea como autoridad contra Sigüenza y éste contra el padre Kino en su célebre "justa de los cometas" en la que el primero considera al cometa como un fenómeno natural sin influjo alguno sobre la humanidad, mientras que Kino defiende la tesis de que los cometas son astros maléficos.

Otros sabios de Nueva España, como José Sáenz de Escobar, describen los inventos de Kircher como útiles a la agrimensura y la minería. Clavijero, Alzate, León y Gama, historiadores del siglo

XVIII, discuten las interpretaciones de Kircher al Códice Mendocino. Todavía en el siglo XIX, el historiador Larrazar lo menciona al describir los jeroglíficos de Palenque.<sup>4</sup>

El interés de Kircher por las culturas del México antiguo, así como su influencia en los sabios novohispanos, llevaron a que el año pasado, al hacer el inventario de los libros antiguos que custodia el INAH en Acolman, Churubusco y Tepotzotlán, se buscara con interés, pero sin encontrarlo, algún libro de este autor. Sin embargo este año, al hacerse el inventario de los libros antiguos en custodia de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, fue una grata sorpresa, al revisar los estantes, ver en el lomo de uno de los libros, el nombre de Kircher. Mayor y más grata todavía fue la sorpresa al abrirlo y encontrar en la portada del libro

ATHANASII KIRCHERI  
E SOC. IESV.  
MAGNETICVM NATVRAE  
REGNV M

S I V E

DISCEPTATIO PHYSIOLOGICA

De triplici in Natura rerum MAGNETE, iuxta  
aplicam eiusdem Naturae gradum digesto

I N A N I M A T O  
A N I M A T O  
S E N S I T I V O

Q u a

Oeculte prodigiorum quatuordecim motuum vires &  
proprietates, quae in triplici Natura-Oeconomiam  
nonnullis in corporibus noviter detectis ob-  
servantur, in apertam lucem eruantur,  
& luculentis argumentis, experientia  
duce, demonstrantur.

A d  
Inclitum, & Eximium Virum  
ALEXANDRVM FABIANVM  
Nouus orbis Indigitatum.



Romae, Typis Ignacij d: Lazzarini, 1667. Sup. Permissi.

\* Departamento de Archivos  
Históricos y Bibliotecas

<sup>1</sup> Paz, O., *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, FCE, 1981.

<sup>2</sup> *La grande encyclopedie. Inventaire raisonné des sciences, des lettres et des arts*, Paris, s/f.

<sup>3</sup> Trabulse, E., *El círculo roto*, México, FCE-SEP Cultura, 1984 (Lecturas Mexicanas, 54)

<sup>4</sup> *Ibidem*

Marie-Odile Marion\*

## Los últimos señores de Palenque

En 1977, un profesor de literatura de la Universidad Californiana de Santa Cruz descubre a los lacandones al intentar estudiar el *Popol Vuh*. Lo hace de modo indirecto, mediante la lectura de *El libro de Chank'in*, un relato de los principales mitos lacandones compilados por el etnolingüista Robert Bruce y publicados por el INAH en 1974. Al percatarse de que en la selva de Chiapas una pequeña sociedad indígena sigue reproduciendo su cultura, bajo la férula de su antiguo *t'o'ohil*, crece en el profesor californiano la inquietud por recorrer la brecha selvática anteriormente trazada por una serie de antropólogos, arqueólogos, exploradores, aventureros, misioneros y turistas. Un primer intento por acercarse a los pobladores de la selva lo induce a buscar en México algún tipo de asesoría para lograr su propósito —por lo demás muy legítimo—, no sólo de acercarse, sino de convivir con las familias más tradicionales del grupo lacandón, sin invertir en ello largos meses de precaria y cautelosa estancia.

Los lacandones se muestran desconfiados ante quienes pretenden incursionar en las sendas de su cotidianidad. Una larga historia de relaciones asimétricas entre ellos y las distintas oleadas de explotadores de recursos selváticos, relaciones plagadas de engaños, vejaciones, amenazas y conflictos, los ha orillado a mantener una actitud cautelosa ante lo que puede signi-

ficar un atentado contra su tranquilidad. En cambio son extremadamente hospitalarios con quienes saben convivir con ellos, respetando las normas culturales que prevalecen en el seno de sus comunidades. Varios han sido los que han comprobado en carne propia la gran generosidad de esos mayas de la selva, y uno de ellos es Robert Bruce. Incansable estudioso de la cultura lacandona, dicho antropólogo ha sabido, a lo largo de sus treinta años de trabajo en Chiapas, ganarse la confianza y el cariño de las familias de *hach*

*winik*, con las que ha convivido en repetidas ocasiones. Su experiencia de tantos años le ha permitido escribir una serie de libros y artículos de reconocido valor científico, en los que, mediante un riguroso análisis lingüístico, reconstruye el sistema simbólico de los lacandones con base en el estudio de sus mitos, cuentos, leyendas y rituales; esta labor había sido realizada de forma imperfecta, inacabada o superficial por cuantos lo precedieron. Gracias a esa intimidad que supo crear y mantener con los lacandones,



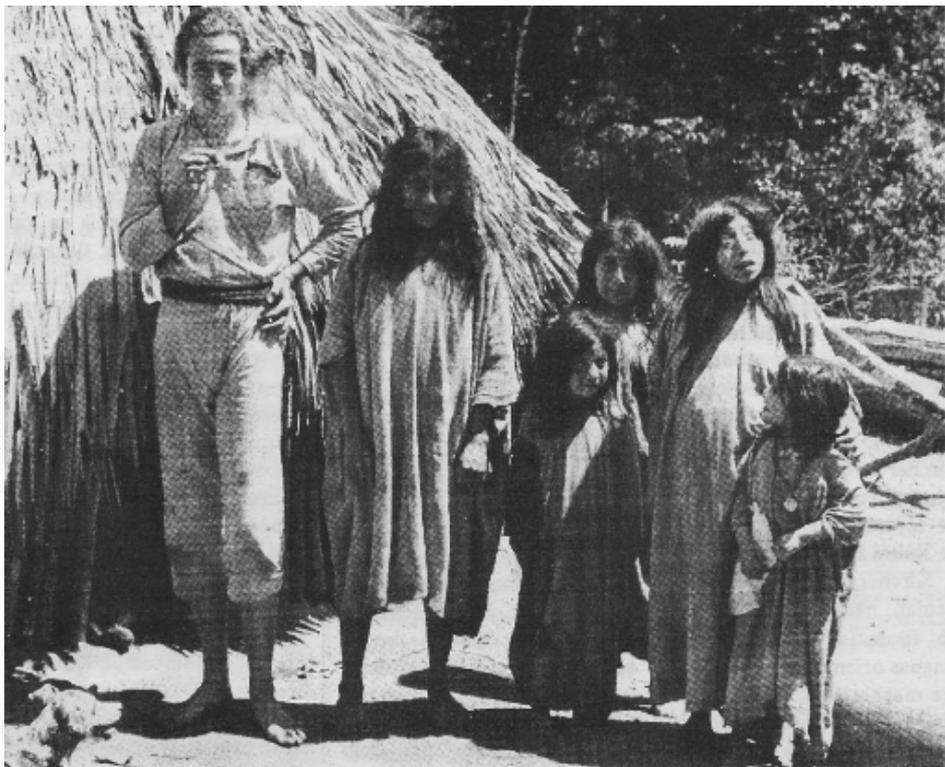
Robert Bruce es probablemente el más destacado conocedor de esta cultura autóctona, rica en un sinfín de tradiciones vivas, que permiten la transmisión de valores genuinos, tanto éticos como estéticos; e indudablemente, uno de los que más han abogado con su pluma en la defensa y protección de sus integrantes.

El escritor californiano Victor Perera y el antropólogo Bruce se encontraron un día en el pequeño cubículo que ocupa este último en el Museo Nacional de Antropología de México. Allí nació una insólita colaboración entre ambos, en torno a un libro de etnografía que editaría la Universidad de California en Berkeley, sobre los esfuerzos de resistencia

\* Departamento de Etnología y Antropología Social

*K'in Paniagua y el joven Mateo modelan la arcilla*

*Robert Bruce con K'ayum de la Laguna y su familia, Lacanjá, 1954*





al cambio expresados por los últimos señores de Palenque. La intención en sí era excelente. Nadie mejor que Robert Bruce, con esa delicadeza que lo caracteriza y con su erudición en el tema abordado, para conducir con seguridad los pasos del literato norteamericano. Se proponía Perera escribir un relato de sus experiencias en la tierra maya selvática, esforzándose particularmente por difundir sus resultados a un público no especializado en cuestiones antropológicas y contribuir así a una mejor valoración de una de las culturas indígenas menos conocidas de nuestro país, lo mismo que de su problemática particular ante la transformación de su medio tradicional de subsistencia y reproducción, la selva tropical del sur de Chiapas. Los estudios antropológicos, para ser buenos, no tienen que dirigirse exclusivamente a un público iniciado en cuanto al manejo de términos, conceptos o métodos de exposición; y no dejaremos de aplaudir la realización de obras etnológicas que sepan captar la atención del gran público, con el fin de

realzar la riqueza de las culturas autóctonas, las que contribuyen a la reproducción del patrimonio histórico-cultural de cada país.

Compartir la vida de una comunidad indígena selvática requiere de cierta dosis de voluntad y generosidad. Aceptar los valores del grupo anfitrión, compartir las reglas de convivencia, adaptarse a las pequeñas o grandes molestias de la estancia en una zona tropical no siempre salubre, aceptar las picaduras de moscos y la incomodidad de una hamaca inestable, contentarse con una dieta quizás poco balanceada, arriesgarse a baños inesperados en lagunas inhóspitas y al deterioro del equipo de grabación o filmación; en fin, enfrentar la obligación de cambiar radicalmente las costumbres, la comodidad y la seguridad no es un compromiso que todos aceptamos tomar; y Perera se arriesgó, hay que reconocerlo, de buen grado. En su texto se advierte la presencia constante de Bruce, no sólo en el papel de intermediario, al principio de la estancia, sino también como intérprete y asesor pertinente

y suspicaz, durante los dos viajes a Nahá. El papel que jugó Bruce a lo largo de esa colaboración literaria fue discreto, aunque imprescindible para la realización del libro. Se encargó mayormente de la introducción, elaboró una bibliografía comentada y eliminó del manuscrito original los excesos de imaginación de su coautor. Pero no se permitió —y su posición en última instancia es entendible— corregir los excesos de subjetivismo en los que cae y recae con manifiesta frecuencia el aprendiz de etnógrafo. Es precisamente un constante esfuerzo por guardar la serenidad y objetividad lo que permite al etnólogo diferenciarse del novelista. El compartir durante dos meses la vida de una familia indígena no hace de un buen literato un antropólogo cauteloso, que tendrá como objetivo central observar y analizar una cultura para transcribir sus aspectos fundamentales, evitando siempre emitir juicios de valor —por lo demás estrictamente personales y a menudo injustificables— y comprometer con sus comentarios la integridad moral de

quienes generosamente le abrieron la puerta de su intimidad sociocultural.

Acaso Perera no estuviese enterado de lo anterior, pues su texto se caracteriza por una insólita insistencia en pintar cuadros en extremo subjetivos que no dejan de extrañar e incluso de indignar. Revisemos brevemente algunos de los muchos momentos en que el interés que suscita la lectura de sus capítulos fue repentinamente sustituido por la inconformidad y a veces por el enojo.

En primer lugar, cuando en el libro se alude a los lacandonnes, el autor se refiere a los verdaderos lacandonnes, e implícitamente a los de Nahá; puesto que los demás miembros de la etnia, residentes de Metzabok o Lacanjá-Chansayab, por haber aceptado el evangelio y abandonado consecuentemente sus prácticas rituales, no merecen ya ser siquiera identificados como *hach winik*. No sería tan grave la equivocación —no se puede exigir de Perera que entienda la complejidad de los mecanismos de identificación étnica— si no fuera tan radical el novelista en sus juicios críticos. Resulta irritante leer que los miembros del grupo sur (Lacanjá Chansayab) conforman una “mafia”; aparte de ser equivocado el uso de dicho término, resulta irrespetuoso —en un libro que pretende ser etnográfico— referirse de esa manera a una comunidad indígena, por muy antipática que pueda parecer al autor.

Por otra parte, la admiración de Perera hacia el *t'ohil* de Nahá, totalmente justificable a nuestro parecer, lo lleva a emitir juicios un tanto tajantes en contra de quienes manifiestan ideas distintas o se comportan de forma más liberal que el mismo patriarca lacandón, obviamente conser-

vador a sus 85 años de edad. Sin duda Perera actúa de buena fe cuando quiere detener la historia e imponer a los lacandones un marco de reproducción cultural al que posiblemente ya no aspiran. La carretera que une Nahá al mundo moderno no sólo traerá la aculturación —por lo demás inaplazable en toda sociedad, por muy marginal que sea—, sino también médicos, alimentos y otros satisfactores básicos a los que todos, incluidos los lacandones, tienen derecho. Los lacandones de hoy no son los que conoció Robert Bruce hace treinta años, ni eran aquéllos que conoció Alfonso Villa Rojas en 1940; tampoco los que acompañaron a Alfred Tozzer a principios del siglo o a Désiré Charnay a fines del siglo pasado. Cada ser humano lleva en sí la inquietud por lograr una vida mejor, y somos tan progresistas los humanos que nunca hemos dejado de buscar en el cambio social opciones legítimas de una vida mejor para nuestros hijos. El romanticismo de Perera no molestaría tanto —el caso no es nuevo— de no ser porque se permite condenar con cierta condescendencia a quienes escogen el camino —a su parecer equivocado— de la modernidad y establece juicios de lamentable severidad en contra de quienes así lo defraudaron.

Incomodan grandemente sus comentarios sobre varios jefes de familia de Metzabok, de Nahá y sobre todo de Lacanjá-Chansayab, al ofrecer una visión completamente distorsionada de los conflictos internos que separan a su juicio, a los grupos del norte y del sur. En ocasiones lanza ciertas acusaciones, intolerables en un libro que se pretende científico. A lo sumo debería haber omitido señalar nombres. Ningún antropólogo, por muy bien intencionado que sea, tiene el mínimo derecho, por simple ética (ni siquiera profesional), a introducirse en las relaciones so-

ciopolíticas de las etnias en estudio, con el propósito de ofrecer una opinión personal y por ende subjetiva sobre el particular. Se intentaría, si acaso, limar asperezas entre los grupos que se caracterizan por sus disensiones, pero no exacerbarlas. Cabe preguntarse si Víctor Perera, al inmiscuirse en las diferencias que prevalecían entre ambas comunidades —y tomar partido, obviamente—, se percató de que su actitud y sus declaraciones podían ayudar a arruinar los esfuerzos invertidos en consolidar la organización de un grupo por demás amenazado por influencias externas y desestabilizantes. Quiero pensar que no fue así.

Un libro de etnología siempre regresa a quienes permitieron su elaboración y que con su confianza, paciencia y amistad contribuyeron en gran medida a su realización. Los lacandones leerán algún día la versión española de *Los últimos señores de Palenque*, así como han tenido entre sus manos la mayor parte de los textos científicos o de divulgación que sobre ellos se han escrito; ciertas consideraciones fantasiosas de Víctor Perera pueden llegar a afectar la susceptibilidad de los seres involucrados a lo largo de los numerosos capítulos de la obra, y provocar que en lo sucesivo tengan más cautela al abrir sus hogares a quienes tenemos interés, preocupación o amistad por ellos.

En última instancia, una visión romántica y subjetiva de los fenómenos sociales puede ser aceptable, si ésta no se acompaña de connotaciones condescendientes y hasta irrespetuosas para quienes se prestaron a la experiencia del intercambio y de la convivencia.

En síntesis, podríamos contestar a Víctor Perera que la cultura no es estática y que no es preciso encerrarla en el Museo Metropolitano de Nueva York para protegerla de intrusiones modernizantes. Una sociedad que se empeña en frenar su dinamismo cultu-



ral se condena a la atrofia y a la recesión; y a ningún antropólogo o escritor le corresponde jugar el papel de asesor cultural de ninguna etnia, por muy urgente que le parezca hacerlo.

Los lacandones han experimentado en 1938 la pena de ser exhibidos como atracciones humanas en la gran feria de Jorge Ubico, en Guatemala; repetidas veces fueron visitados por turistas que andaban en busca de exotismo y de primitivismo. Hoy día amenazan con cortar su larga melena y trocar su "cotón" blanco por un traje occidental. Detrás de tantos cambios que no dejan de ser superficiales, permanece y se reproduce la cultura de esta pequeña etnia maya, con las modificaciones que sus integrantes han juzgado pertinentes.

No se acabaron los lacandones con la entrada de una carretera a Metzabok, Nahá, Lacanjá o Bethel; y si se les quiere considerar herederos de Palenque, Yaxchilán o Bonampak, no hay ninguna razón para pensar que sus hijos no puedan, a su vez, heredar dicho legado histórico. Más grave es la amenaza que pesa sobre la selva, por el constante avance de las brechas de deforestación. Una cultura selvática que pierde los elementos necesarios para su reproducción tecnocómica y para su identificación simbólica en el marco natural de su inserción tradicional, enfrenta la amenaza de encontrarse sin posibilidades de interacción con su marco ecológico ya adulterado por intervenciones ajenas a su voluntad. Compartimos la preocupación de Perera, y con él de Bruce y de todos los estudiosos de la selva y de sus moradores, por el pe-

ligro que no deja de pesar sobre los altos bosques de caoba, zapotáceas, ceiba, cedro, guanacate, guapaque, coralillo, canshán, bari, etc. . . Con ellos, no dejaremos de abogar en favor de una mayor y más cuidadosa protección del bosque tropical, tanto por la importancia que tiene como regulador ecotérmico, cuanto por ser el nicho insustituible de reproducción de la cultura maya lacandona, que al igual que todas las otras culturas indígenas mexicanas, se funde en nuestro presente para enriquecer el patrimonio histórico social que nos legó el pasado.

Junio de 1986



Perera, Víctor and Robert D. Bruce, *The Last Lords of Palenque: The Lacandon Mayas of the Mexican Rain Forest*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1982.

Perera, Víctor y Robert Bruce, *Los últimos señores de Palenque*, Barcelona, Argus Vergara, 1984.

*Los cinco lacandones que fueron exhibidos en la Feria Nacional de Guatemala, noviembre de 1938*

*Ilustraciones tomadas de The Last Lords of Palenque, de Perera y Bruce*

# La conservación de las obras de arte, problema de política cultural\*

Paul Philippot

Traducción Salvador Díaz-Berrio

*Editorial publicado en el número 12 del Boletín Anual de 1986 del Centro Internacional de Estudios para la Conservación y Restauración de los Bienes Culturales, de Roma (ICCROM).*

El interés por la restauración de las obras de arte tiende a desarrollar, en forma predominante, dos tipos de discurso: por una parte, entre los especialistas circula una literatura de una tecnicidad cada vez más árida; por la otra, se dirige ocasionalmente al gran público una información aproximada, dictada por el *acontecimiento* de una restauración, realizada para celebrar el triunfo de nuevos métodos científicos, encarnados por alguna institución prestigiosa, cuya sola existencia parece ser ya una garantía de seguridad.

Sin embargo esta situación, que reduce el problema de la restauración sólo a su dimensión técnica, amenaza con olvidar que la restauración, antes de convertirse en un problema técnico, es primero un problema cultural. Si no se tiene constantemente presente esta evidencia, es inevitable que la opinión, tranquilizada por la técnica de los especialistas, se sienta descargada de toda responsabilidad, mientras que la técnica, librada a sí misma y carente de medios de acción en el nivel cultural, se limite fácilmente a la aplicación automática de recetas, llegando incluso a correr el riesgo de perder de vista la finalidad que la justifica.

Inicialmente están, en efecto, el reconocimiento, la identificación y la caracterización de los valores por salvaguardar: se trata de una operación que abarca desde el inventario de los objetos —y por lo tanto de los criterios de identificación de los mismos—, hasta la determinación de la unidad de conjunto que habrá de

considerarse como referencia para cada intervención, además de la lectura y la interpretación crítica, es decir histórica y estética, de los objetos que se vayan a tratar.

Desde este último punto de vista, corresponde un lugar esencial a la apreciación de las diversas modificaciones o eventuales adiciones que un objeto dado haya podido sufrir a lo largo del tiempo. La conservación o la eliminación de estos elementos dependerá de la significación

que les será atribuida por el diagnóstico crítico, teniendo en cuenta, por otra parte, las posibilidades que ofrece su eventual eliminación, para volver efectivamente al estado original de la obra, así como la apreciación de las posibilidades técnicas de llevar a cabo las diversas opciones que se pueden prever.

Si puede afirmarse que la restauración, alcanzó al fin el rango de una verdadera disciplina, después de la postguerra, esto fue en la medida en la que se superó una tradición artesanal, no negando, sino integrando tanto un enfoque crítico, es decir histórico y estético, como una aportación científica de los laboratorios. Sin embargo, en el mismo momento en que nacía como disciplina, la restauración se convirtió también en una moda. Al salir del taller del artesano, frecuentemente secreto, despertó la curiosidad de un público cada vez más amplio, fácilmente seducido por la revelación de un mundo reservado hasta entonces sólo a los iniciados, atraído por el *acontecimiento* que constituía el milagro o la resurrección de una pintura que se había limpiado, quizá a veces demasiado.

\* La arquitectura no se ha tomado en consideración aquí más que en forma marginal y ocasional. La importancia de sus implicaciones socioeconómicas por un lado, y el valor simbólico de los monumentos por otro, exigirían un discurso específico.



Este nuevo interés parece haber traído consigo una proliferación incontrolada de las actividades de restauración. En el mismo momento en que la restauración se define como metodología rigurosa, por otra parte se asiste a una multiplicación de intervenciones primarias, tan discutibles desde el punto de vista técnico como desde el crítico. De ahí una situación que, evidentemente, no puede controlarse más que a través de una política cultural de la conservación que tome en consideración, simultánea y coherentemente, la formación de los restauradores y su estatuto, las estructuras institucionales especializadas responsables y la información al público.

Es necesario decir que el problema se ha extendido universalmente. Para ser breve basta evocar un solo ejemplo: la prioridad de la prevención y del mantenimiento, sobre las operaciones curativas, constituye un principio fundamental de la metodología moderna de la conservación. ¿Qué puede pensarse entonces de la ligereza con la cual se introduce frecuentemente la calefacción en los templos? Hay países en los que esta situación ha causado o causa aún actualmente, la degradación rápida de toda la escultura en madera policroma que se había adaptado hasta ahora muy bien a los climas más rigurosos, debido a la len-

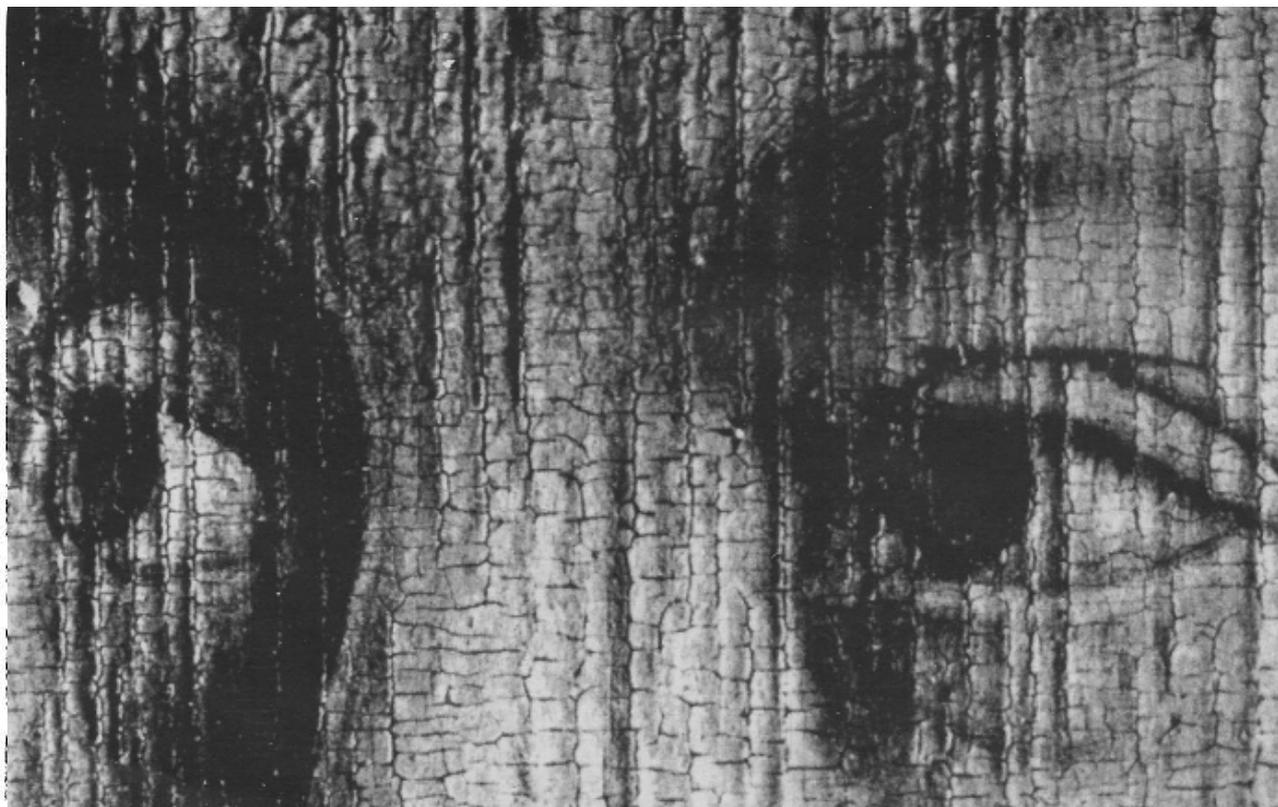
titud en las variaciones del clima interior. Por supuesto, el mecanismo técnico de la alteración es bien conocido, pero su causa está, naturalmente, en otra parte. ¿Cómo asegurar que las medidas destinadas a la comodidad del público y a la conservación misma de las obras, se conciben y se pongan en práctica en forma coordinada?

En los museos, la política de prevención se ha desarrollado ampliamente a partir de la Segunda Guerra Mundial bajo la forma de control del clima y de la iluminación. Empero, otro peligro se ha agravado a lo largo de las últimas décadas: la multiplicación de las exposiciones. Por supuesto, no se trata de poner en tela de juicio el valor y la justificación cultural y científica de un cierto número de estos eventos, que naturalmente nos alegran. No obstante, las obras de arte célebres se instrumentalizan cuando se trasladan por razones de prestigio. Por otra parte, la afluencia del público a las exposiciones coincide frecuentemente con la deserción en los museos y pone de manifiesto la preponderancia del *acontecimiento* sobre la experiencia y la reducción de la obra de arte al rango de bien de consumo. A este respecto, es aún más insidiosa la libertad con la que se presentan como completas en las ediciones, imágenes arbitrariamente recortadas de uno u otro

lado para satisfacer la estética o facilitar la formación de las páginas.

No es menos sorprendente el contraste que existe entre la finura de los análisis más avanzados sobre la espacialidad arquitectónica, y la ignorancia absoluta de los valores formales del color que nos demuestran tantas renovaciones —no se puede hablar aquí de restauraciones— de fachadas, etcétera. Al menos este problema acaba de ser objeto en Italia de algunos coloquios científicos precedidos y seguidos por diversas publicaciones que dan testimonio de una toma de conciencia cada vez más amplia. Pero ¿cuántos aplanados o recubrimientos originales se destruyen cada año para satisfacer el culto de la piedra desnuda —pura proyección de un gusto moderno sobre el monumento antiguo—, a menos que no se trate de sustituir forzosamente la monocromía severa de una fachada neoclásica por la imagen de la bicromía “tradicional” de la piedra y el ladrillo? En el tratamiento de los interiores parece persistir, al contrario, una forma de gusto neoclásico y antibarroco que llega a disolver el juego original de la estructura tectónica, ahogando los efectos plásticos bajo una capa uniforme de blanco, semejante, o a penas diferente, al de los paramentos.

En la motivación de estas acciones en





las que el gusto espontáneo sustituye al proceso histórico-crítico — y por consiguiente escamotea de entrada el problema de la definición del objeto—, no se debería subestimar el papel determinante del “museo imaginario”, es decir de la cultura como constituyente del *corpus* de referencia del restaurador, de la autoridad promotora y del público. Si bien está patente en el campo de la arquitectura, por estar expuesto a la mirada de todos, aunque más insidioso el fenómeno, no deja de ser menos real en el campo de la pintura. ¿Quién dirá en qué medida la difusión de reproducciones en color, sobre papel brillante, amenaza todas las formas de pintura mate que parece debilitada? y ¿cómo la disociación de la textura real del documento y de la textura de la obra, favorece en las reproducciones la moda aberrante de los barnices espesos y brillantes, que tanto contribuyen a transformar la obra misma en su propia imagen purificada, antiséptica, y fría como un espejo?

Quizá es más grave el papel solapado que juegan estas referencias inconscientes y acríticas en la limpieza de las pinturas. Si los barnices con color del siglo XIX

reforzaban artificialmente la pátina del tiempo para subrayar el espesor histórico, la reacción en forma de limpieza radical o la pretensión de objetividad que quisiera abolir los restos de la historia, se asocia al gusto del cromatismo audaz del arte moderno. No es raro entonces que el color, perdiendo su espacialidad representativa y aflorando a la superficie del cuadro, se convierta en la materia cromática que era en la paleta. Es cierto que la cortesía internacional

parece, desde hace tiempo, haber archi- vado este tema entre los tabúes, y que la dificultad objetiva de una documentación válida de estos fenómenos no contribuye más que a desalentar los esfuerzos tendientes a un enfoque rigurosamente científico del problema.

Estas pocas observaciones muestran suficientemente las dimensiones específicas de la responsabilidad cultural que implica el acto de la restauración. Si por una parte existe el peligroso e ineluctable



privilegio de tocar a la materia de la obra, y por lo tanto a su sustancia misma, por la otra se contribuye, en forma decisiva, a determinar la imagen bajo la cual esta obra ocupará su lugar en el "museo imaginario" y, por ende, en el *corpus* de referencias no sólo del público sino de los futuros historiadores y restauradores. El sentimiento de tal responsabilidad histórica puede parecer sin duda natural cuando se trata de intervenir en una obra antigua que ha sido precedida por muchas otras a lo largo de los siglos, pero aparece en todo su esplendor cada vez que el restaurador sabe que es el primero que interviene, lo cual es frecuente cuando se trata de obras contemporáneas. "Es como desflorar a una virgen", observó Paolo Cadorn durante el último congreso sobre conservación del ICOM.

Sucede que la profesión de restaurador —y esta es una de las mayores paradojas de la situación actual— no está bajo ningún estatuto: su ejercicio no exige ninguna formación determinada. Cualquiera que restaura es restaurador *de facto* pero también *de jure*. La lucha para reconocer un estatuto adecuado de los restauradores en las instituciones

oficiales, coordinada con la organización de una enseñanza correspondiente, no ha avanzado casi nada desde hace más de veinte años, aunque las recomendaciones internacionales y diversas asociaciones profesionales dan, desde hace tiempo, una imagen clara y convincente de las exigencias que implica hoy en día la restauración considerada como disciplina especializada.

Al estar el tema de moda, como ya hemos dicho, estas circunstancias han contribuido bastante para favorecer la proliferación de cursos de restauración, frecuentemente insuficientes o de concepción discutible, que no hace más que dificultar el control de la situación.

Pero es necesario concluir. Las consideraciones precedentes habrán demostrado suficientemente, a nuestro juicio, que la lucha por una mejor conservación y por un mayor —y sobre todo más amplio— respeto a la obra de arte, depende menos, en lo inmediato, del progreso técnico que de la difusión efectiva de los mejores *standards* metodológicos, cuya práctica es aún muy restringida, y de la ampliación del debate interdisciplinario que implica la conservación, al más alto

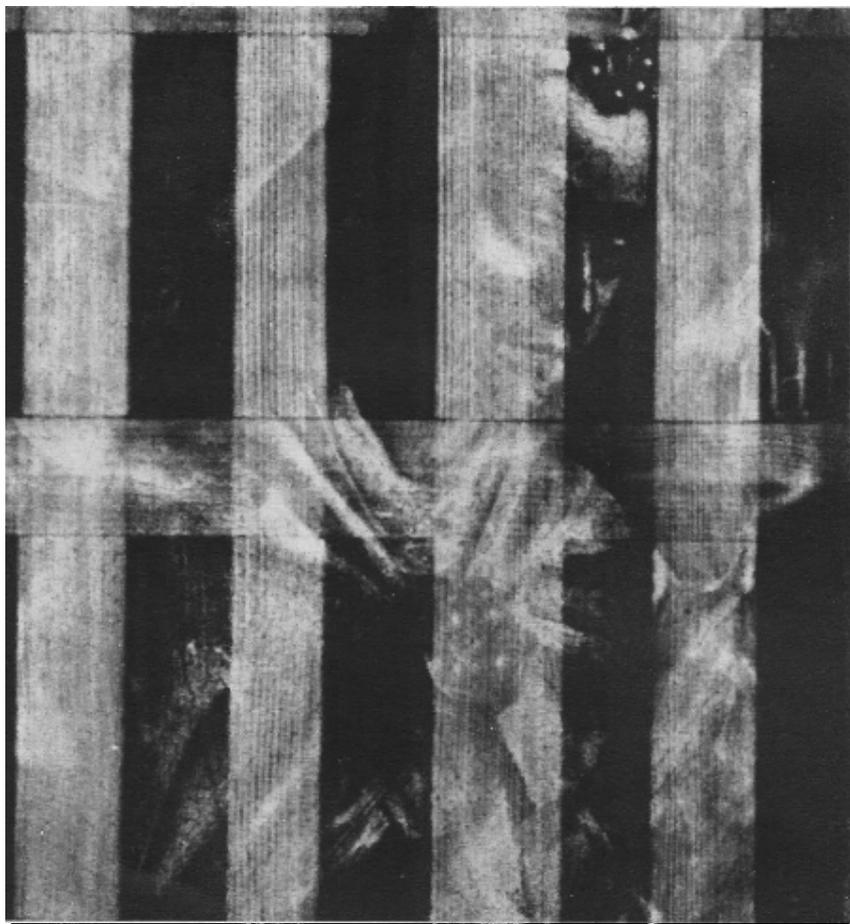
nivel. Se trata pues de problemas claramente culturales que requieren de una política cultural de la conservación.

Intentaremos señalar algunas líneas directrices.

1. En la medida en que el estudio y la caracterización de los valores por salvaguardar constituyen, en primer término, una responsabilidad para el historiador de arte, éste debería sentirse directamente implicado en los asuntos de la conservación; sin embargo, la tendencia general que considera a esta actividad como una operación esencialmente técnica, no es de tal naturaleza como para estimularlo. Por otra parte, se puede dudar que la formación que recibe lo prepare generalmente en forma adecuada para entrar en contacto con la materialidad de los objetos. Empero, los restauradores mismos sienten la necesidad de una apertura en este sentido, como lo demuestra una moción reciente del Comité del ICOM para la conservación, que promueve la inserción generalizada de cursos de teoría de la restauración en los programas de estudio de historia del arte y de arqueología.

El reconocimiento legal de un estatuto del restaurador que corresponda al alcance y a la naturaleza de sus responsabilidades, tanto culturales como técnicas, es una decisión demasiado grave para ser tomada a la ligera. De hecho podría causar un efecto contrario al objetivo deseado si, bajo la influencia de consideraciones de orden socioeconómico, se confiere el mismo título al restaurador calificado para tomar decisiones en las cuales está implícita la crítica arqueológica, que al artesano calificado para operaciones técnicas de ejecución o actividades de creación libre que no se basan en el diagnóstico histórico-crítico de la obra que se va a tratar.

2. Si la preparación del especialista es un deber, la información y la sensibilización del público son igualmente deseables, ya que de su apoyo dependen en definitiva los medios de acción. Cabe recordar a este respecto que en diversos países la historia del arte, a diferencia de la historia de la literatura, nunca ha figurado en el programa oficial de la enseñanza secundaria: curiosa supervivencia del privilegio medieval de lo escrito sobre la imagen, a menos de que no se





trate de una extraña convicción según la cual la arquitectura y las artes plásticas, a diferencia de la poesía, se beneficiarían de una comprensión infusa.

En el caso de la restauración en particular, una divulgación de alto nivel, tal como la que practica el Departamento de Pinturas del Louvre bajo la forma de exposiciones de los *Dossiers de Restauration*, ha mostrado que respondía a un interés real del público.

3. La formación de los restauradores, reconocida como fundamental, es objeto de debates de fondo muy complejos para ser evocados aquí. Bastará subrayar que sólo un equilibrio adecuado entre los factores humanistas y los técnicos permitirá dar respuesta a las responsabilidades que implica la profesión, a la vez que se asegura una colaboración interdisciplinaria con las autoridades respon-

sables de la gestión del patrimonio; esto implica, por otra parte, el reconocimiento del correspondiente estatuto, así como ciertas formas de control de las competencias. ¿Cómo lograrlo sin concentrar los esfuerzos en una enseñanza de calidad y evitando la dispersión de las iniciativas?

4. Finalmente, la gestión de la conservación del patrimonio artístico no puede lograrse más que a través de estructuras institucionales especializadas en las que se concentra la experiencia y se elabora una política constantemente verificada por la práctica. Si los museos ofrecen desde hace tiempo este marco es, no lo olvidemos, a cambio de una segregación sistemática de las obras que las ha separado de su función original y les ha conferido un nuevo estatuto. De ahí, como consecuencia, el significado particular que revisten hoy en día las obras cada vez más raras, que en los monumentos y más especialmente en los edifi-

cios religiosos, han conservado aún su función o al menos su localización y su contexto original. Su "musealización", al reducir las al estatuto de obra de arte y de documento histórico ¿no es ya un primer atentado, a veces inevitable, a su integridad? Los desastres que han sufrido ciertas iglesias, por las modificaciones litúrgicas del Concilio Vaticano II, ilustran las exigencias del culto y del respeto a la obra de arte. No basta pues con subrayar la importancia de las recomendaciones y de las instrucciones emitidas en este terreno por publicaciones especializadas, destinadas al clero, como las del *Bayerisches Landesamt für Denkmalpflege*, del *Landeskonservator Rheinland* o del *Central Council for the Care of Churches*. Un documento análogo se está preparando actualmente para Bélgica, por el Instituto Real del Patrimonio Artístico.

5. La "musealización", expresión por excelencia de la cultura historicista del siglo XIX no es, empero, la última etapa de la trayectoria ontológica de la obra de arte. La multiplicación de las exposiciones y el desarrollo casi ilimitado de la reproducción mecánica, llevan hoy en día a la obra de arte a los circuitos de la sociedad de consumo. Nuevos problemas, nuevos dilemas. Si las exposiciones constituyen, por los transportes y los choques climáticos, nuevos riesgos y una causa evidente de desgaste material para los originales, ante lo cual los conservadores oponen una resistencia creciente, la multiplicación de las reproducciones significa un desgaste psicológico no menos evidente. ¿Quién ve aún una obra cuya imagen ha sido multiplicada por la publicidad?

Pero ya hemos visto que la reproducción de alta divulgación no es inocente y sin embargo, parece evidente que dentro de límites que conviene examinar cada vez según el caso específico, la reproducción de calidad llega a servir, en un número creciente de exposiciones, como escudo del original. Una vez más se trata de un problema de política cultural.

## Conclusiones y recomendaciones del taller sobre "Rehabilitación estructural y funcional de habitaciones populares en edificios históricos situados en regiones sísmicas"

EX-CONVENTO DE CHURUBUSCO,  
CIUDAD DE MEXICO

25 de agosto - 12 de septiembre 1986

### INTRODUCCION

Del 25 de agosto al 12 de septiembre de 1986, se llevó a cabo en la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía del INAH, el curso-taller internacional sobre "Rehabilitación estructural y funcional de habitaciones populares en edificios históricos situados en regiones sísmicas".

El curso-taller se realizó con apoyo del Centro Internacional de Estudios para la Conservación y Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM), el Centro de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (CNUAH-Habitat), el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), las Secretarías de: Educación Pública (SEP), Relaciones Exteriores (SRE), Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE); y el Instituto y la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional Autónoma de México. El INAH y el Fideicomiso Fondo Nacional de Habitaciones Populares (FONHAPO) tuvieron a su cargo la coordinación del evento.

Participaron treinta y dos técnicos y especialistas, arquitectos, ingenieros, urbanistas, sociólogos, antropólogos e historiadores, diecinueve de ellos mexicanos y trece procedentes de ocho países: Canadá, Colombia, Grecia, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Perú y República Dominicana. Además de catorce destacados conferencistas mexicanos, especialistas en diversas disciplinas, se contó con el apoyo de

cinco expertos internacionales: los Profs. Pedrag Gavrilovic, del Instituto de Sismología de Skopje, Yugoslavia; Duilio Benedetti, del Politécnico de Milán; Pierre Pichard experto de UNESCO; David Dowrick de Nueva Zelanda; Julio Vargas Neumann, viceministro de vivienda en Perú, así como el Ing. Arq. Jef Malliet, representante del ICCROM.

Después de tres semanas de trabajos en taller y mesas redondas, conferencias, presentación de casos de diferentes países y visitas a diversas zonas de la ciudad de México, los participantes redactaron un documento de conclusiones y recomendaciones que fue leído el día de la clausura del evento, el 12 de septiembre, y que se transcribe a continuación:

### CONCLUSIONES

La problemática de la degradación de las viviendas populares en zonas históricas situadas en regiones sísmicas, comprende los siguientes aspectos:

#### 1. En lo político-administrativo

a) Por la carencia o falta de aplicación de una política global *preventiva* rigurosa, para afrontar las situaciones de emergencia a corto, mediano y largo plazos, se toman medidas de carácter coyuntural.

b) Por otra parte, se manifiesta una ausencia o una falta de aplicación de políticas de conservación inte-

gradas a los planes de desarrollo.

#### 2. En lo socio-económico

a) Se favorece la expulsión de la población afectada por las catástrofes.

b) Se agudizan las tendencias especulativas y la presión de distintos intereses económicos sobre el suelo urbano y la vivienda.

c) Se incrementa la pérdida progresiva de los valores que integran la identidad cultural a consecuencia del manejo coyuntural de las situaciones de emergencia.

d) Se modifica la cohesión social de la población en relación con su patrimonio histórico construido.

#### 3. En lo físico-espacial

a) Desarrollo de asentamientos urbanos sometidos a permanente riesgo sísmico que se acrecienta por procesos acelerados de urbanización.

b) Incremento súbito de los procesos de deterioro que afectan a las estructuras urbanas y arquitectónicas, debidos a un mantenimiento precario que se acentúa por los mecanismos que regulan la relación entre inquilinos y propietarios.

c) Ocupación intensiva de los espacios habitacionales, generando hacinamientos e intervenciones de adecuación irregulares que afectan tanto las posibilidades funcionales de los edificios como su capacidad de resistencia a los sismos.

### PIEZA DEL MES SEPTIEMBRE



**Totem en forma  
de antlope**

Esta figura, llamada TVI-WARA, es una de las expresiones artísticas más relevantes del grupo étnico Bambara que se localiza en Malí, África Occidental. La leyenda cuenta que este ser mítico, mitad hombre y mitad serpiente, enseñó a los Bambara a cultivar la tierra. Los hombres, al hacer suyo este conocimiento dejaron de venerar a TVI-WARA, el cual desapareció bajo la tierra. El nombre de TVI-WARA, al parecer representa antiguas costumbres de caza y al totem asociado a ellas. No obstante, en la actualidad los Bambara son una sociedad fundamentalmente agrícola.

**MUSEO NACIONAL  
DE LAS  
CULTURAS**

#### 4. En lo técnico

a) Desconocimiento por parte de los técnicos, del comportamiento de los materiales y sistemas constructivos de los edificios históricos tanto en situaciones normales como de emergencia.

b) Conocimiento insuficiente de las bases científicas que definen los riesgos sísmicos y falta de aplicación de dicho conocimiento así como de impulso sostenido a la investigación para ampliarlo.

### OBJETIVOS GENERALES

Integrar en una sola preocupación la solución al problema de la vivienda en los centros urbanos, la conservación del patrimonio cultural y la mitigación del riesgo sísmico, incorporándolas en una política prospectiva a largo plazo.

Fomentar la voluntad política hacia la visión y solución integral de la problemática planteada.

### RECOMENDACIONES

#### 1. En lo jurídico-legislativo

a) Reglamentación tendiente a lograr una mejor ocupación y uso del suelo urbano, especialmente en las áreas históricas.

b) Normas de construcción para la rehabilitación de edificios históricos y la integración de edificaciones en áreas históricas, que incorporen criterios adecuados distintos de los considerados para obras nuevas en general.

c) Normas que regulen la tenencia de la propiedad en las áreas históricas y aseguren la preservación del patrimonio histórico construido.

#### 2. En lo político-administrativo

a) Integración adecuada de las zonas históricas a los

planes nacionales, regionales y locales de desarrollo urbano, incluyendo acciones específicas para situaciones de emergencia.

b) Implantación de un programa permanente de conservación, mantenimiento y rehabilitación de las zonas históricas y particularmente de aquellas situadas en áreas de alto riesgo sísmico.

#### 3. En lo socio-económico

a) Conformación de un Comité o Comisión de protección y vigilancia de cada zona histórica y de su población, cuya integración será mixta (instituciones gubernamentales, organizaciones vecinales y gremios profesionales), encargado de coordinar y supervisar las acciones tendientes a la salvaguarda de estas zonas en forma permanente y especialmente en caso de emergencia. La operación de estos Comités o Comisión deberá apoyarse coordinadamente con los programas de emergencia y las instituciones estatales y civiles (defensa civil, fuerzas armadas, Cruz Roja, etcétera).

b) Fomentar programas de defensa de los valores socioculturales de estas zonas, a través de redes de organizaciones municipales, locales, vecinales y de barrio.

c) Fomentar el conocimiento entre la población del permanente riesgo sísmico al cual está sometida, con objeto de tomar medidas y prever acciones tendientes a mitigar daños en los edificios y en la población que los ocupa, en caso de emergencia.

#### 4. En lo técnico

a) Promover y difundir el conocimiento pormenorizado del patrimonio construido en las zonas históricas por medio de inventa-



rios que incluyan, además de su valor cultural, el grado de vulnerabilidad frente a eventuales movimientos sísmicos.

b) Intensificar la formación de personal técnico y especializado para afrontar toda la problemática derivada de la ubicación de estas áreas o zonas históricas en regiones sísmicas.

c) Verificar sistemáticamente la incidencia de las tecnologías constructivas contemporáneas en las edificaciones con sistemas y materiales tradicionales, especialmente en lo relativo a su comportamiento frente a los sismos y establecer el compromiso de un intercambio permanente de experiencias e investigaciones al respecto.

d) Impulsar la investigación del riesgo sísmico en situaciones de emergencia a corto, mediano y largo plazo.

#### 5. En lo financiero

a) Conformación de un fondo nacional permanente para el estudio, la conservación y la rehabilitación de las zonas históricas y tradicionales, especial-

mente las situadas en regiones de alto riesgo sísmico, privilegiando no sólo a los monumentos importantes sino también al contexto arquitectónico y urbano tradicional.

b) Canalizar créditos de interés social aplicados a la conservación y rehabilitación de las habitaciones populares en estas zonas históricas.

c) Aliviar la carga fiscal sobre cualquier intervención que se promueva o se dirija a la conservación y rehabilitación del patrimonio construido.

d) En caso de emergencia causada por sismo, las ayudas económicas internacionales que se destinen para rehabilitar zonas históricas y tradicionales afectadas, deberán ser coordinadas entre las entidades y naciones donantes y las autoridades locales, con una supervisión adecuada que garantice el cumplimiento de los fines previstos.

# GUIAS INAH-SALVAT

- Museo Nal. de Historia
- Templo Mayor\*
- Valle de Oaxaca\*
- Teotihuacan\*
- Uxmal\*

\*en inglés

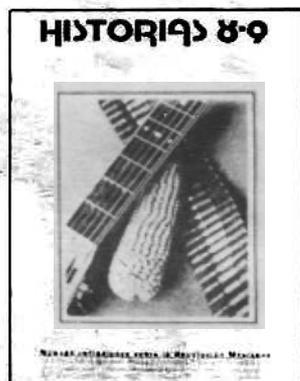
## EN PRENSA

- Museo Nal. de Historia\*
- Norte de Yucatán
- Sur de Yucatán
- Cacaxtla
- Palenque
- Bonampak
- Paquimé

\*en inglés



# Novedades libros INAH



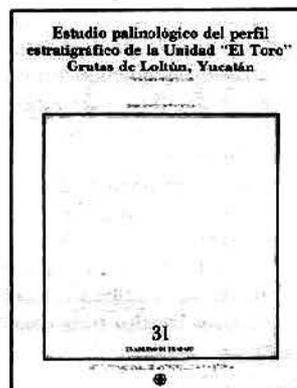
Historias 8-9. Revista de la Dirección de Estudios Históricos.



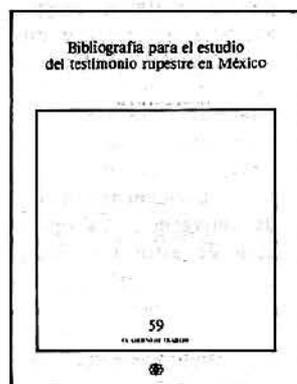
Los estilos arquitectónicos del Puuc. Una nueva apreciación. George F. Andrews. Colección Científica.



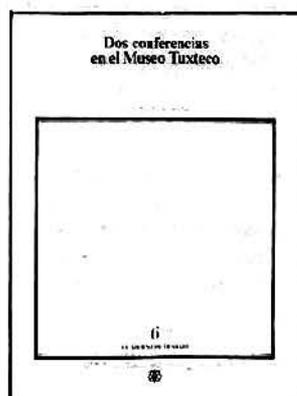
Yaxchilán: antología de su descubrimiento y estudios. Roberto García Moll y Daniel Juárez Cossío (editores). Colección Científica.



Estudio palinológico del perfil estratigráfico de la Unidad "El Toro" Grutas de Loltún, Yucatán. María Susana Xelhuantzi-López. Departamento de Prehistoria. Cuaderno de Trabajo núm. 31.



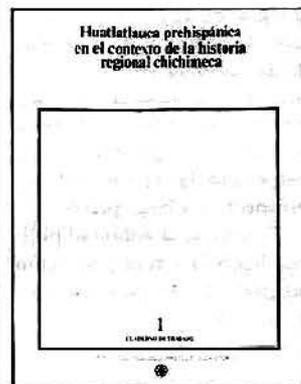
Bibliografía para el estudio del testimonio rupestre en México. Antonio Pompa y Pompa y Daniel J. Valencia Cruz. Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Cuaderno de Trabajo núm. 59.



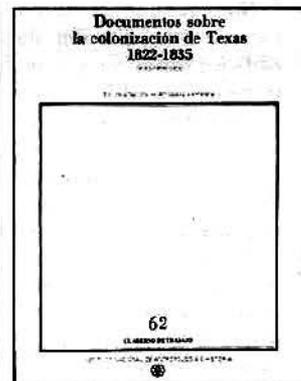
Dos conferencias en el Museo Tuxteco. Diana López de Molina. Centro Regional de Veracruz. Cuaderno de Trabajo núm. 6.



Testimonios Pictográficos. Catálogo de Códices. María de los Angeles Ojeda Díaz. Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Cuaderno de Trabajo núm. 60.



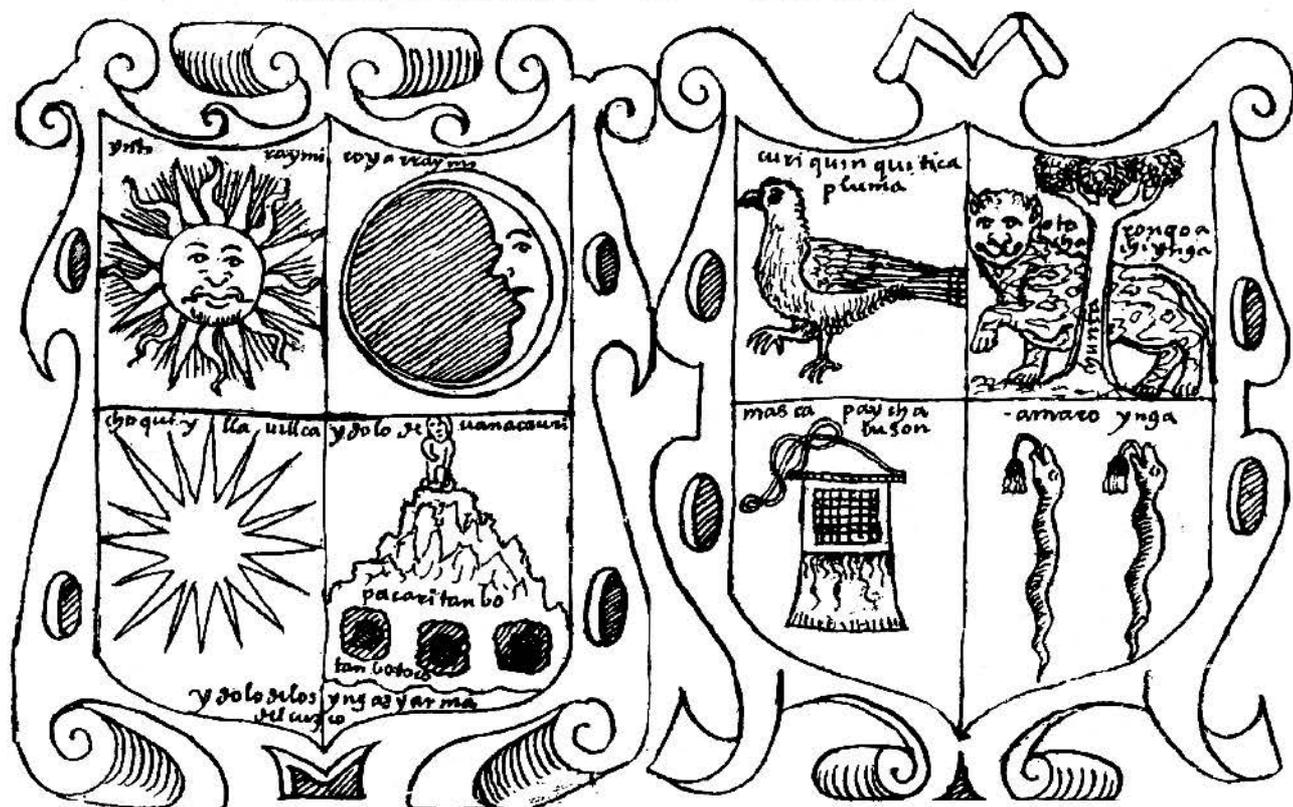
Huatlatlauca prehispánica en el contexto de la historia regional chichimeca. Hortensia Rosquillas Quiles. Dirección de Restauración del Patrimonio Cultural. Cuaderno de Trabajo núm. 1.



Documentos sobre la colonización de Texas 1822-1835. Celia Gutiérrez Ibarra. Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Cuaderno de Trabajo núm. 62.

# Antropología suplemento

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 10 ≈ Julio-Agosto 1986



Nueva Corónica y Buen Gobierno

## Hasta el nido del cóndor . . . \*

Marielle de Saint-Albin\*\*

A Simón Rodríguez Carreño

Traducción: Alejandro Duque

*Si logro decir lo que es cierto,  
mi semejante se reconocerá  
inevitablemente en mis palabras.*

*¿Quién es Simón Bolívar? En 1825 tiene cuarenta y dos años. Es el Libertador, desde Venezuela hasta Perú. Va avanzando hacia el Alto Perú. . . Podría ir mucho más lejos todavía, y marchar hacia Brasil y Argentina. Pero él sabe que esa es una obra desmesurada para un solo hombre. Bolívar no quiere convertirse en el Dictador del Cono Sur, y tiene la sensatez de detenerse en Perú.*

*Luego de la victoria de Ayacucho, su larga gira a través del Imperio del Sol es un triunfo que culmina en Cuzco. Esta región lo fascina, y Bolívar se interesa por todos los aspectos de la cultura Inca pasada y presente, más que por el despliegue de fastos y de honores que le ha sido reservado. En efecto, una gloria semejante embriagaría a cualquier otro que no fuese*

\* Originalmente, este trabajo se concibió para participar en la Primera Biental Internacional de Ensayo "Simón Bolívar" 1983, del Ateneo de Caracas, Venezuela. La idea de realizar un ensayo histórico se fue transmutando poco a poco en una aleación de historia y de experiencias personales vividas. Se recurrió a la historia-ficción con la intención de hacer aparecer en la persona de Simón Bolívar un ser menos perfecto, pero más humano y, finalmente, más simpático que el Simón Bolívar público.

\*\* Egresada de la Facultad de Ciencias Políticas, de la Universidad de Lyon, Francia. Durante dos años recorrió —a pie— América del Sur, particularmente la zona andina. Hoy se ocupa de la organización de la actividad artesanal en campamentos de niños, en especial en el taller de joyería y metal grabado.

Bolívar. Pero a él no le hace desviarse jamás, ni un instante, de la línea de conducta que se había trazado: el General decreta la aplicación inmediata de las primeras reformas. El pueblo indígena cree en la llegada de un nuevo Mesías o de un nuevo Inca. No ocurre lo mismo con las clases privilegiadas: el héroe conserva una influencia moral aparentemente ilimitada, pero ya se perciben las discordias y las calumnias, y pronto los complotos.

Bolívar, sabiendo todo eso, está más resuelto aún a llevar a cabo hasta el fin la obra comenzada. Prisionero de una mística, no debe, no quiere renunciar.

Es en Cuzco, pues, en el centro de toda esa gloria que él mismo buscó, pero que no colma todas las aspiraciones profundas de su ser, que se sitúa este "intermedio" imaginario con Simón Rodríguez, el preceptor de su juventud. Entre el "Juramento del Monte Sacro"<sup>1</sup> y este encuentro, han transcurrido veinte años.

A pedido de Bolívar, Rodríguez se ha reunido con él en Perú, y lo ha acompañado en esta verdadera marcha triunfal hasta Cuzco. Simón Bolívar ya casi ha cumplido su contrato con la historia. Su trayectoria perfectamente lineal no presenta ningún punto en común con los arabescos, a veces enigmáticos, de la vida de Simón Rodríguez. Sin embargo, ese personaje misterioso fue el instigador de toda la filosofía y de toda la obra de Bolívar. Simón Rodríguez Carreño, alias Samuel Robinson, es el ejemplo mismo de una personalidad radicalmente original y anarquista, y de su inadaptación absoluta a la sociedad. Es y será toda su vida un individualista convencido, al margen de los conformismos de su época, aunque sin ser, lo que se dice, un aventurero. Es evidente que Simón Bolívar admira su mente libre, su disponibilidad. Pero para él, la acción en la historia, y el poder, son afrodisiacos mucho más poderosos, aun cuando él es, paradójicamente, un hombre desinteresado.

Bolívar existe gracias a los millones de reflejos halagadores que le devuelven todos los espejos. De allí también saca esa fuerza siempre renaciente. Entonces, ¿por qué le pide a Rodríguez que lo acompañe? ¿Cuál de los dos tuvo la idea de esa escapada de varios días a las alturas de Cuzco? ¿Simple amistad hacia el viejo maestro que Bolívar sigue venerando? ¿Busca sus consejos? ¿Su aprobación? ¿Quiere confrontar su experiencia política con los grandes principios filosóficos de su juventud? ¿Convencer a Rodríguez para que acepte alguna alta responsabilidad en el gobierno de la República de la Gran Colombia? ¿No es más bien Rodríguez quien, "manejando" a Bolívar, querría conducirlo a todos esos ritos iniciáticos?

El relato de Bolívar hace la pregunta. Pero ni él ni Rodríguez dan una respuesta. Lo que importa es que, a partir de una inocente cacería sin protocolos, van a surgir acontecimientos extraordinarios que Bolívar tratará de mantener bajo su control racional por todos los medios. Interrogándose en una toma de conciencia cada vez más fundamental ¿llegará hasta la locura sin retorno? ... ¿O hasta otro Bolívar, más auténtico? Es un combate que él rechaza al principio, que acepta luego como un desafío, y al cual se abandona al fin por propia voluntad.

Todo hombre público posee varias máscaras. Bolívar tiene una colección: filósofo preclaro, diplomático, estratega, genio político, dandy coqueto, caballero... Pero, en el fondo, ¿no pertenecen todas al mismo repertorio? De repente, es arrastrado mucho más lejos, allí donde los hombres tienen ojos para

ver a través de las máscaras. Y tendrá que afrontarlos a cara descubierta, para poder afrontarse al fin a sí mismo.

Simón Bolívar, el defensor del oprimido tradicional, el indio, se encuentra por primera vez implicado en esta tribu, cuyo comportamiento no comprende: esos hombres viven en condiciones inhumanas, como recogidos alrededor de un núcleo a la vez individual y comunitario cuyo resplandor lo alcanza a él también. Sin embargo, la esencia, la verdad sobre ese "núcleo", no llega a comprenderla. Entonces, ¿por qué se obstina en esas arenas movedizas? ¿Porque esa gente se mueve con una libertad física y espiritual absoluta que no conoció nunca él, el Libertador! Está fascinado, sometido a la atracción de un planeta luminoso, misterioso, y a la vez no puede desprenderse de la órbita de su antiguo planeta, ni lograr la fusión entre los dos.

Bolívar duda de su propia energía para quebrar el "ego" y volverse un ser libre, porque no quiere abandonar nada, ni lo de antes ni lo de ahora. Así se lanza en esta agotadora batalla metafísica cuyo desenlace no está asegurado nunca. Comprende que, en cualquiera de los dos lados, está solo. En la soledad del poder como sustituto del amor, que ya conoce; o bien, como lo explica Gabriel García Márquez (a propósito de un héroe de Cien Años de Soledad), "... a ciertos hombres, la incapacidad de amar los lleva a buscar el consuelo del poder". Si Teresa del Toro, la joven y adorada esposa de Bolívar, no hubiese muerto al cabo de sólo ocho meses de vida conyugal, ¿el curso de la historia en esta parte del mundo habría sido radicalmente distinto?

La otra soledad es existencial. Él la afronta por primera vez, y está horrorizado. Es la aventura interior, sin la cual un ser humano no viene nunca al mundo, muere sin haber nacido auténticamente. No puede ser colmada por nada ni nadie. Es.

Bolívar necesita que otros lo "reconozcan" en el uniforme recargado que se eligió. Renunciar a eso ahora, sería lo mismo que borrar toda su existencia pasada. Y este hombre arrojado, valiente entre los valientes, simplemente tiene miedo. Entonces el jinete sin montura, el caballero sin armadura, se nos acerca al fin, se vuelve humano. Bajo la gravedad del hombre, a veces demasiado conmovido como para pulir las frases, despunta un humor involuntario que nos emociona.

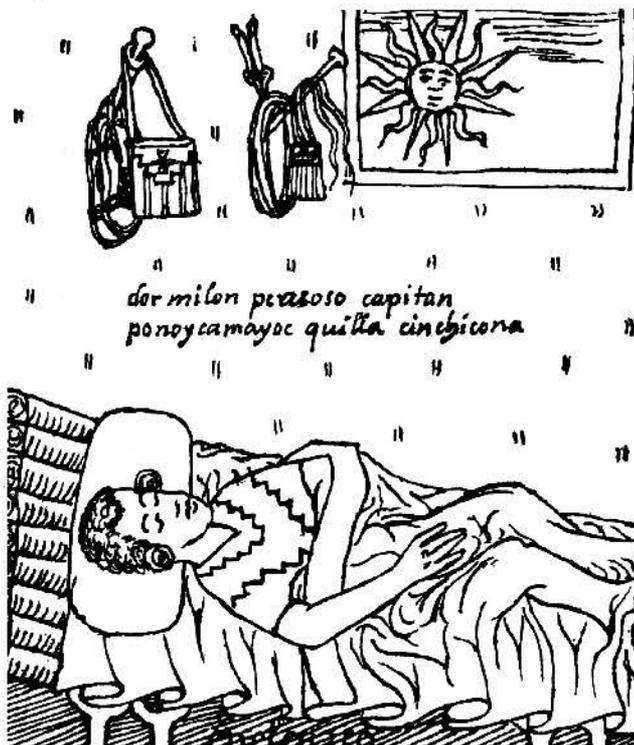
El choque de los acontecimientos dramáticos con los momentos "inspirados" de Bolívar, deja aflorar una emoción auténtica. Se adivina entonces un ser lleno de frescura y de espontaneidad. ¿Sabe él que, sin darse cuenta, ya ha alcanzado ese planeta luminoso que es a la vez verdad y dicha, y por el cual ha sufrido tanto?

El suspenso final es brutal. No está resuelto, y al parecer, para Bolívar tampoco. Estupefacto, deja sus comentarios y preguntas para más tarde. ¿Tal vez nunca se los vuelva a hacer? También es posible imaginar que, de regreso a Cuzco, acosará a Rodríguez con sus interrogantes... ¿O quizás esta última "batalla" vuelva a poner en tela de juicio todo lo que Bolívar aprendió penosamente allá en las montañas? ¿Su mente se niega a ir más allá?

Bolívar no era de esos que retroceden ante los obstáculos.

<sup>1</sup> En Roma, con Simón Rodríguez, Bolívar hizo "el Juramento del Monte Sacro" donde prometió consagrar su vida al propósito de libertar América.





Este manuscrito no debe caer jamás en manos extrañas, ni durante mi vida ni después de mi muerte. Al decir "manos extrañas" me refiero a toda persona que, tras la lectura de este manuscrito, pudiera sentirse autorizada a juzgar al hombre político que soy, y por lo tanto a mi obra. Son pocos los que poseen la clarividencia y la libertad de espíritu necesarias para comprender esta narración.

Mi vida es un libro que cualquiera puede hojear siguiendo el desarrollo de su escritura; todo hombre público debe, necesariamente, afrontar la curiosidad de sus contemporáneos y de la posteridad. Así, pues, en mi vida no hay rincones oscuros ni duplicidad alguna. Lo decidí desde mi juventud: costara lo que costara, mis actos habían de reflejar fielmente mis palabras y mis escritos. Nadie puede acusarme de contradecirme a mí mismo.

No soy tan cándido como para ignorar todo lo que implican estos principios; el ser humano no suele ser tan simple, ni tan grande. Pero mi ambición no es ser solamente un ser humano; yo he sido llamado a encarnar la grandeza de todo un continente. Pocas personas saben, como yo, cuán profundas son la humildad y la abnegación que hacen falta para no dejarse devorar por el orgullo de semejante misión. Un documento como éste, de ser divulgado, puede hacer que se pierda en el ridículo la credibilidad del Libertador, y la de toda su obra, llevada a cabo en casi un cuarto de siglo.

¿A quiénes considero dignos de confianza? El mariscal Antonio José de Sucre es un hombre y un soldado leal e intachable, a pesar de su juventud. He ahí su limitación. Él es precisamente como yo creo haber sido a su edad: monolítico. ¿Qué efecto ejercería en él un escrito tan fantástico? Lo haría dudar tanto de mi razón como de mi honestidad. Nosotros no podemos permitirnoslo. El mariscal es el único hombre en quien yo podría apoyarme en política, como en la batalla. Es más, esta-

mos unidos como padre e hijo. Pero él necesitará siempre un jefe al cual obedecer y respetar.

Manuela estaría encantada de leer este texto, ¡la muy pícaral! El aspecto irracional de los acontecimientos que narro en él, y las interpretaciones que a veces me atrevo a hacer, la llevarían sin duda a creer que me abandono por fin a los dulces misterios de la pasión.

Sólo mi amigo Simón Rodríguez me parece capacitado para ser el depositario de este manuscrito y darle el uso que le parezca mejor. Muchas veces he llegado a sospechar, incluso, que él ha sido el instigador de estos sucesos. Desde algún lugar de este continente, o desde alguna otra parte, yo sé que me observa con benevolencia. Pero no hemos podido tener una entrevista. Aunque él nunca interviene en mi vida, yo creo que Simón Rodríguez es y ha sido siempre mi protector espiritual y mi maestro. ¿Cuál ha sido exactamente su papel en esta aventura? No estoy seguro. Sólo he intentado sincera, aunque torpemente, relatar ciertos acontecimientos extraordinarios que trastocaron mi vida por la forma súbita en que se presentaron y por su extrañeza. También por su autenticidad.

El maestro sobrevivirá al alumno, y sabrá qué uso darle a este manuscrito. Tal es mi convicción profunda.



La tercera vez que nos reunimos Simón Rodríguez y yo, no fue por azar. A decir verdad, yo sabía desde hacía tiempo que mi querido maestro estaba de vuelta en nuestra joven patria, y le había rogado insistentemente por carta<sup>2</sup> que fuera a reunirse conmigo en estas horas históricas.

De repente se presentó ante mí, tal y como yo lo había dejado veinte años antes en Nápoles. Me es difícil describir la emoción que experimenté al ver a mi querido maestro y amigo, quien precisamente debía decidir el rumbo de mi destino desde los doce años.

Colmado de triunfos y de coronas, me sentía secretamente hastiado de mi soledad de caudillo. . . de no poder confiar en ningún amigo realmente desinteresado. El mismo Sucre, mi verdadero *alter ego*, me ha manifestado siempre demasiado respeto para ser un verdadero amigo.

En cambio, Simón respondió a mi abrazo con su natural un poco rústico, en contraste con las formalidades protocolarias que nos rodeaban. Lo invité a que me acompañara en un periplo de algunos días por el Perú y el Alto Perú; así tendríamos oportunidad de platicar, sin ceremonias, sobre cosas que teníamos en el corazón. Para mi gran sorpresa, él pareció dudar. Verdaderamente, Simón no ha ambicionado jamás honores ni

<sup>2</sup> "Pativilca, 19 de enero de 1824. Al señor don Simón Rodríguez. ¡Oh mi Maestro! ¡Oh mi amigo! ¡Oh mi Robinson, Ud. en Colombia! [...] Amigo, si tan irresistibles atractivos no impulsan a Ud. a un vuelo rápido hacia mí, ocurriré a un apetito más fuerte: la amistad invoco. Presente Ud. esta carta al Vicepresidente, pídale Ud. dinero de mi parte, y venga Ud. a encontrarme. Bolívar."



lujo alguno. Había que vernos cabalgar uno al lado del otro; era extraño el contraste entre el gentilhomme frívolo que yo me jacto de ser en toda circunstancia, y el hombre a la vez simple y original que es Simón.

Finalmente acepté acompañarme hasta Cuzco. Yo me sentía muy contento al hacerlo participar de tantos triunfos y tantas fiestas. Por el camino de los Incas, Pisco, Ica, Nazca y Arequipa, llegamos por fin a Cuzco.

Cuando nos encontrábamos en la plaza de la ciudad, en medio de una multitud exultante, y se acumulaban a nuestro alrededor los más espléndidos presentes, provenientes de todas partes, yo contemplaba las cadenas de montañas inexpugnables, y los volcanes colosales. Imaginaba el largo camino que me faltaba recorrer antes de que todos los descendientes de los incas que habían escapado de los españoles recuperaran la confianza en su propia patria. En alguna parte de aquellas montañas se habían refugiado, fuera del alcance de los conquistadores. Alejandro von Humboldt y algunos eminentes arqueólogos habían mencionado ese punto en mi presencia veinte años antes, en París.

Simón y yo, cansados de tantas ceremonias, nos valimos de un pretexto cualquiera para aislarnos algunos días de la efervescencia de esa hermosa ciudad: declaré que mi maestro era un cazador famoso en Europa. Simón se encargó de conseguir un ayudante y un guía. Los preparativos de nuestra pequeña expedición estuvieron listos en un día. Yo dejé que Simón tomara la iniciativa de la acción. Le confiamos el secreto a Sucre, y sólo a él. Me sentí algo aligerado de mis responsabilidades, y lleno de entusiasmo. Simón también parecía estar en la mejor disposición. Me di cuenta entonces de que no me había contado nada de sí mismo, ni de esos veinte años; al contrario, como mi vida llevaba tanto tiempo transcurriendo a la vista de todos, aquello apenas me molestaba. Además, me divertía la idea de la excursión a pie, a mí, el elegante jinete que había pasado casi la mitad de su vida montado en un caballo.

Mientras Simón pasaba revista al material, yo lo observaba sin intervenir: escopetas limpias y engrasadas, provisiones, mapas, brújula, medicamentos. . . Me sentía absolutamente tranquilo. Los dos estábamos a nuestras anchas, uno en compañía del otro, como si no hubiéramos dejado de vernos todos esos años, lo cual sólo es posible cuando hay una verdadera amistad. No teníamos necesidad de llenar los silencios, a pesar de nuestra común pasión por la polémica.

Esta expedición me hacía olvidar todas mis preocupaciones, y era para mí un baño de juventud, de adolescencia, de pasión por la exploración compartida, veinte años después de mi "Juramento del Monte Sacro". Quien nos hubiera visto juntos en Cuzco me habría juzgado el maestro, o por lo menos el superior en jerarquía ¡Qué ironía, Simón!<sup>3</sup>

Tú, el Visionario, el Iniciador, que me abrió en otro tiempo las puertas del ESPIRITU.



Nuestra primera jornada de marcha por un sendero pedregoso fue para mí fatigadora y excitante a la vez. Caminaba. Ejercitaba todo el cuerpo en la caminata, después de no haber hecho más que cabalgar durante mi juventud, de Venezuela a Perú, llevado por empresas apremiantes. Ahora pisaba ese suelo amado, esa tierra, ¡libre al fin! Me sorprendía de no encontrar ningún cambio aparente. Y el corazón de los hombres, ¿habría cambiado?

Debo relatar un suceso sin importancia, que sin embargo dudé en comunicárselo a mi compañero, sin explicarme la razón de esa reticencia. Simplemente, yo fui el único que se dio cuenta de la presencia de uno de esos grandes reptiles que aquí se llaman lagartos o iguanas; el animal era casi invisible, pero al mismo tiempo estaba muy al descubierto, y petrificado como por efecto de un maleficio, aunque a mí me parecía que me hacía señas. La cabeza monstruosa, la espina dorsal erizada, el color de viejas piedras musgosas, todo en aquel animal causaba miedo y hasta horror. Sin embargo, el breve destello que distinguía entre sus pesados párpados, arrugados y semi-cerrados, no me pareció amenazador ni agresivo, no sé por qué. Los demás lo percibieron sin duda como un objeto mineral, y por eso no lo "vieron". Yo me sentí extrañamente envanecido. No porque las iguanas sean raras en estas regiones, sino porque parecía como si yo hubiera sido escogido de pronto, ya que la mirada aguda de los dos indios no había captado nada. Sentí una especie de connivencia con el animal.

El tiempo estaba muy caluroso y seco, pero había en el entorno árboles, hierba y toda clase de plantas, por lo cual estábamos seguros de que encontraríamos muchos lugares donde abastecernos de agua. El cielo índigo permanecía inmutable, sin una sola nube que lo suavizara. De pronto cayó la noche y

<sup>3</sup> Simón Rodríguez Carreño fue el preceptor de Simón Bolívar durante algunos años, cuando Bolívar era apenas un adolescente. Se volvieron a encontrar años más tarde en Italia, en el Monte Sacro y juraron fidelidad a sus ideales políticos. Simón Rodríguez fue, quizás, el ser que tuvo la más profunda y durable influencia sobre Bolívar, aunque sus encuentros fueron escasos, y sus trayectorias muy diferentes.

comenzó a hacer frío. Era la hora en que los animales nocturnos, olvidando todos sus temores, se aventuran por la oscuridad.

Nuestra segunda jornada resultó más fatigadora. Habíamos dormido en una cueva estrecha, que debía haber servido de refugio a algún animal salvaje, mucho tiempo atrás. Flotaba en ella todavía un olor penetrante y acre, que ni siquiera el fuego lograba disipar. Simón no había estado de humor para platicar, y yo respeté su estado de ánimo. Teníamos tiempo, mucho tiempo.

La bruma del alba se extendía a nuestros pies, y ello hacía que el camino recorrido la víspera pareciera irreal, como si se borrara después de nuestro paso. A aquella altitud podíamos temer encontrarnos con un puma o un gato montés; debíamos estar atentos a cualquier indicio, a cualquier rastro, a los olores, al menor ruido. En un campo de batalla, nada de eso se me habría escapado, pero ahí donde nos encontrábamos, yo era más inexperto que el último de los novatos. Y sin embargo... me parecía que mi falta de atención y mi ignorancia me hacían más receptivo a ciertos fenómenos "paralelos" que se les escapaban a los demás.

Fenómenos anodinos y carentes de significado particular, tenía que admitir. Y no obstante, inexplicablemente, se imprimían en mi memoria, que permanecía a la expectativa... ¿A la expectativa de qué?

Más adelante llegamos a otro clima. El paisaje se tornó más seco y desnudo. Nos encontrábamos en la "puna". Ocurrió el incidente del cacto, cuya única flor color carmín atrajo a tal punto mi atención, que no resistí el impulso de decapitarla con un machete, y no pude evitar espalarme la mano.

Ninguna lógica humana habría relacionado estos incidentes baladíos unos con otros. Yo solamente constataba mi evidente falta de concentración en el desarrollo de nuestra expedición. No estaba realmente presente en el viaje; una parte de mi espíritu se evadía de la acción inmediata.

Por primera vez en mucho tiempo, yo no ejercía ningún control en los acontecimientos. Pero ello me parecía mucho más interesante que inquietante, pues lo único que tenía que hacer era permanecer atento, y admirar la manera como Simón nos dirigía.

El ruido del rodar de pequeñas piedras por atrás de nosotros nos inmovilizó a los cuatro. Un gran gato erizado, que sostenía con los dientes a su cachorro, nos miraba fijamente sin poder decidirse a huir. Simón, con un admirable movimiento, lento y continuo, le apuntó con su fusil. Pero el gato montés ya había saltado hacia atrás. Quedamos muy nerviosos, temiendo otro encuentro como aquel. La noche caía sobre el flanco de la montaña, como una gran ala azul. Teníamos que acampar sin esperar más.

Desperté, lleno de aprensión, con la sensación de que me faltaba la mano derecha; como si no estuviera en el extremo de mi brazo. Cuando me deshice de mis cobijas, vi que mi mano estaba monstruosamente hinchada y blanquecina, de un blanco marmóreo muy desagradable. El terror me paralizó; no fue sino al cabo de varios minutos que pude dominar el temblor de todo mi cuerpo. El dedo anular estaba azul, oprimido por mis dos anillos; había que cortar esos anillos inmediatamente, pues



de lo contrario la gangrena no tardaría en declararse. El malestín de boticario, que mi buen Simón había tenido a bien llevar, resultó ser tan completo como inútil. Lo que me salvó, y ello acaso mueva a risa, fue precisamente mi tendencia a cuidar mi aspecto. En mi estuche de manicure había unas tijeras y dos pinzas; pronto había cortado los dos anillos.

Mi suspiro de alivio debió ser lo que despertó a mis compañeros: cuando levanté los ojos, encontré la mirada de Simón, llena de solicitud y afecto. Les ordenó a los dos indios que encendieran fuego y prepararan café. Luego, con las manos cubiertas de pomada, masajéó durante un largo rato mi pobre mano, hasta que reapareció en ella una sombra de color. Maldije a la Naturaleza, por engendrar plantas tan maléficas. Simón, divertido, me replicó que la Naturaleza no era maléfica ni benéfica; simplemente ERA, como nosotros. A ello siguió una acalorada discusión sobre el animismo en el universo, y yo olvidé mi desventura por unos instantes.

El café me sirvió para sacudirme el torpor que suele suceder a los grandes choques. Admito que tuve la tentación de recurrir al pretexto del estado de mi mano para convencer a mi compañero de que regresáramos lo más rápidamente posible al valle.

La calma de Simón me ayudó a recuperarme, y reemprendimos el ascenso a la montaña. Yo sentí vergüenza de aquellos momentos de debilidad y estuve menos brillante que en los campos de batalla.

Para mí, los planes de cazar quedaban cancelados. Decidimos tácitamente, ya que mi mano no me hacía correr ningún peligro, que terminaríamos el ascenso, por lo menos hasta las cimas que teníamos a la vista.



A la mitad de la jornada, por el calor intenso que la altitud duplicaba, tuvimos que hacer un alto prolongado. No estábamos más que a unos centenares de metros de la cumbre, ante un paisaje de una magnificencia tan terrible y austera que nos hizo quedarnos como petrificados: el cielo parecía demasiado bajo para esas cumbres caóticas, y los abismos demasiado vertiginosos para la mirada humana. La desmesura en que el Creador se había complacido en ese lugar era escalofriante.

Acordamos que Simón y los dos indios irían a reconocer el terreno alrededor del campamento, para tratar por última vez de encontrar huellas de animales. Yo descansaría mientras tanto. Pero la inactividad de inmediato me resultó molesta. Logré encender fuego, y poner a calentar té. El estado de mi mano, al cual permanecía atento, no me parecía ni peor ni mejor; estaba como inerte, aunque no me molestaba. ¡Qué torpe compañero para Simón!, pensaba yo. Si se hubiera tratado de una hermosa herida de guerra, habría sabido portarme heroico, pero un piquete de cacto me había desarmado totalmente.

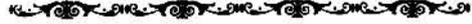
Sin embargo, yo quería hacer algo; pero no había más paliativo para mi impaciencia que escrutar los alrededores, a la espera del retorno de mis compañeros. Así, pues, otra vez me encontraba caminando febrilmente en círculos concéntricos, cada vez más amplios. ¡Vana ilusión del hombre, que cree controlar el universo por la acción! El fuego estaba por apagarse, y yo tenía que buscar leña más y más lejos, aunque no debía alejarme demasiado.

El silencio se llenó de suspenso. Lancé un grito de llamada, como un niño que llamara a su madre en la oscuridad. Empecé a cortar ramas jóvenes y verdes, que producirían mucho humo. Luego me agoté tratando de conservar el fuego. Entre la tentación de echarme a correr hacia las cimas, y la sensatez de darme a esperar en el campamento, me resigné a lo segundo.

Estaba más exasperado que inquieto, por mi incapacidad de encontrar alguna manera de controlar los acontecimientos. Esperar... Mi espíritu se fatigaba haciendo conjeturas sobre la causa de la demora de Simón y los guías. La idea del peligro me asaltó brutalmente. Ya hacía dos horas por lo menos que estaba solo; alimentando ese fuego absurdo y bebiendo té. Llamé de nuevo. Luego revisé para saber qué equipo se habían llevado: escopetas, mapa, brújula. Parecía razonable. Me quedaba una escopeta y municiones; disparé dos veces. El eco retornó lentamente, pero no traía respuesta alguna. Como sabía que los indios sólo excepcionalmente se desorientan, me sentía cada vez más inquieto.

Simón había partido en dirección de la cumbre. Y debía haber encontrado algo verdaderamente extraordinario, para haberse quedado allá arriba.

Pero, ¿y los dos indios? ¿Se habían perdido? ¿Se disponían a reunirse con Simón? ¿O conmigo? Una idea espantosa hizo que mi corazón latiera más fuerte: quizá le habían tendido una emboscada a Simón, y ahora se dirigían hacia mí... ¡Qué imprudencia la nuestra! ¡Debimos mantener a los dos hombres bajo nuestra vigilancia, por separado! Simón iba armado, pero, ¿qué puede hacer un hombre armado contra dos dispuestos a todo? ¡A aquellos que buscaban sin tregua la ocasión de aniquilarme les habíamos dado una oportunidad ideal para un atentado!



Entonces pasé a la acción. En unos cuantos minutos había llenado mi saco, tenía lista la escopeta y me había colocado el cuchillo al cinto. En cuanto a la comida, no me la podía llevar toda, y tomé solamente la que me serviría para sobrevivir dos días. Entonces me puse en camino rápidamente, impulsado por una inquietud mortal por mi amigo. Tenía con qué escribir para dejar un mensaje, pero ello requería reflexión.

Mi orientación era aproximativa. La monotonía del paisaje no me ayudaba, y no había ninguna huella de Simón en el suelo pedregoso. Faltaba poco para que cayera la noche.

Con la caminata, daba rienda suelta a mi imaginación... ¿por qué Simón no había disparado para llamarme? ¿El ataque había sido tan repentino? ¿O era otra cosa lo que había sucedido? La opresión liberaba mi pecho poco a poco. ¿Estarían a la expectativa de algún animal? No me detenía más que a breves intervalos para gritar el nombre de Simón a los cuatro vientos, y





luego continuaba mi marcha, seguro de que en las alturas me aguardaba la clave del enigma. No pensaba en la fatiga ni en mi mano inútil.

Llegué a la cima al caer la noche: era una planicie alargada y estrecha. Simón no estaba en ninguna parte. La otra ladera no era más que una barranca boscosa... y más allá había otra montaña más alta y más abrupta, que no se veía desde el campamento.

Me senté, y me dejé abismar en una somnolencia peligrosa, bajo el cielo violeta y helado. La Naturaleza parecía vacía de toda presencia animal o humana. Tuve la impresión de que me encontraba solo, y el peligro era de otra naturaleza.

Estaba agotado, pero tranquilo. Me puse a reconsiderar cada uno de los pensamientos que me habían asaltado durante aquella tarde.

Simón tenía razón: la Naturaleza no era perversa, sino peligrosa y bella. Me guarecí del viento frío en un pequeño refugio que instalé sobre la ladera de la montaña. Era un excelente observatorio desde el cual al menos podría localizar alguna fogata. Escudriñé el horizonte en busca de algún resplandor o un movimiento furtivo.

Como el espíritu del hombre no puede adentrarse demasiado en el laberinto de las hipótesis, consideré por fin aquella de la cual no había querido hacer caso: Simón y los dos hombres se habían alejado demasiado del campamento para avisarme, y

habían decidido pasar la noche en donde estaban. Allá, en alguna parte, se preocupaban por la suerte que pudiera yo correr, y trataban de dormir en el frío.

La noche era clara como la aurora. Se escuchaba el rumor del viento en los árboles, allá abajo, y los crujidos que provoca el descenso brusco de la temperatura; nada que me pareciera fuera de lo normal. Pero después de unas horas, sin embargo, nada me parecía ya normal.

Yo me acurrucaba en mis cobijas, apoyado contra la ladera. Poco a poco, en vez de quedarme dormido, fui sintiendo un dolor cada vez más fuerte en el brazo. ¡Eso significaba que estaba yo mejor... o peor! *La mañana*, la vieja canción de cuna sudamericana de la espera y la sabiduría... Fue ella la que finalmente me ayudó a dormir, a pesar de mi posición incómoda.

El frío me despertó mucho antes del amanecer. Curiosamente, mis primeros pensamientos no se dirigieron a Simón, sino a la Patria. Con mis compañeros, yo había conocido muchos triunfos. La Libertad avanzaba por toda América a paso lento e inexorable. Todas estas imágenes, lejos de tranquilizarme en cuanto al porvenir, contribuía a mi inquietud.

No ignoraba, de ninguna manera, que era yo el cerebro casi único de nuestra joven república. Si yo desapareciera, ¿quién tomaría el mando? Mi único interés es el de América, a la que he servido durante veinte años. Sin embargo, me han hecho, a pesar mío, ese sol único que calienta y hace vivir a numerosos planetas. ¡Qué peligro para la Libertad! ¡Dictador de la República! ¡Qué absurdo contrasentido!

¿La constitución prevé lo que convendría hacer en caso de que el Libertador desapareciera en alguna parte del Altiplano peruano? Había varias posibilidades; alguna de ellas me ayudaría a tomar la mejor decisión. Cuestión de suerte y de buen juicio.

- En primer lugar, no moverme de aquí y esperar.
- Continuar mi búsqueda en todas direcciones.
- Volver al campamento y esperar.

- Dirigirme directamente a Cuzco o sus inmediaciones. Esta última solución me pareció la más prudente, y la más segura para todos: sin duda llegaría a alguna aldea desde donde podría organizar la búsqueda.

Me tomé bastante tiempo para pensar en mi compañeros. En lo que podía haberles pasado. . . En lo que estarían pensando en esos momentos. . . En lo que quizá esperaban de mí. Sólo estaba seguro de una cosa: lo que les había sucedido tenía que ser muy serio. De otra manera, habrían regresado rápidamente a nuestro campamento, o yo los habría encontrado. O bien, habrían divisado mi fogata, oído mis disparos, ¿qué sé yo? Me resistía a considerar mi decisión de ir en su busca, pues me parecía irreflexiva e imprudente.

Hice algo que nunca había hecho en mi vida: no avancé ni retrocedí. Como ninguna de las soluciones me parecía acertada, no me moví. Una poderosa fuerza de inercia me fijaba al suelo, en aquel lugar preciso.

¡Qué magnífico observatorio! Desde ahí, nada de la tierra ni del cielo escapaba a mi mirada.



De pronto sentí un hambre tan aguda, que tenía que calmarla cuanto antes. Aproveché entonces para hacer el inventario de mi equipaje. Dejé de lado el estuche de boticario, pero conservé su contenido. Llevaba conmigo también la cantimplora, la comida, velas, mantas, la escopeta, el cuchillo y las municiones.

Me puse a masticar carne rancia y seca que me cayó bien, a pesar de todo. Logré preparar té. Dejé el estuche de madera donde habían estado los medicamentos, bien a la vista, con un mensaje en inglés. Todos estos actos me parecieron al mismo tiempo tan solemnes y tan irrisorios, comparados con la indolencia que había mostrado al comienzo de nuestra pequeña expedición. ¿No era aquello producto de mi imaginación? ¿Dónde y cuándo había perdido yo el control de los acontecimientos?

Como aquella planicie aparentemente ya no tenía para mí ningún interés, decidí continuar mis exploraciones por la otra vertiente. Después tomaría el camino de regreso a toda prisa, pues ya no tendría provisiones.

Tomar esta decisión me tranquilizó, aunque parecía ser la menos razonable. En ese momento veía aquella aventura como una batalla que, por inesperada, requería de una gran rapidez de acción, pero también de capacidad de improvisación, de proyectar el espíritu hacia adelante, lejos. Había vuelto a convertirme en un guerrero capaz de tomar la defensiva en ofensiva, lo cual es, quizá, el único secreto de la guerra.

Todo adquiriría sentido. La única incógnita era la suerte de Simón y los dos indios. Pero entonces me di cuenta de la profundidad de mi confianza en la fuerza de Simón; lo sentía lejos, pero sano y salvo.

Al parecer no había ahí seres humanos, ni animales: no se oía ningún ruido, ni se distinguía ninguna carrera furtiva entre la maleza, y, más inquietante todavía, no había aves rapaces volando en lo alto. . . ¿Me encontraba "más allá del nido del cóndor"?



Cuando me eché la bolsa a la espalda, cierto cambio puso bruscamente mis sentidos en alerta. ¿Cómo había podido permanecer tan distraído todas esas horas, sin notar nada? Allí, sobre la tierra, había un tapiz recargado de flores silvestres, amarillas, minúsculas y vivaces como saben serlo las plantas que obtienen su sustento de los excrementos animales. Las cabras habían dejado a su paso una multitud de bolitas negras y secas. ¡Era la señal que esperaba! ¡Decir que aquello me causó euforia no daría cuenta de la realidad! Comencé a descender la otra ladera a toda carrera. . . hasta casi caer muerto por asfixia.

En algún lugar, en aquella barranca, había agua también, lo cual explicaba que la vegetación se hiciera tan densa. Yo me abandonaba a mi descenso por aquella pendiente de la esperanza, corría de un árbol a otro, tocando sus troncos al pasar, me arañaba con las ramas bajas, y creía sentir que la hierba acariciaba mis pies a través de las botas.

No sé cómo, pero corrí hasta el fondo de aquel abismo paradisíaco, mientras mi bolsa me golpeaba fuertemente la espalda. La sombra era una delicia; la luz tamizada por el follaje daba descanso a mis ojos. . . No identificaba todavía ruido alguno, ni olores, sumergido como estaba en sensaciones puras. Ya no había temor en mi corazón. Iba demasiado ligero para que la muerte pudiera seguirme.

De pronto, la frescura se humedeció: supe que el agua estaba ahí, muy cerca. Me quité las botas y entré en ella; estaba helada. El sol no debía calentar esa barranca más de una hora al día ¡Qué diferencia con la "puna" del otro lado! Busqué algún rastro del paso de algún ser humano, y no encontré nada. A la izquierda, la corriente parecía descender ligeramente. Aquel era, según yo, el camino a seguir para llegar a los seres humanos.

Después de la estepa hostil del altiplano, había encontrado ahí el valle del descanso. Seguí el agua hasta la noche, a pesar de mi cansancio y mi hambre ¿Había estado alguna vez perdido?



La imagen de Simón Rodríguez esperándome con impaciencia en el Palacio de Cuzco... Simón proclamado excepcionalmente Dictador después de mi desaparición... Visitando con actitud grave cuarteles y orfanatos. Me gustaban esas imágenes por su incongruencia. En ese instante no estaba lejos de pensar que yo mismo había puesto en marcha toda esa epopeya ridícula. Demasiada imaginación, y falta de control sobre mí mismo. Demasiada complacencia, y poco desprendimiento. Cualquier peón se habría ya dejado de tonterías, y sin envanecerse por ello.

Además, ¿qué importaba ya la suerte que corriera el Libertador? El gran movimiento de independencia que arrastraba a toda América, ¿podía detenerse?

Antes de dormirme, ya agotado, me vino la misma pregunta a la cabeza: ¿por qué mis tres compañeros no habían regresado al campamento? ¿Lo había abandonado yo demasiado pronto?



El sol brillaba allá arriba, en alguna parte, pero todavía tardaría cinco o seis horas en alcanzarme al fondo de mi hondonada llena de verdor. Yo no divisaba en lo alto más que un trozo de cielo helado. Me fue imposible encender fuego con la leña húmeda, y tuve que privarme de un té caliente ¡El servicio, sin duda, dejaba mucho que desear!

Me esforzaba por observar la orilla del bosque, su fauna y su flora, mientras caminaba. No podía dejar que se me escapara la menor oportunidad de encontrar alimento. No me quedaban más que algunas pasas y té. Vi unas bayas rojo carmín que no reconocí, y las dejé. Después, unos arbustos parecidos al avellano, pero las cáscaras estaban vacías. Luego, aumenté mi sigilo, y tuve que caminar más despacio.



¿Habían estado ahí, observándome, y yo no los había visto, ni sentido su presencia! Dos pumas adultos y tres pequeños, manchados de lodo, despedían un olor violento y salvaje. Eran más pequeños, pero más macizos de como los había imaginado. Yo sabía el peligro que representa una hembra felina salvaje en compañía de sus crías. Me quedé inmóvil a unos pasos de ellos,

paralizado por la indecisión. Ellos estaban inmóviles también; nos mirábamos cara a cara ¿Mi inmovilidad absoluta los habrá tranquilizado? Tomando su tiempo, después de algunas lamidas vigorosas a los pequeños, se alejaron sin prisa, hacia la penumbra del bosque. Respiré de nuevo, pero conservé mi inmovilidad todavía algunos instantes, pues me encontraba en medio de "su" camino al agua.

Yo estaba totalmente alerta, con todo mi cuerpo y todo mi espíritu. Procuraba que mi paso fuera más ligero, pero no desconfiado; estaba listo a saltar, a correr o a detenerme en menos de un segundo. Mi mano tenía mejor aspecto, pero no me permitía manipular un arma con eficacia. Conservaba la confianza en mí, aun desarmado, aun amenazado por peligros desconocidos. No obstante, tenía que reconocer también que los momentos de exaltación venían siempre seguidos de algún "incidente dramático". Ello me hacía sumergirme en peligrosos abismos de abatimiento... y de negligencia. Tenía que permanecer alerta continuamente.

El paisaje de bosquecillo comenzó a modificarse poco a poco. Más luz, menos árboles, y agua menos abundante. Volví a tener confianza en que encontraría vestigios de seres humanos, campos cultivados, animales domésticos, casas... En efecto, vi a lo lejos algo que se movía. Era un grupo de animales, una manada que avanzaba haciendo ruido en dirección paralela al arroyo. Y más allá, de nuevo la estepa árida, tacheada sólo por algunos árboles muy altos... Los que habían resistido.

¡Lo demás lo habían mordisqueado, devorado, digerido, un millar de cabras devastadoras y salvajes! Ellas habían dado cuenta también de la otra ladera de la montaña, quizá. Avanza-



ban inexorables. Lo que me inquietaba era pensar que si aquella manada enloquecida mantenía su avance destructor sin que nadie la detuviera, ¿era porque no había nadie!

Pensé en acercarme para intentar ordeñar una cabra, pero la presencia de algunos machos me hizo abandonar la idea.

Mientras las cabras se entretenían por ahí, yo me senté en la ribera para redactar un largo mensaje. En realidad, lo hice más por necesidad de ver claramente en mí mismo que porque tuviera que redactar el mensaje. Cuando terminé, de las cabras no quedaba más que el fuerte olor agrio.

Por fin, el sol estaba en el cenit. Me quité la ropa y me zambullí en el agua glacial. Lavé mi camisa y mi pantalón como pude, y los colgué de una rama. Después, envuelto en las mantas y con gran remordimiento, comí mis últimas migajas. A esa altitud, siempre se siente frío si permanece uno en la sombra e inmóvil. Me ocupé entonces en el ritual del té, a falta de un alimento más consistente. No estaba inquieto; ya había aprendido a comer cuando se podía, y no cuando tenía hambre; pero era la primera vez que tenía que cocinar yo mismo! El hambre me daría, sin duda, la fuerza necesaria para cazar algún animal, si se presentaba la oportunidad. La enormidad de este rasgo de carácter no se me escapaba: ciertamente, yo había matado o hecho matar a más de un hombre, pero la caza me repugnaba de todo corazón. A mi edad, no podía aprender a cazar si no era forzado y a regañadientes.

La vegetación se hacía cada vez más escasa. El primer cacto que encontré no me pareció esperanzador ni mucho menos ¿iba a encontrar la misma desolación del otro lado de la montaña? El río, solapadamente, se había convertido en arroyo. No me decidía a abandonar el abrigo precario de los árboles antes de haber descubierto algo seguro. La otra orilla no me parecía mejor. La noche cayó. Yo no había comido nada en toda la jornada. Mi ropa ni siquiera se había secado. Me vestí temblando al contacto húmedo, y extrañando mi fiel agua de colonia. Y luego, la rutina. . . ¿Cuántas noches como esas me esperaban? Buscar leña para la fogata, construir lentamente el fuego con madera húmeda, extender las mantas. No podía evitar cada anochecer el pensamiento de que podía ser la última vez que viera las estrellas. Después, me sumergía, agotado, en noches cortas y sin sueños.



Me di cuenta perfectamente de que era el hambre lo que me despertó, pero me quedé arropado en la tibieza de las mantas.

Con el espíritu entorpecido y los ojos fijos en el cielo frío, no podía hacer nada. Finalmente, el barullo de unos pájaros me sacó de mi embotamiento. Me interné por lo que quedaba del bosquecillo, en busca de frutos silvestres. . . o de cualquier cosa comestible. No vi más que ramas y hojas. Entonces, tuve la certeza de haber cometido un error: había caminado en círculo por aquel bosque, sin orientarme. Estaba perdido. Doblemente perdido. Me llamaron la atención unos arbustos, quizá una especie de saúco, cubiertos de pequeñas bolitas negras. Probé algunas. Después corté todas las que pude, y las puse en mi camisa anudada formando una bolsa. Al principio pensé en hacer con ellas una especie de compota, pero me acostum-



manam tazayoc  
 shocani pasasca  
 tachim qac ray  
 ca maica llumax  
 a machuyya ya  
 ray pasayis ca  
 ni restamento  
 ni saquuan

bré a su sabor en crudo. Y entonces ya nada pudo detenerme. Mi boca y mi estómago estaban llenos de su sabor ácido, que daba sed y sueño. . . ¿O sería la saciedad después del hambre?

Debo haberme dejado sorprender por el sueño. . . Me despertó una fuerte molestia en la cabeza. . . o en el cuerpo; ya no distinguía la una del otro. Mis ojos estaban abiertos, pero lo que veían me era totalmente extraño. No me asombré. No, el malestar no venía de eso. . . Vomité interminablemente ante la mirada distante de dos pumas y una iguana. Había sin duda otros animales, pero yo hice increíbles esfuerzos por no alejarme de aquellos tres, ni siquiera de su mirada. Me sentía demasiado peligrosamente separado de mi ser habitual para permitirme andar de aquí para allá, como un paseante.

El esfuerzo de mantenerme "uno" se hizo agotador. Finalmente, acepté disociarme en dos, uno de los cuales permanecía siempre muy cerca de los pumas y de la iguana. Ellos no intervenían. Los vómitos se repitieron durante bastante rato. Me felicitaba de que mi vanidad hecha pedazos no fuera vista por testigo alguno. Quise hablar, pero el primer sonido que proferí fue tal, que caí ensordecido por la intensidad de los ecos amplificados que produjo en mi interior. La otra parte de mí mismo parecía un poco afligida por el espectáculo, pero parecía también incapaz de hacer nada.

De pronto sentí que las dos partes iban a fragmentarse en una infinidad de partes minúsculas. Los restos de mi persona comenzaron a caer y a desaparecer, y yo me apliqué a la tarea

imposible de reunirlos. Los animales estaban silenciosos y no me prestaban atención. Estaba solo, y había llegado al punto en que me arrastraría la desesperación. El malestar se hizo tan insoportable, que quise pedir ayuda. En el momento en que iba a gritarle algo al puma para liberar aquel cataclismo interno, tan indignante por su estridencia, me encontré con su mirada. La nada, el caos, adquirieron un ritmo acuático. . . Y yo me abandoné a la deriva.



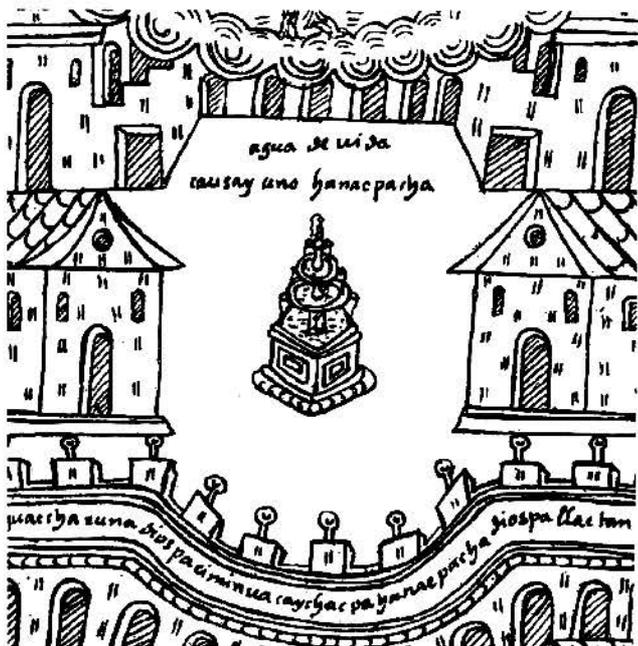
Una energía desconocida, y agradable, circulaba por mi cuerpo, pero yo no abría los ojos. Quería identificar estas nuevas sensaciones, y relacionarlas con la pesadilla que, bien lo recordaba, las había precedido.

Todo mi cuerpo, aunque bien cubierto, estaba envuelto de frescura. Las mantas ásperas dejaban libres mi cabeza y mis manos. Al moverme produje un ruido como de hojas; metí las manos, y encontré unas hojas secas y aromáticas. Cuando traté de "volver a cruzar el puente" entre el pasado y el presente (¿de dónde me venían esas palabras?), fracasé en mi empeño. Pero la angustia me había abandonado, dejándome una intensa curiosidad.

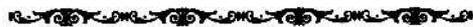


Intenté salir de mi confortable bolsa de dormir, pero el frío del exterior me disuadió. Sin embargo, me encontraba guarecido en una choza cónica de madera, tapizada de pieles y mantas de diversos espesores. El contenido de una olla de barro hervía en un fogón de grandes piedras.

Alguien, de espaldas a mí, hacía algo en la penumbra, y sin embargo observaba cada uno de mis gestos. Llamé muy bajo, y



se escuchó un graznido de pájaro enfermo. Tenía la garganta inflamada y dolorida. Yo no tenía idea de lo que pasaba: me encontraba en alguna parte con un desconocido, y no sentía la menor prisa por volver a la vida. En efecto, algo había interrumpido el curso de mi vida ¿Cuánto tiempo había durado esta interrupción?



Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. La persona aquella se volvió hacia mí y me tendió un paquete de ropa. Era un indio o una india, que portaba vestiduras gruesas y abigarradas, y en la cabeza una especie de gorro con orejeras.

¿Por dónde debía comenzar? El indígena volvió a tomar el paquete y me pasó las prendas una por una. Aquella ropa me pareció práctica, ya que no estética, y pronto tuve la agradable sensación de que me hacía entrar en calor. Pregunté por mis botas a señas. Ahí estaban, lo mismo que toda mi ropa, mis mantas, mis armas y lo demás. Al colocarme el gorro con orejeras, el contacto de una barba hirsuta me sorprendió desagradablemente, por lo que significaba. . . ¿Días, semanas quizá? ¿Había estado enfermo? ¿En peligro?

Mi intuición me decía que aquel indio, junto con otros, me había salvado de una muerte segura. Le hice algunas preguntas breves, pero no parecía comprender, ni siquiera escuchar. Me dio un jarro lleno de un líquido humeante. Deseé que fuera café, y al darme cuenta de mi remilgo me rei en voz alta. La persona se volvió, de modo que me oía. No había ninguna hostilidad en su rostro. . . ¿La sombra de la sombra de una sonrisa? La bebida me dio calor, y quise salir para explorar el lugar. Comprendí entonces el por qué de toda aquella vestimenta: hacía un frío que casi cortaba la respiración. Pero el día era muy hermoso; el sol caía implacablemente sobre la nieve. Un poco más abajo, la niebla formaba un acolchado tan grueso que era imposible imaginar lo que podía haber debajo. Sólo emergía el caos de dientes rocosos, azulado por el hielo y la nieve.

Conté una decena de chozas similares, dispuestas en un amplio círculo. Nada que se pareciera a los paisajes andinos que yo conocía. Me sentí emocionado ¿La altitud? Cinco mil metros, más o menos. . . Había en ese lugar tantos misterios a esclarecer. . . y a los indígenas no les gustan los impacientes. Probablemente no hablaban español, sino quechua.



Toqué a la entrada de una choza, y nadie me respondió. Había gente en el interior, sentada alrededor del fuego con las piernas cruzadas. Alguien me hizo una seña para que me uniera a ellos. Me sentí embarazado por no poder distinguir a los hombres de las mujeres por sus vestiduras. . . ni por sus rasgos, sus ornamentos, ni su comportamiento. Y en cuanto a las voces, parecían no tenerlas.

Finalmente, me dirigí a una mujer de busto imponente (al menos, pensé que era una mujer). Le hice algunas preguntas, en el tono más sereno e indiferente que pude ¿Qué me había



sucedido? ¿Me habían encontrado lejos de aquel lugar? ¿Cuándo? ¿Sabían ellos algo de Simón y los dos indios? ¿Quiénes eran ellos? Añadía algunas fórmulas de cortesía usuales en el continente. Y observaba atentamente todos los rostros: no vi en ellos ninguna reacción.

Corrí a buscar unas hojas de papel y un lápiz en mi equipaje. Dibujé laboriosamente algunas escenas: Simón, los dos indios y yo escalando la montaña. Después, Simón y los guías alejándose y dejándome solo. En la última escena me encontraba yo solo, con cara perpleja y triste.

En silencio, mostré la primera página. Todos los ojos se volvieron hacia mí. Señalaba el dibujo con el dedo. Nadie manifestó la menor curiosidad; era yo a quien observaban. Yo no comprendía. Lo mismo ocurrió con el segundo dibujo. Coloqué las hojas de papel en orden sobre el suelo, y esperé. Nada ocurrió. Traté de describir las mismas escenas con mímica y gestos expresivos. Aquello causó mayor agrado, pero de una manera pasajera, y no quedaba clara la relación del pasado y la representación que yo trataba de hacer ¡Me sentí descorazonado! En el aislamiento de aquellas montañas, esos indígenas se conservaban más primitivos de lo que yo había temido.

De repente se levantaron todos y salieron. ¿Cómo interpretar una reacción tan inesperada? ¿Desprecio? ¿Falta de interés? ¿Pudor? ¿Hostilidad? ¿Por qué no sentían ninguna curiosidad por mí? ¿Por qué me contrariaba su silencio? ¿Por qué me habían salvado, cuidado y conservado con ellos, tan lejos, seguramente, del lugar donde me habían encontrado? Reconstruí fácilmente el itinerario del pasado al presente, y del presente al pasado: yo había estado muy enfermo, envenenado por las

pequeñas bayas negras; había tenido a la muerte a mi lado, durante un lapso interminable ¡Y ellos la habían ahuyentado! ¡No podían ser indiferentes!

Había muchos asuntos que me proponía atender, pero estaba convencido de que todos ellos dependían, antes que nada, de la comunicación que lograra establecer con la tribu. Empleaba, para mí mismo, la palabra "tribu", que abarcaba el concepto conocido de grupo con una organización, una jerarquía, costumbres familiares, ritos, una religión y, sobre todo, preceptos morales. Debía dirigirme al jefe, a la única persona, probablemente, que tenía el poder de decidir.

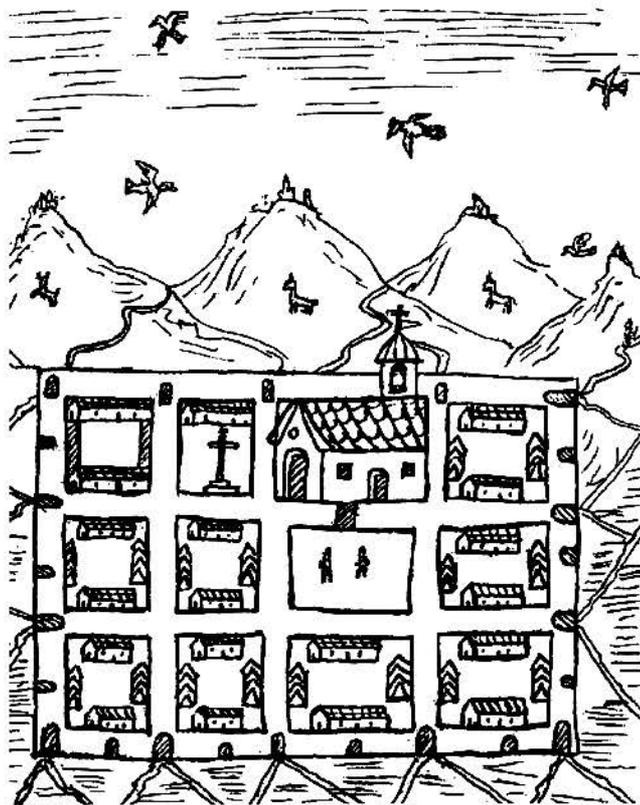
Una peregrina idea hizo de pronto que perdieran fuerza los latidos de mi corazón. Mi espíritu se quedó suspendido. ¿Y si en verdad había pasado al "más allá"? ¿Si nada de aquello en lo que creía vivía ya, ni era real? ¿Si ese mundo extraño y frío, y esos seres incomprensibles, pertenecían a la otra vida? Sentí una tristeza tan avasalladora, que fue grande mi deseo de correr lejos de aquella montaña helada, y tratar de recuperar mi vida. Pero comprendí al mismo tiempo que mi apego a la vida demostraba que estaba bien vivo.

La idea de que me encontraba entre gente extraña, pero no hostil, y que tendría que convencerla por medios que todavía no conocía, yo, que había dirigido millones de hombres por la sola autoridad de mi palabra, representaba un desafío nuevo. Pero no había tiempo para elaborar una estrategia sutil; era ya demasiado tarde quizá...

Mi desaparición favorecía los designios de todos aquéllos a quienes no les convenía la independencia de América. Sucre y otros más, muchos otros, estaban en gran peligro. ¿Cómo hacerles saber que yo estaba vivo? ¿Sabrían aquellos indígenas quién era yo? No me trataban con ningún miramiento especial, ni con curiosidad alguna. Sin duda, se trataba de observaciones basadas en mis propios criterios, puesto que no había salido un sonido de sus bocas, ni había aparecido expresión alguna en sus rostros imperturbables. ¡Extraña neutralidad hacia un guerrero como yo!

Tenía hambre, y entré en la primera choza, llevando mi bolsa. Había algo de movimiento, pero nadie reaccionó a mi llegada. Era todavía muy temprano. No hubo respuesta a mi llamado a la puerta, ni a mi interrogación. Cuatro personas estaban en cuclillas alrededor del fuego, y tenían sendos tazones en las manos. Me hiqué y me serví torpemente, molesto por tener que hacerlo yo mismo sin saber si estaba autorizado. Aquello estaba bueno, aunque muy condimentado. No hubo ningún cambio visible ni audible, aunque cierta armonía, cierto ritmo se sentía entre ellos, y yo estaba excluido. Acechaba todos los signos imperceptibles, como se observa a un jugador de cartas tramposo. Era yo el espía que desconfía hasta de sus salvadores. Estaba vivo, sus casas estaban abiertas para mí, me ofrecían su comida... Decidí esforzarme por ser paciente, y comportarme como ellos en todo. A menos que alguien me hiciera comprender que esperaban de mí otra conducta.

Tres personas se levantaron, tomaron una especie de lazo que estaba colgado sobre la pared y salieron. Yo las seguí. El sol calentaba un poco más, pero este viento mordaz no se calmaba ni un momento. Lo que tenía ante mis ojos era demasiado grandioso, demasiado magnífico para describirlo con exactitud. Los picos nevados, afilados como agujas, las cordilleras colosales, cortadas por abismos de sombra violeta, amenaza-



dora. Uno comprendía que el sol, aunque implacable a esas alturas, no tenía ningún poder sobre todo aquello, si no era el de arrancar destellos hasta de las menores facetas de ese diamante enorme.

Caminábamos por la planicie, en la atmósfera enrarecida, y yo me sofocaba siguiendo a mis guías en la nieve. Llegamos al borde de la planicie; ahí entramos por un estrecho pasaje que descendía entre los peñascos. No había ninguna dificultad considerable en la marcha, excepto la abundancia de nuestras vestiduras, que entorpecían todos los movimientos. Yo avanzaba a duras penas. Llegamos a las cercanías de una especie de cascada congelada. Las cuerdas, que tenían gruesas piedras, sirvieron para romper el hielo. Después, llenamos de agua diez odres. Estábamos todos al borde de un agujero lleno de agua. Percibí a mi derecha un movimiento extremadamente rápido, y de repente había sobre el hielo un pez muerto ¡Y muy pronto, otro más! ¡Ellos pescaban como los osos! Todos mis compañeros, cada uno cuando le tocaba su turno, metían al hoyo las manos azulosas por el frío, y las sacaban asiendo un pez. Inmediatamente se secaban, se ponían sus guantes, esperaban un momento, y todo recomenzaba, siempre manteniendo un ritmo.

¡Cuando llegó mi turno, metí la mano y casi aullé de dolor! La quemadura era atroz, pero no pude sacar la mano del agua ¡Aparentemente, había espantado a todos los peces!

Alguien me ayudó a retirar mi mano, que ya estaba adormecida. Me volví a mirarlos, creyendo que se burlarían de mí, pero cada semblante parecía ocupado en la tarea ¿Cómo era que el pez se dejaba atrapar? ¿Cuál era la estratagema? ¿Los pescadores se embadurnaban las manos con algún sebo espe-

cial? ¿O la luminosidad que penetraba por el agujero atraía, de una manera irresistible, a los peces atarantados?

Miré de reojo al indio que estaba más cerca de mí, y me sorprendió un destello de risa en su mirada, como si estuviera jugando con un niño. Fue tan fugaz que al instante siguiente dudé de haber visto nada en aquel rostro tallado en madera.

Las manos de aquel indio, lo mismo que las de los otros, eran al mismo tiempo poderosas y delicadas. . . Manos "femeninas-masculinas" que me dejaron perplejo, pues yo estaba seguro de encontrarme entre un grupo de hombres. Las mujeres estaban probablemente en la aldea, ocupadas preparando los alimentos, atendiendo a los niños, confeccionando vestidos, en fin, en sus tareas tradicionales.

De pronto, sin transición alguna, los hombres comenzaron a desvestirse. Yo titubeé, no por pudor, sino porque pensé que el frío me mataría, y me desvestí lentamente. Nadie me prestó ninguna atención particular. Observé la misma armonía en sus movimientos, hasta los más espontáneos. En cuanto a mí, ¡iba siempre a contratiempo!

Lancé un grito ¡Estaban completamente desnudos! ¡Eran dos mujeres y un hombre! Todos eran igualmente musculosos y de piel firme, hasta las dos mujeres, una de las cuales tenía seguramente más de sesenta años. Los mismos gestos esenciales y graciosos, la misma ausencia de incomodidad de los unos ante los otros por sus cuerpos, sus edades, por aquello que yo habría llamado "belleza" del otro mundo. Eran hermosos. Se abrazaron afectuosamente, y después cada uno se fue metiendo al hoyo, para salir inmediatamente. Los demás tomaban al recién salido y le daban una fricción en el cuerpo que parecía ser muy violenta. . . Supongo que era necesario hacerlo con toda rapidez y fuerza, para que no muriera.

No me animé a zambullirme, y creo que tuve razón. Aun así, mis compañeros tuvieron que darme una buena fricción antes de que volviera a vestirme. Para entonces, ya todos estaban vestidos de pies a cabeza. La mujer de edad se volvió hacia mí y me puso sobre los hombros su propio abrigo de piel. Quise rehusarme, pero ella apoyó las dos manos sobre mi espalda, y supe que sería inútil. Luego ella se quitó un anillo de uno de sus dedos y me lo puso en el anular de la mano derecha. Sin pensarlo, me deshice del anillo de oro que no me había quitado desde la muerte de Teresa, y se lo puse en su dedo frío.

Aunque yo sabía que aquel acto no tenía ningún propósito simbólico preciso, me resultó incomprensible. No había solemnidad, ni se sentía tristeza entre nosotros. La mujer, sin titubear, se alejó en dirección opuesta a la de la aldea.

En el camino de regreso, sentí de pronto miedo por una oleada de naturaleza desconocida que me invadía, tan violenta como tranquilos y distantes parecían estar mis compañeros. Tuve miedo de una cólera monstruosa que amenazaba con cegarme. Había oído de ciertas costumbres bárbaras que tenían los indígenas, aunque jamás las había presenciado. Me había mantenido siempre escéptico al respecto. Pero en aquel momento acababa de ser involucrado en la más salvaje de esas costumbres, y no podía aceptarlo. Sin embargo, había mostrado una inercia absoluta. Había aceptado tácitamente que se me utilizara para ciertos fines que reprobaba radicalmente. Me eché a correr por delante de mis compañeros, me alejé de ellos,

volví a acercármeles para hablarles y gritarles mi cólera, mi rebelión y, sobre todo, mi rechazo.

El silencio me respondió. Estaba solo en la nieve, y moriría ahí si no me decidía cuanto antes a caminar. Por suerte, las huellas frescas eran fáciles de seguir, pero no pude encontrar las de la mujer. Aquello me dejó perplejo y al mismo tiempo me tranquilizó. . . Esperé algún acontecimiento mágico que lo explicara todo.

Decidí volver a la aldea. Más allá de cierto nivel, el frío se convertía en un enemigo mortal. Mi espíritu ya se estaba entorpeciendo, y el sueño comenzaba a vencerme. No tenía yo más refugio que aquella aldea. Cada vez que me acordaba de la mujer, veía sólo sombras inciertas.

Mi curiosidad fue atraída, a pesar mío, por unos resplandores rojizos que se distinguían en la aldea. Había varias fogatas dispuestas en círculo, y al centro la temperatura era clemente, a pesar de la hora. Las chozas estaban abiertas. Observé una gran actividad, aunque apacible. Se preparaban alimentos en grandes ollas, de cuyo contenido la gente sacaba un poco con sus jarros. Nadie me demostró hostilidad ni sorpresa, ni yo me molesté por escrutar todos esos rostros iluminados por las hogueras. No reconocí a nadie.

Bebí yo también del líquido con sabor a fruta, y muy pronto me sentí reconfortado. Alguien me pasó un plato con comida humeante. Comí y bebí. . . mi cuerpo recuperaba las fuerzas, y mi espíritu parecía olvidarse de toda angustia.

Me levanté por fin, entorpecido por la fatiga y el sueño. El choque fue tan fuerte, que volví a caer de rodillas. La música estridente me había sorprendido por todos lados a la vez. Reconocí los instrumentos andinos típicos, pero el conjunto era realmente insólito, y no tenía nada que ver con ningún tipo de armonía que yo conociera, de modo que me dejé llevar por la música sin analizarla.

Había historias que se entrecruzaban, leyendas antiguas, y luego, de repente, la música parecía burlarse de sí misma. Esta farsa tácita me llenaba de esperanza, y entonces escrutaba los rostros con la mayor atención. Aquí y allá notaba un esbozo de sonrisa misteriosa, indicio de algún secreto importante que quería compartir.

Y luego, con el canto agudo de las flautas altivas los ojos se tornaban de nuevo impenetrables. . . y yo quedaba excluido. Bebí más de aquella buena y fresca bebida. La música se hacía más intensa por todos lados, como si nuevos músicos se fueran uniendo a los primeros poco a poco. Yo estaba cercado, envuelto, excitado.

No descendía por ningún valle. . . Escalaba aún más alto, con admirable facilidad. Ascendí tanto como las flautas y los charangos me indujeron a hacerlo. Y allá arriba haría lo que me placiera, pues ni la música tendría ya poder sobre mí.

Fue como un malestar imperceptible, un vértigo, y traté de asirme al hombro de mi compañero más cercano. Como me encontraba a unos tres metros de altura en el aire, encima del fuego, mi mano encontró el vacío. La sensación de volar me era familiar, en cierto modo, pero era la primera vez que la vivía realmente, es decir, con *todos mis sentidos*. Volaba por encima

de ellos, y ellos tenían los ojos alzados hacia mí. No experimentaba ningún orgullo particular, sino solamente cierto asombro de que nadie quisiera acompañarme allá arriba. En el suelo no me habría atrevido a bailar, pero en el aire todo era tan ligero que no tenía más que dejarme llevar por el aliento caliente del fuego. Algún elemento desconocido de mi persona me había servido como "impulso energético", pero después yo sabía bien que era yo, solamente yo, quien me hacía moverme en el aire.

Noté que los movimientos bruscos me hacían elevarme todavía más, y entonces me resultaba más difícil descender. Así pues, tuve cuidado de balancearme suavemente en sentido horizontal.



Tenía sed, y traté de alcanzar la enorme jarra donde veía reverberar el líquido negro. Tendí la mano hacia abajo, y encontré un brazo extendido hacia mí con una copa llena, cuyo contenido bebí ávidamente. Era agua. Bajé sin hacer ruido.

La música había cesado. Alguien entonaba un canto inhumano y sobrealgado. . . ¡Salí huyendo y aullando de espanto! Alguien me siguió. Logré correr durante algunos momentos, sacudido por espasmos terribles. Sentí que dos brazos me asían por la cintura sin ninguna delicadeza, y luego ceñían mi tórax. Un aplastamiento lento, que me paralizó de horror. Dejé de luchar. . .

La presión se hizo tan fuerte que me impedía respirar. Mis costillas crujieron. Después empecé a vomitar oleadas de líquido.

Inmediatamente, la presión cesó. Volví a vomitar. Buena parte de la noche debe haber pasado así. Yo estaba en cuclillas, o de pie, o acostado sobre el suelo, despojado de toda voluntad propia. Comprendí que alguien trataba de impedir que muriera. Yo había perdido toda fuerza, toda resistencia.

No se pronunció una sola palabra en toda esa noche. Durante los breves intervalos en que yo tenía conciencia de la presencia de aquella persona, le hablaba largamente, pero ella no me respondía.

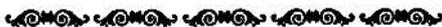
Tocaba su cara, sus manos, su pelo, su manto cargado de olores, y me sentía reconfortado una y otra vez por la realidad tangible que emanaba de todo eso. Pero esos intervalos no duraban más que unos segundos. El resto del tiempo no podía fijar mi atención en nada, sin que el pozo en movimiento se cerrara sobre mí con tremenda velocidad. También el resplandor del fuego me causaba temor. Deseaba con todas mis fuerzas alcanzar el fondo del pozo y detenerme allí. . . Terminar con sus círculos, sus tirabuzones, volutas, espirales y hélices; en todo esto residía, para mí, el verdadero peligro. A veces, volaba en pedazos.

Yo no sabía en dónde estaban los otros, ni qué estaban haciendo. No podía caminar, ni moverme, ni abrir los ojos, ni dormir ¿Acaso alguien me había llevado a una de las chozas? Los dientes me castañeteaban, y pronto ese ruido infernal me ensordeció. Después sentí las vibraciones de un ronroneo regular y apacible, cuyo origen no supe sino hasta que mi mano tocó el cuello de la persona que siempre me acompañaba. No era un canturreo, ni un ronquido; era el ronroneo de un gran gato que se balancea él solo, con profunda satisfacción.

Mis dientes dejaron de castañetear. Ya no estaba vivo y muerto a la vez. Me encontraba envuelto en unas mantas como un recién nacido. Alguien me sostenía en sus brazos, y me daba calor.

Soñé que acompañaba a mi amiga, la mujer de edad, tan lejos como me era posible, y ella me hacía comprender que era tiempo de que yo volviera a la vida, como quiera que fuera. Este retorno tenía un sabor un poco triste, pero ineluctable. . . Ya no comprendía mi rebelión anterior.

¿En qué idioma habían cantado? Me esforzaba por resolver este enigma. Quería estar consciente, lo suficiente para reflexionar sobre los acontecimientos "reales", pero no totalmente despierto, para aprovechar esas informaciones libres que a menudo flotan en el éter del semisueño. La palabra "real", meramente aproximativa, me pareció tan cómica que me reí, y me desperté completamente.



Era de noche otra vez, lo cual me hacía suponer que había dormido un día y una noche, después de la noche de la fiesta. Me habían cambiado la ropa, pero curiosamente yo, que suelo ser puntilloso en cuanto a mi arreglo personal, no sentí ninguna vergüenza de haber transpirado por todo el cuerpo ¡Las miasmas del pozo!

Busqué a mi acompañante, pero estaba solo en la choza. No había luz en los alrededores, ni ruido. Bebí el agua que me habían dejado. Al moverme, aplasté las hojas aromáticas, que crujieron

Permaneci tendido, y tan tranquilo como era posible en aquellas circunstancias. Traté de reconstruir algunos momen-

tos de la noche de la fiesta y del día que la había precedido. Alejar mis terrores y mis arrebatos. . . Hacer un vacío. Después evocar las imágenes una a una, y encontrar el hilo lógico que las unía unas con otras. Todo mi ser se rehusaba a creer en el simple azar. Era yo diferente, "después", de lo que había sido "antes".

Primero, la mujer. Luego la pesca, las abluciones, los regalos que ella me dio, y lo que yo le di a cambio. Después aquella mujer se fue caminando por la nieve, pues había llegado la hora en que debía morir. Por fin era yo capaz de considerar mis temores sin resistencia ni espanto.

La fiesta. Había llegado a la aldea de noche, cuando la fiesta comenzaba ¿Se estaría celebrando algún acontecimiento? ¿La muerte de la mujer? No estaba seguro. Ni siquiera sabía si ella había estado entre los participantes.

Bebí mucho, de una bebida que no contenía alcohol, sino probablemente alguna otra cosa ¿Alguien me había obligado a beber? Yo no hice más que imitar a los demás. Pero me excedí, aunque alguien me dio de comer, sin duda para atenuar los efectos de la bebida.

¿Los demás habían experimentado lo mismo que yo? No podía contestar a esta pregunta, pues había estado totalmente absorbido en mí mismo, y no vi a los otros más que casualmente. Sólo estaba seguro de una cosa: la persona que me había acompañado había permanecido lúcida; al menos lo suficiente para saber lo que debía hacer conmigo ¿O también esto lo había soñado? Era absolutamente necesario que hablara con esa persona.

Cerré los ojos. Volví a verme volando con gracia por encima de los demás. Pero ahora me contemplaba desde abajo, como ellos debían haberme visto. Aunque durante mi "vuelo" había tenido una visión desde lo alto, como si volara realmente. Las sensaciones que experimenté, la perspectiva con todos esos rostros enrojecidos por el fuego y vueltos hacia mí. . . Todo eso había sido muy real.

Escuché otra vez fragmentos de la extraña música, y luego. . . las palabras que habían llegado hasta mí a través del silencio de aquello que jamás se dice. Había, pues, algo diferente de las palabras pronunciadas: un lenguaje no articulado que yo también había captado sin asombro. Como si fuera para mí tan natural como para ellos.

Ahora estaba otra vez inquieto, elaborando hipótesis, buscando respuestas, perdido en la abundancia de mis referencias personales. Y en su inutilidad. De nuevo solo.

Tuve que reconocer que, ciertamente, había sido visto con indiferencia, pero se me había cuidado con benevolencia cada vez que (por mi culpa) había ido demasiado lejos. Me habían dejado en entera libertad, pero yo adivinaba que al mismo tiempo velaban por mí.

Nadie había manifestado cólera, desprecio ni superioridad en relación con mi persona, ni tampoco servilismo. Nadie me juzgaba. Yo no había hecho más que juzgarlos. Había perdido la cuenta de los días o las semanas que habían transcurrido desde nuestra salida de Cuzco. La idea de que podían haberme

llevado muy lejos del lugar donde caí inconsciente no tenía ya nada de inverosímil para mí.

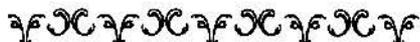


Los ruidos leves de un ir y venir me sacaron de mi ensoñación. Por la puerta entreabierta percibí la cruda luz del mediodía. Dos indígenas se ocupaban en su trabajo de alfarería. Me arrodillé a su lado y me quedé inmóvil, totalmente silencioso. Yo hice ninguna pregunta, ni ofrecí mi ayuda.

Ahí estaba yo; el sol me calentaba la espalda. Podría haber sido un perro que tuviera mucho que oler y nada que decir. Mi espíritu flotaba como una pompa de jabón. Observaba esas hermosas y expertas manos torneear, alisar, humedecer el barro rojo. El indígena puso pausadamente a un lado la pequeña vasija de barro, con las otras, tomó mis manos entre las suyas, y yo entendí claramente: "Las tuyas también son hermosas y expertas." No se pronunció una sola palabra. Sin embargo, yo estaba convencido de haber escuchado esa frase.

Yo no estaba demasiado sorprendido por mi descubrimiento. Era yo quien había trastornado los mensajes que me instruían, detenido las vibraciones, interrumpido el silencio.

Respondí por la misma vía que me gustaría aprender a usar mis manos en algo distinto al ejercicio de las armas. Como ella. Curiosamente, había recibido simultáneamente este otro mensaje: "Tú estás desconcertado al no saber quién es cada uno de nosotros. Yo soy una mujer."



Me puse a trabajar una bola de barro húmedo, todavía tibio después de haber sido amasado. Poco después me di cuenta de que esos momentos de comunicación perfecta eran raros. Ya no era capaz de alcanzar la disposición de espíritu necesaria, de olvidar: de todas las preguntas y esa letanía interior que siempre me había acompañado. ¿O era que lo intentaba demasiado? Forzaba con todas mis fuerzas algo que no existía más que en la disponibilidad más suave y natural. Sin embargo, había comprendido, al menos lo esencial. Comencé a evitar las preguntas directas, las interrogaciones brutales. Por ejemplo, si quería preguntar algo como:

—¿Puedo acompañarlos de cacería hoy?

No podía haber una respuesta positiva ni negativa. Yo concluía de ello que la más apropiada podía ser:

—¿Qué quieres decir? Nadie puede decidir lo que debe hacer otra persona.

Ello suprimía la respuesta, y por lo tanto la pregunta. Yo me veía devuelto a mí mismo. A mi absoluta responsabilidad, sin que fuera necesario establecer la comunicación, ni siquiera tácita.

¡Pero qué ansia! ¡Qué vigilancia de uno mismo! ¡Un aprendizaje de la vida totalmente nuevo! Por ejemplo: ¿habría yo

bebido el líquido aquel si alguien me hubiera advertido: "Cuidado, puede ser peligroso para tu espíritu y para tu cuerpo"? No podía imitar ciegamente a aquella gente, pues no tenía su misma experiencia, ni improvisar al azar, esperando el auxilio de mis ángeles guardianes. La muerte se me había acercado ya varias veces.

Sobre todo, nuestros caminos se habían juntado por el momento, pero yo esperaba volver a reunirme con mis compañeros, retomar mi lucha, en fin, mi vida, allá donde las había dejado. De modo que no me abandonaba enteramente y sin reticencias a esta nueva dimensión.

Pero también es cierto que sentía una intensa curiosidad, y que estaba dispuesto a llegar todavía más lejos en aquella liberación de mí mismo. . . con la condición de que pudiera retornar al punto de partida en el momento en que lo deseara. Tenía solamente una intuición de lo que tendría todavía que dar de mí mismo.

Evidentemente, era yo libre de elegir el día y la hora de mi partida. Pero todavía no estaba listo. No solamente faltaba esclarecer un misterio, sino que también había que hacer preparativos materiales, planear la acción, calcular las provisiones según ciertos datos que yo ignoraba: la altitud, la distancia de ese lugar a Cuzco, el itinerario. . . ¿Estaba todavía en Perú? ¿Quiénes eran esos indígenas? ¿Qué relación mantenían con nuestra civilización? ¿Qué se proponían hacer conmigo? ¿Me ayudarían a tomar mi camino de regreso? . . .

Observaba ahora con mayor atención las pequeñas chozas, y no encontraba nada misterioso ni sorprendente (aparte del mutismo de los niños, de ellos también). Aquellos indígenas no eran más primitivos que los de mi tierra.

Desde luego, todos los fenómenos que yo había experimentado se podían explicar por el estado de conmoción y de debilidad en el que había sido llevado a ese lugar, después de duras pruebas. La soledad y el silencio habían provocado quizá las "alucinaciones". Lo que importaba realmente es que estaba solo, absolutamente solo para vivir mi propia vida, y asumir sus enigmas aparentes. Como cualquiera de aquellos hombres. Como todos los seres humanos.

Yo jamás había sentido tanta compasión por mí mismo, ni tantas razones para caer en la desesperación. Pero creo que aquella fue la última vez. Me resistía a la tentación (¡no sin cierto cálculo!) de arrojarme a sus pies y suplicarles que me ayudaran. Debía encontrar la solución yo solo.



Caminé hacia el este, hasta el borde más abrupto de la planicie, donde el cierzo me tiraba al suelo peligrosamente, y luego me levantaba bruscamente para arrojarme al abismo. Ahí me encontraba muy cerca del "techo del mundo". La visión de toda aquella belleza glacial, intocable, me hacía extrañar las praderas, las flores tropicales y las multitudes vociferantes. Tenía sed de amistad, más que de poder.

¿Por qué aquella gente había escogido un lugar tan inhóspito? ¿Sólo por huir de los españoles y de la esclavitud? Lamenté

mi incapacidad de entrar en contacto profundo con los seres humanos ¿Lo esencial se me escapaba siempre porque me sentía constantemente impelido hacia adelante, por la necesidad de acción? Me debatía en un vuelo pesado y sin gozo en mi vida, y nadie lo sospechaba. Excepto ellos.



El horizonte se pintó de rojo, y luego, muy rápidamente, cayó la noche. Me dirigí, tiritando, hacia las luces de la aldea. Vi a algunos indígenas que entraban a una choza, y los seguí, confundido en el desorden. Las ollas humeaban, como siempre, y todos metían sus jarros para sacar de su contenido. Yo estaba consciente del riesgo que corría, pero tenía confianza en ellos, y también en mí mismo. Bebí y comí poco. Mi apetito había disminuido desde mi llegada. Bajo el montón de ropa, mi cuerpo se había enjutado, se había reducido a lo esencial de músculos y huesos.

Intenté "comunicarme" con alguien, pero había demasiada gente en el pequeño espacio. Yo no sabía abstraerme en semejantes condiciones.

Me fijé en alguien que estaba solo y en cuclillas detrás de la puerta abierta. Tenía docenas de preguntas listas en la cabeza, pero la que "transmití" no estaba preparada.

—¿Quién me ayudó y me cuidó la otra noche?

—El Puma acompaña al que lo ha escogido.

—Quisiera verlo.

—El Puma recorre muchos caminos.

—¿Cómo llegaron ustedes a este lugar? ¿Y cómo me trajeron?

—El pájaro vuela más alto que la montaña más alta.

—Ayúdenme a volver con los míos.

—El niño sabe que no tiene más que una vida real: la del día presente.

Me arrodillé bruscamente cerca de él y lo despojé de su gorro, su abrigo y todo lo que le cubría el torso. El no pestañeó, a pesar de mi actitud amenazante. Tenía en el pecho una cabeza de puma tatuada (o pintada) en negro y ocre.

El hombre soltó una carcajada enorme, brutal, y yo salté hacia afuera, totalmente enloquecido. Me di cuenta de que debí quedarme, resistirlo. Esa risa, ¿no había sido un homenaje a mi astucia, a mi tenacidad? Por lo menos había descubierto que el Puma podía prorrumpir en carcajadas, si no hablar. Pero podía haber diez pumas tatuados sobre diez torsos.

Volví a la choza. El hombre se había vestido y estaba comiendo. Con energía le quité el plato de las manos, hice que pasara los brazos alrededor de mi torso, y lo obligué a apretarme violentamente. Cerré los ojos: la presión de los brazos podía haberla ejercido cualquiera de los presentes. Pero el olor de

aquel hombre, indisoluble de aquella noche espantosa, yo no lo habría confundido con ningún otro.

La Iguana ha sobrevivido y sobrevivirá, porque es obstinada.

Había algo de terquedad, pero también de seriedad en estas palabras, que jamás fueron pronunciadas.

De modo que yo era la Iguana.

Traté de explicar, a mi vez, con convicción, mi necesidad de comunicarme, de tener un amigo al menos, entre todos aquellos indiferentes. No hubo respuesta, pero, misteriosamente, me sentí reconfortado. Había muchos otros pensamientos que no me atrevía a exponer por pudor, o por torpeza.



La naturalidad absoluta, la ausencia de toda ambigüedad en los gestos de esas gentes, a pesar de las gruesas vestiduras que nos cubrían, todo eso facilitaba mucho la vida comunitaria, por un lado. Pero, por otro lado, yo seguía experimentando una angustia fútil, una inseguridad en mí mismo: sin compañera, sin hijos, sin una ocupación definida, ¿quién era yo en esa sociedad? ¿Qué clase de ser humano veían ellos en mí?

La ambigüedad estaba en mí mismo, y también la duda, el miedo, y la dualidad. Pero yo no podía atravesar ese puente levadizo que me aislaba para siempre de los míos. Ese minúsculo islote social me atraía por razones misteriosas, pero, ¿qué valía frente a LA SOCIEDAD?

El Puma no había mostrado la menor reacción. Yo estaba acorralado. Fui a mi choza, tomé mi bolsa y mis cobijas, me desvestí y me puse mi antigua ropa. Estaba listo.

En la entrada me topé con el Puma, que estaba ahí, inmóvil. Reencontré sus ojos, tan inexpresivos como minerales. Sentí que resbalaba hacia esa inmensidad negra y brillante. Dudé en avanzar, por el frío inhumano que emanaba de ese mar oscuro. Di la vuelta con dificultad, y busqué algún resplandor o un lugar donde refugiarme. El frío me penetraba de tal manera que me paralizaba lentamente. Abrí la boca, pues estaba sofocado; y la boca se me congeló, abierta, dejando que la muerte apremiante se abismara en ella. Mis ojos se cerraron.

Alguien me hacía beber un té dulzón. El Puma había desaparecido.

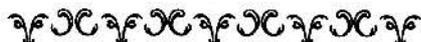


Era yo realmente privilegiado: ¿se me permitía ver mi propia muerte anticipadamente! ¡El mensaje estaba perfectamente claro! Si yo emprendía solo el tan temido descenso, moriría de frío en algún lugar del abismo, y nadie me encontraría jamás. Excepto quizá aquellos indios diabólicos, que tenían el poder de ver mi muerte, pero no el de impedirla.

Salí a buscar al Puma, movido por un furor tal que habría golpeado al primero que hubiera tratado de detenerme. Pero

nadie se interpuso. Y encontré al Puma con una mujer; estaban desnudos.

Volví a mi choza y zozobré en el sueño.



A lo largo de los días fui aprendiendo a distinguir un rostro de otro, a reconocer cada silueta, cada particularidad en el modo de andar y en la actitud.



¿Ya éramos amigos? La palabra “amigo” quizá no tenía ya el mismo sentido que antes. . . Me sentía más en confianza con cada persona y con la comunidad. Había aceptado la mayoría de los hechos (que eran, sin embargo, inaceptables desde el punto de vista de mi razón), en los cuales a veces era festigo y a veces actor.

Dimensión. Esa era la clave mágica de la que no quería serirme. Consideraba que no era posible fusionar mi dimensión y la suya. Sucumbiría sin remedio en la locura.

Así, pues, la comunicación que ellos practicaban era un maravilloso medio de contacto: directamente intuitiva e ilimitada. Pero yo sentía la necesidad del lenguaje articulado, tanto como de la intuición.

Escindido en dos, me debatía en la incoherencia.

¿Qué decir, entonces, de la estructura del pensamiento? Comparado con el mío, formulable, definible, limitado incluso, el suyo era una arena movediza en la que yo me hundía.

La mayor parte del tiempo, es cierto, había una gran fluidez en nuestra comunicación, pero ello era posible solamente a costa de mi lógica y de mi razón.

Ellos apenas parecían haber modificado su manera de pensar o de vivir por causa mía.

Mis fundamentos interiores estaban removidos, mis raíces trastornadas, ¡pero podía ser peor! A veces, me sentía como inexistente. En sus ojos no había ningún reflejo de mí, ningún juicio, en un sentido o en otro.

Tampoco ellos trataban jamás de impresionarme.



Yo trataba, evidentemente, de convertirme en uno más de ellos. Aprendí a cazar con arco y flecha, con lanza, con trampas. Pronto supe también pescar con la mano en un hoyo en el hielo. Pronto pude rematar, sangrar y desollar a las bestias sin sentir náuseas, y también sazónarlas con escasas hierbas secas cuyos secretos había que conocer.

Me convertí en un experto en curtir, preparar y suavizar las pieles, y coserlas para hacer abrigos o botas. Y aprendí a tejer la lana de llama.

Todo se puede aprender. Yo aprendí. . . Estaba orgulloso de mí mismo, y sin darme cuenta llegué a olvidarme de las miradas de los demás. Todo lo que hacía era para mí mismo; pero no de una manera egoísta. No, sino que no esperaba la aprobación del prójimo. Todo era motivado por una necesidad interior.

Mi percepción de mi cuerpo cambió: lo sentía como “integrado” en torno a un núcleo móvil. Mis músculos se habían hecho “útiles”.

Había llegado a ser un admirable mecanismo, pero me faltaba mucho para alcanzar una perfecta armonía. A menudo era presa del desaliento y la angustia.

Y mientras más avanzaba en el dominio de todas estas fuerzas, más se tendía el arco.



Un día, nuestra comunidad, a la que yo creía inmutable, se multiplicó de improviso. Yo no vi que llegara nadie; simplemente, una mañana, los recién llegados estaban ahí, entremezclados con nosotros, pero totalmente distintos.

Sus atavíos me dejaron pasmados ¡Unos indígenas de los altiplanos andinos vestidos como cazadores alpinos! Y además, había en sus movimientos una tensión sutil, cierta inquietud en su mirada, una agitación que chocaba con la impasibilidad de mis compañeros.

¿Su llegada tendría alguna relación conmigo? ¿Con Simón? ¿Con acontecimientos recientes en el valle?

Llevaban muchas armas, lo cual quizá confirmaba la última hipótesis.

—¿Quiénes son ustedes? ¿De donde vienen? —les pregunté.

—Somos hermanos de ustedes. . . pero venimos de lejos.

Por lo menos sabían hablar.

—¿Cuál es su tierra?

—Ésta —respondió uno de ellos, sorprendido—, ésta, el Alto Perú es nuestra tierra.

Tragué saliva, desconcertado ¡Entonces yo había sido llevado, moribundo, por la nieve a través de la cordillera de los Andes, decenas y decenas de kilómetros! Grité:

— ¡Sólo existe un ave capaz de hacer eso!

El hombre asintió. En ese momento, las palabras del Puma, que llevaba yo guardadas en alguna parte de mi memoria, resplandecieron de nuevo, enigmáticas: “El pájaro vuela más alto que la montaña más alta.”

Estaba cansado de enigmas. Di una orden:

— ¡Dibuje!

Con una ramita, el hombre rascó la tierra endurecida, y entonces asistí al nacimiento de una enorme ave rapaz, que desplegaba totalmente sus alas. Sobre el lomo, entre las alas, llevaba encaramados a muchos personajes minúsculos. . .



La risotada que resonó por todos lados me pareció como una explosión. Entonces comprendí que yo era la causa de aquella hilaridad bonachona.

Acto seguido, todos los presentes, los recién llegados y los otros, como liberados, se pusieron a hablar y a reír al mismo tiempo ¡A hablar! Por fin me di cuenta del alcance de la farsa: ¡me habían engañado con su silencio durante semanas! ¡Ni una sola vez se les había escapado una palabra, ni siquiera en sueños! ¡Tampoco a los niños!

Como yo tenía un corazón obtuso, lleno de prejuicios y temores, ellos habían jugado a hacerse los primitivos, ignorantes, crueles. . .

Sin embargo, ¡la mujer aquella había *desaparecido* realmente!

¡Yo había *volado por encima* del fuego durante algunos minutos!

¡Había *visto* mi muerte entre la nieve!

Tuve la impresión de que todo habría tomado un cariz diferente si hubiéramos usado palabras. Quizá no. . .

La actitud de la gente se tornó seria de nuevo, preocupada. Se hablaba del retorno, de la lucha, de dejar la aldea. . .



Todos estos problemas le concernían a Simón Bolívar, el Libertador. Pero yo no podía todavía revivir en aquella otra realidad, por intensa que fuera. Volvía una y otra vez, incansablemente, a los acontecimientos recientes, mientras a mi alrededor se discutía sobre el presente apremiante. Sí, ese presente violento, injusto, indignante. A él se dirigirían muy pronto mis acciones. . .

¿Por qué todo eso me parecía en aquel momento tan poco importante? ¿Podía mi aventura interior compararse con la marejada que arrastraba a América?

No podía hacer nada más que repetirme y repetirme las mismas preguntas.

Las conversaciones a mi alrededor se desarrollaban y se entrecruzaban en quechua, lo cual me dispensaba de intervenir.



Sentí que se me acababa el tiempo. Tenía que abandonar cierto número de detalles y recapitular sobre lo esencial.

Llamé discretamente a la Gacela y le dije que me gustaría que platicáramos con calma. Gacela era una mujer que tendría entre treinta y cuarenta y cinco años; era imposible calcular su edad con mayor precisión. Su rostro era infantil y terso, y también arrugado como una máscara de madera; sus manos estropeadas por el trabajo, los sabañones, el sol, tenían sin embargo una gran delicadeza.

Su risa espontánea me encantaba; sonaba como la risa de una muchachita que no pudiera contenerse.

El mismo contraste curioso se notaba entre su talante de adolescente y su cuerpo de mujer que ha criado a varios hijos. De toda su persona emanaba un encanto luminoso y sin afectación.

Caminamos hasta aquel lugar al que yo le tenía apego: ahí donde la cortadura de la montaña ante el abismo era más impresionante.

Le hice una infinidad de preguntas, y me quedé esperando su respuesta. Ella era una amiga de la cual no podía esperar enojo ni silencio; sin duda respondería.

Habló serenamente, sin mirarme. Me dijo primero que yo mismo debía encontrar las respuestas a mis preguntas. O acaso no había respuesta alguna, y no la habría jamás.

Me dijo también que había en mí una gran energía, pero también mucha confusión. Que la vida era el presente, el ahora, el aquí, y que el pasado y el futuro eran ilusiones que se interponían entre la vida y yo.

Aunque ella no respondió a ninguna de mis preguntas, yo me sentí conmovido. Cada palabra que se pronunciaba tocaba en mí algo muy íntimo y doloroso. Como si aquella mujer respondiera a preguntas que se encontraban detrás de las que respondía. Llegaba a lo más profundo. No me dio consejos. Simplemente me hizo comprender que no debía esperar mucha ayuda.

—Todos estamos solos —me dijo. Y había algo así como júbilo en su voz.

Le hice una última pregunta, tembloroso:

—¿Simón y los dos indígenas están sanos y salvos?

Algo oscureció su mirada ¿Se había enojado? Pero fue muy fugaz.

—¿Por qué temes por tus amigos, si ya no los tienes a la vista? ¿No confías en ellos? ¿Qué prefieres? ¿Que te crean



sano y salvo porque eres astuto, o que has muerto por tu estupidez y tu debilidad? Guarda tus fuerzas, Iguana; pronto te harán mucha falta.

Intuí que ella sabía, que todos ellos sabían quién era yo. Pero ello no me hacía sentirme orgulloso.

Nos quedamos ahí, cada uno perdido en sus propios pensamientos, y sin embargo misteriosamente cercanos el uno al otro. Yo experimentaba además una intensa seducción, pero ella me rechazaba con increíble gracia.



Yo debía descubrir muchas respuestas por mí mismo, desde luego. Pero la idea de que había quizá una gran trama subyacente (no me atrevía a llamarla plan) comenzó a tomar forma.

¿Aquella gente podía haber dado muestras de semejante disciplina durante semanas, y todo por una... broma? ¿Y el autor de todo eso sería Simón?

Simón, que había viajado por otros continentes, ¿de pronto aparecía tan misteriosamente? Yo ignoraba qué había sido de su vida, quiénes habían sido sus compañeros, cuáles sus ocupaciones. ¿Qué sabía de él? Yo conocía al filósofo y al maestro, pero el hombre, Simón Rodríguez, ¿quién era? ¿Por qué se había esfumado así, junto con los otros dos? Como por arte de magia...

Simón había sido el destructor de todas mis certezas desde la infancia. Había vuelto para verme, y había quitado de debajo de mis pies ciertos fragmentos de "verdad". Y después había desaparecido. Al mismo tiempo (¿casualidad?) el hombre de bronce había comenzado a resquebrajarse, dejando al desnudo al gentilhomme ambicioso y vanidoso, amante de lucirse vestido de etiqueta.

¿A quién pretendía liberar Bolívar? ¿A aquéllos a los que San Martín había prohibido que se les llamara indígenas, en lugar de peruanos? ¿A sus compatriotas criollos? ¿A los esclavos que los de su propia clase habían encadenado? ¿A sí mismo?



A veces temo formar parte de esa clase de locos que, en vez de llevar una vida fácil e insípida, prefieren arriesgarlo todo. Y ganan la gloria.

No obstante, creo haber sido siempre sincero al tomar mis grandes decisiones políticas. Si tenía que perderlo todo a cambio de su realización, lo perdía todo, sin titubear, incluyendo al amor.

¿Quién me exige que me justifique? Quien comienza a justificarse, que deje de obrar, pues la duda habrá comenzado a cavar sus galerías por debajo del edificio.

Y el que no se justifica nunca, no es más que un niño demasiado mimado.



Terminadas las conversaciones graves, todos se ocuparon en la preparación de la fiesta de la noche. Iba a haber, sin duda, una celebración especial en honor de los recién llegados, pero yo había decidido festejar a mi vez mi partida.

Me fui a buscar mi traje de fiesta. Tardé un poco, porque no había hojas ni flores. Sin embargo, cerca de la cascada descubrí algunos cardos conservados por el hielo, los cuales trencé con la lana de mi gorro.

Para el resto me serví sin escrúpulo de la reserva de heno para las llamas. Con él cubrí enteramente mi poncho, pues se adhería muy bien a la lana deshilachada.

Yo no sabía por qué hacía eso, pero estaba muy entretenido y quería jugar mi juego lo más seriamente que fuera posible.



Caminé lentamente hasta la luz, con los brazos abiertos, como si fuera una gran ave. Todos estaban ahí en cuclillas, incluyendo a los niños, que fijaban en mí sus ojos muy abiertos por la sorpresa. En alguna parte, una flauta trinaba en tonos agudos. Yo avancé.

Me enfrenté a todos esos ojos resplandecientes, que no reían. Ya no se oía la flauta. Durante algunos segundos temí haber ido demasiado lejos. Busqué con la mirada a la Gacela, al Puma, pero esos rostros pintados, vueltos hacia mí, formaban un mosaico indivisible.

Habían arreglado sus cabellos en colas bajas, y vestían todos ponchos de lana oscura, hombres, mujeres, niños, los "nuevos" y los otros. . .

Me acuclillé, concentrado en mí mismo. Mi disfraz tenía sin duda varios significados. El primero era que me proponía llamar su atención de una manera impactante. El segundo, que quería vestir un plumaje excepcional para mi vuelo de retorno.

Las ollas humeaban, y yo comí con avidez. Sentía cierta aprensión por lo que vendría después. Había perdido mi inocencia iniciática, y no había de beber más que agua clara y pura.

La flauta volvió a sonar, y luego otras flautas, con la misma alegría y la misma nostalgia. La palabra nostalgia resultaba inadecuada, aplicada a gente que jamás miraba hacia atrás con tristeza ni arrepentimiento.



Cuando el sonido de las flautas se apagó, recité un poema que debo haber compuesto en esos mismos momentos. . . Todos escuchaban con interés ese canto que fluía de mí como agua.

Cuando el poema evocaba la unión de Mamá Oclo y Manco Cápac, se me escapó alguna expresión acaso demasiado cruda, y tuve que unirme a las risas copiosas de mi público.

Después todos volvieron a su actitud atenta, en espera de la continuación del poema, que el canto de la flauta acompañó.

La flauta y yo íbamos juntos, aunque improvisábamos totalmente. Yo recordaba con emoción un cuento infantil que jamás había olvidado. Se trataba de un flautista, creo que en la Edad Media, el cual, gracias a su flauta mágica, liberó a una ciudad de las ratas que la invadían. Todos veíamos a aquel hombre, alto y delgado, con su casaca roja, sus polainas rojas y su gorro de plumas, seguido por una inquietante multitud de pequeñas bestias negras, de largas colas y ojos rojos.



En el instante en que entoné la última nota, una sombra encima del fuego me hizo levantar la vista.

Ahí estaba, nuestro flautista, moviéndose con ligereza en el resplandor rojizo del fuego. Su flauta se balanceaba, colgada de su cuello con un cordel.

Me erguí, temblando, y levanté los brazos para tocarlo. No lo alcancé, pero sentí claramente en mi mano el roce del aire que agitaba en su "vuelo".

Ya ni siquiera me sentía asombrado.



Detrás de todo eso había un gran poder, cualquiera que fuera el nombre que se le quisiera dar.

Yo me había dejado arrastrar varias veces por ese poder, pero estaba consciente de que personalmente no poseía de él nada. . . o muy poco.

Allá abajo, ¿qué sería de ese "poder", confrontado con el otro?

Aquello que creía entonces, ¿lo creería más tarde?

De nuevo me enfrentaba al dilema insoluble. Sin embargo, los peruanos recién llegados parecían haber logrado la fusión imposible.

¿Por qué eran perseguidos?



El aire estaba "libre" otra vez. Aquel hombre había descendido o se había caído; pero yo debí adormecerme, porque no vi nada.

Palabras otra vez, lentas. Después bebimos un té muy caliente, y cada quien se fue a acostar.



La temporada de lluvias comenzaba apenas, pero el frío seguía siendo muy fuerte. La nieve se congelaba por la noche, y en el día se convertía en lodo; eso hacía la vida más difícil.

Mi tendencia al orden, algo maniática, no se encontraba muy a sus anchas en aquel cenagal. El clima tenía en mí un efecto deprimente ¡Estaba empapado! ¡Me pudría! ¿Qué esperaban ellos? ¿Por qué los esperaba yo?

Los peruanos ya me habían dado a entender que algún día bajarían, y que yo podría acompañarlos. Yo trataba de no vivir a la espera de que esto se cumpliera.



Seguimos cazando, con arcos y flechas y con distintas clases de trampas, como antes. Fue necesario llevar a las llamas a otra planicie, menos alta, donde comenzaba a brotar una hierba escasa. Había que secar las chozas constantemente, y repararlas después de las tormentas y las lluvias. También teníamos que volver a cavar los canales de desagüe.

Pero yo no tenía nada que enseñarles. Recordaba la perfec-

ción y el ingenio arquitectónico de los incas, de lo cual había visto muchas muestras en Cuzco.

Por fin terminé de tejer mi poncho de lana de llama, tarea que me pareció fastidiosa, pero me sentí orgulloso a pesar de todo.

Los peruanos no habían cambiado sus indumentarias de montañeses alpinos, y se entregaban a sus ocupaciones, que no diferían mucho de las nuestras.

Estábamos en plena temporada de lluvias, y yo me sentía inquieto. Ya no podríamos partir por otros seis meses, si no lo hacíamos de inmediato. Yo tenía recuerdos trágicos de nuestra última expedición a través de la cordillera de los Andes bajo la lluvia, de lo mucho que había arriesgado al emprenderla, del temor de los soldados, de su valentía sin límite. . .

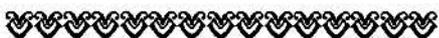
Pero también recordaba mi remordimiento y secreto sentimiento de culpabilidad por haberlos arrastrado a aquel maestrón, aunque fuera hacia la victoria.

Finalmente, a una pregunta clara de mi parte, un indígena respondió que, si tenía prisa, más valía que descendiera solo. . .



Yo estaba furioso y divertido por esta pequeña guerra de resistencia. Me daba cuenta muy bien de lo que ellos pensaban de mí: que no era yo más que un niño mimado, exigente e irresponsable. Que no manejaba mi vida con mis propias manos.

Habían hecho mucho por mí, pero yo esperaba que decidieran mi futuro también. Nadie me hizo jamás ningún reproche. Sentí vergüenza.



Consagré todo un día a la reflexión. En la noche, mi decisión estaba tomada y la anuncié a todos. Luego pedí permiso para llevarme algunas provisiones y la ropa que tenía puesta.

Una mujer me preguntó qué camino tomaría. Le respondí que, como no tenía otra alternativa, seguiría el curso del agua después de la cascada.

No pude ocultar un poco de amargura ante la indiferencia de los que me escuchaban. La mujer se quedó callada un largo momento, y luego volvió a dirigirse a mí.

—El agua te llevará demasiado lejos, a donde te esperan nuestros enemigos.

¿Se refería a la muerte? ¿A las fuerzas españolas?

—¿Cuáles enemigos? ¿Tú los conoces?

—Tú no eres capaz de enfrentarte a ellos.

—¿Por dónde debo bajar?



—Uno de nosotros te acompañará durante un sol y una luna, y te conducirá hasta el pasaje.

—¿Cuándo debo partir?

—Sólo tu lo sabes.

Esta última respuesta no me sorprendió: la esperaba.

Pedí de beber. Ella me dio un jarro con agua. En ese momento me dominó su mirada, como una trampa en la que cayera una pieza de caza, y me sumergí en ella. Dos abismos brillantes, distintos de los ojos velados y cansados de mujer muy anciana que había visto hacia unos instantes. Fui arrebatado suavemente hacia el fondo, y luego ascendí con lentitud y facilidad, como un buen nadador.



Me preparé para el viaje rápida aunque cuidadosamente, y también para dominar la emoción que me oprimía. Sentía miedo, y tristeza. Esos hombres y esas mujeres tan duros me habían revelado mi propio corazón. Yo había dejado en el pasado a mí yo apasionado, que disimulaba su egoísmo bajo la llama patriótica; su falta de sentimientos en las lágrimas fáciles; su grandilocuencia vacía en las palabras esenciales; su incapacidad de amar en su entrega a las causas más nobles. ¿Habría finalmente alguien debajo de las máscaras?



Tenía miedo de bajar al encuentro de mi vieja y conocida personalidad. Era ya un hombre diferente, pero, ¿mi vida iría a ser la misma? Temía a los amigos, más que a los enemigos. Tenía cuarenta y dos años, quizá era ya demasiado tarde para las metamorfosis.

Estaba particularmente ansioso por volver a ver a Simón: su espíritu original sabría hacer las auténticas preguntas. Además, él era el único, aparte de esos indígenas, que me había mostrado su amistad sin deferencia y sin complacencia.



Dormí bien, y me levanté al amanecer. Volví a llenar mi bolsa. Llevaría también mi escopeta, mi arco y mis flechas. Comí un poco de carne seca, y bebí agua. Preparé un saco especial para las provisiones, y la preciosa cantimplora del agua. No tuve que esperar; alguien salió de una choza y fue a mi encuentro. Creí que me acompañaría el Puma, o la Gacela, o alguno de los cazadores jóvenes, o alguno de los peruanos; ¡pero me enviaron al más viejo de la tribu! Oculté mi contrariedad y nos pusimos en camino, sin un adiós. Estoy seguro de haber escuchado: "Te vas porque eres libre. No estés triste." El viejo no había hablado. Lo seguí. Dirigí una última mirada a mis espaldas: había humo arriba de algunas chozas. Me sentí extrañamente reconfortado, pues así supe que nos habían oído partir.



Nos sumergimos en la bruma, a tientas como ciegos. Procuré seguir de cerca la silueta encorvada de mi guía. No se distinguía nada alrededor. Así avanzamos entre la nieve y la niebla, sin señales ni horizonte. ¡Qué manera de borrar el pasado!, pensaba yo. ¡Un sueño!... ¡Había soñado aquella aventura! Y olvidaba la tristeza de la partida.

Poco a poco, una luz tibia se filtró entre las nubes. La bruma se arremolinaba por todos lados, como un mar agitado en pequeñas olas. Finalmente, se abrió y apareció el cielo. Habíamos descendido de una altura considerable, en sentido casi vertical. Todo parecía diferente: el aire que respirábamos, la vegetación, la nieve misma, más ligera. Tuvimos que detenernos un rato, el tiempo que nos llevó adaptarnos. También hacía menos frío. El viejo se veía tan fresco como al amanecer. Nos sentamos, bebimos té frío que él había llevado en su cantimplora, y masticamos algunas tiras de carne.

No sé dónde fue que me acosté, ni cuándo me dormí. Cuando me desperté, lo primero que vi fue al viejo, acucillado cerca de una especie de asador, al cual daba vueltas lentamente sobre el fuego. Un conejo, seguramente, ¡y olía bien! Le pregunté si lo había cazado, y él me respondió que no, que se había dormido, y al despertarse había encontrado al animal ensartado y

el fuego encendido. ¡A mí me encantaba este humor inesperado! Gracias a él, había aprendido a controlar la autocompasión, a menoscabar el amor propio y, sobre todo, a hacer explotar la solemnidad, *mi* solemnidad. Me faltaba práctica, pero siempre participaba en la risa, aun a mis costillas.

Después de los menús monótonos a base de carne de llama, aquél fue un banquete mágico. El viejo desbordaba energía. Yo me sentí fuerte, aun lejos del aura protectora de mis amigos de allá arriba. La perspectiva de reaparecer ante aquéllos que me creían muerto tenía su gracia. Esa euforia de poder que mostraba yo, ¿podía disiparse en el momento en que me dejara el viejo?

La mañana era magnífica, soleada y transparente, como no las había jamás en las alturas.

El viejo se ocupaba de su fuego y de su té amarillento, y delicioso por lo demás. Y a propósito, creo importante aclarar que en ningún momento se me había hecho ingerir o masticar coca, como había visto que lo hacían la mayoría de los indígenas del Altiplano. La chicha tampoco se acostumbraba entre ellos.

Continuamos la marcha entre los abetos, siguiendo un itinerario misterioso. ¡Qué descenso! La nieve se hacía menos abundante. A nuestros pies veíamos un abismo oscuro, de paredes verticales. Yo estaba cansado de avanzar apoyándome en una pierna, por causa de la pendiente, pero era la única forma de descender sin romperse todos los huesos. Finalmente, llegamos al fondo de la vertiente, donde no había nada, ni siquiera agua.



El ascenso por la otra ladera, abrupta y rocosa, sin árboles que sirvieran de apoyo, y con mi pesado equipaje dificultándome la marcha, me pareció demasiado arduo ¡Pero el viejo saltaba hacia la cima con la seguridad de una cabra! De pronto experimenté las sensaciones de mi errabundeo solitario y, para mi gran sorpresa, la idea de volver a vivir la misma aventura no me inquietó.

El aire me pareció más cálido. Habíamos descendido algunos peldaños de la gran escalera. Después de un breve alto, el viejo me hizo señas de que debíamos continuar, y con mucho cuidado, por la peligrosa pendiente. Varias veces estuve a punto de caer al vacío. Yo estaba cansado, y el viejo no. Él avanzó siguiendo una trayectoria llena de vueltas, pues quería evitar descender en línea demasiado recta. Sin embargo, sabía perfectamente a dónde iba.

¡Por fin cayó la noche! Pero yo estaba demasiado agotado para conciliar el sueño. Me quedaba el firmamento, inundado de una claridad lechosa hasta la línea del horizonte. Y en mi espíritu había un espacio de vacío absoluto, que atravesaban perezosamente los recuerdos, los remordimientos, los diálogos jamás establecidos, los reproches contra mí mismo. . . Los rostros estaban presentes de nuevo, más claros en mi memoria que como los había visto con mis ojos. . . Las palabras revelaban su sentido oculto. Como siempre, me devoraba la impotencia.

No había sido capaz de sacar partido de los sucesos "significativos" en los que se me había iniciado. Permanecía ciego a los presagios. Aquellos hombres me habían incitado a abrir unas puertas impalpables. . . Sin embargo, yo no había sabido des-



pojarme de mí mismo. De aquello me quedó una inquietud imperecedera. Pero yo sabía, en el fondo de mí mismo, que lo que me había dominado exigía que renunciara con audacia a todo lo demás; y no quería renunciar a nada. Había percibido con agudeza lo que estaba perdiendo, y sin embargo me quedé paralizado, decepcionado y dolido ante mi propia incapacidad. Nada se había perdido mientras tanto. . .

Entre la vigilia y la pesadilla, vi la luna, que se elevaba lentamente, tan llena y luminosa que sentí un consuelo.



¡El corazón me dio un vuelco! ¡El viejo ya no estaba ahí!

Era muy temprano. El frío mordía como el ácido. Grité y esperé. Guardé todo en las bolsas, presa de un pánico febril, mientras masticaba un trozo de carne seca. Esto tuvo el efecto de aumentar dramáticamente mi sed. . . y la cantimplora estaba vacía. Así, el viejo me había abandonado definitivamente.



Un aullido de lobo a mis espaldas me hizo saltar. Detrás de mí, el viejo reía en silencio: "¡El Coyote! ¡Soy el Coyote!" Me pasó su cantimplora llena con una mano, mientras con la otra agitaba bajo mi nariz un coyote todavía tibio. Yo lo creí vivo, y di un alarido. Esto hizo reír al viejo durante un minuto entero. Luego ató la bestia a mi bolsa de provisiones. Reemprendimos el descenso. Ahora me sentía jubiloso, y por bromear con mi viejo amigo, le preguntaba si ya estábamos a la mitad del camino. Yo esperaba, naturalmente, que me acompañaría hasta mi destino. Su respuesta en forma de enigma no tuvo nada de tranquilizadora:

—Tú, como yo y como todos, estás siempre a la mitad. . .  
¡La diferencia es que yo lo sé!

Y la risa resonó más fuerte.

—Tú sabes bien, Viejo, que yo regreso a mi tierra.

—¿Estás seguro?

Me quedé azorado. ¿Cómo podía él estar tan seguro de mi propia incertidumbre? Era verdad. Había en mí, gracias a la alquimia de esas semanas, una profunda aprensión por el porvenir. ¿Retomaría mi vida en donde la había dejado? ¿Con el mismo ideal? ¿Con la misma fe? ¿Los mismos enemigos? . . . ¿No había perdido allá arriba una parte de mi inocencia? ¿Traía algo valioso a cambio?

—Yo no sé si podré contar lo que me pasó, Viejo. . . Nadie me va a creer.

—Nadie puede volar tan alto como el Cóndor. Pero todas las aves saben que su nido está allá arriba.

—¿Y el Cóndor?

—El sabe que sabe.



La intensidad azul índigo del cielo hería mis ojos. Las emanaciones del Coyote a mi espalda se hicieron insoportables. Me dejé caer al suelo sin sombra. El viejo se sentó, y esperó amablemente que recuperara mis fuerzas. Ahí, de pronto, ya no tuve ganas de hacer lo que se esperaba que hiciera. (¿O lo que yo creía que se esperaba que hiciera?)

En un segundo experimenté la exaltación y el desaliento. En el universo del viejo no existían la autocompasión ni la debilidad. Él me esperaba.



Vomité con tal violencia, que los espasmos recorrían mi cuerpo aun mucho después de haber terminado. Sentí la mano firme del viejo sobre mi espalda. Seguimos caminando, esta vez más lentamente. Un cambio imperceptible en la dirección que llevábamos me indicó que el viejo quizá había modificado nuestra ruta para hacerme más fácil la marcha. . .

Hasta encontramos sombra. El día transcurrió sin una sola palabra, y así el siguiente, y el siguiente. Yo ya no les ponía atención a los paisajes que atravesábamos, ni al calor ni al frío. Era como un autómata. No tenía más que un objetivo: hacerme todavía más opaco. El viejo no había hablado en una eternidad; esto me hizo pensar que nos habíamos perdido y no quería decírmelo.

—Viejo, ¿dónde estamos?

No le quitaba la vista de encima, para detectar cualquier disimulo.

—Tu atención se quedó allá lejos, detrás de ti. . . Tu poder te espera en alguna parte ¿Tu viaje se hará menos penoso si te digo dónde estamos?

—Sí.

—Bueno, observa.



El entorno, sin duda, me era totalmente desconocido. Sentí un ligero malestar, que atribuí al cambio de altitud demasiado brusco. De pronto, involuntariamente, mis ojos no afocaron al viejo, que estaba delante de mí, sino "a través de él", más allá de él, afocaron un gran peñasco sobre el cual había una piedra plana. La piedra era en realidad una gran iguana inmóvil. Su ojo resplandecía al costado de su cabeza, y *existía*, tanto como



yo mismo. Su respiración rápida dilataba su cuello. Desapareció, no como una ilusión, sino como una iguana que tiene miedo. Ya no vi más que la espalda del viejo. No habíamos dejado de caminar. Recordé que para el viejo y para los otros, yo era la Iguana. "La Iguana ha sobrevivido y sobrevivirá, porque es obstinada." ¿Acaso la Iguana era mi guardiana? Salí de mi pesadez mental, y perdí la opacidad.



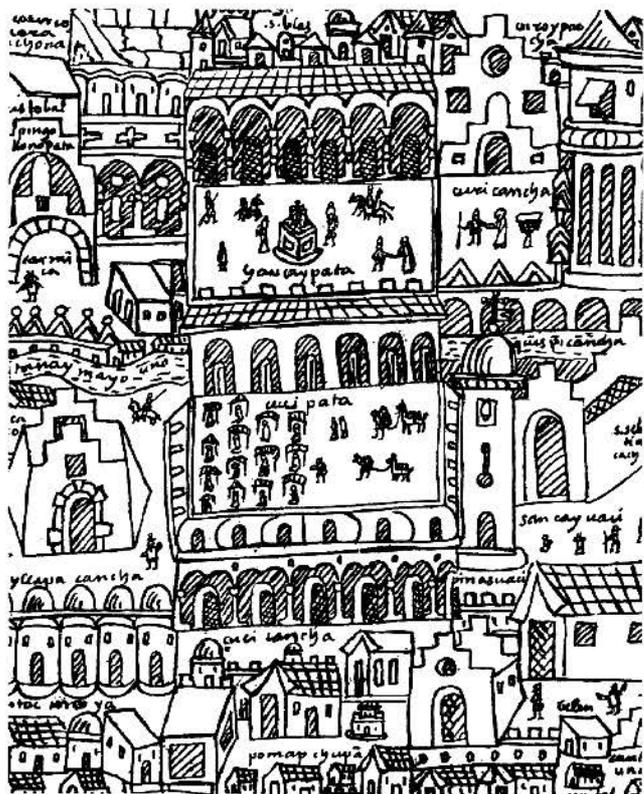
La noche nos cubrió muy pronto. Había en mí tal cantidad de energía, que no sabía qué hacer con ella, sentado o acostado. El viejo permanecía sentado, y eso me contrariaba.

Más tarde, tuve un sueño muy lento, en el que aparecían los rostros de mis amigos de la Alta Planicie; todos estaban ahí, ocupados en sus trabajos habituales. No había entre nosotros más que un breve intercambio de miradas, que me turbaba. Sin embargo, un instante después, los veía desaparecer sin nostalgia. Me bastaba con saber que eran mis aliados. Me desperté lleno de un sentimiento de gran gozo, que no había experimentado en toda mi estancia con los indígenas.



En la mañana, el viejo me anunció que me iba a dejar muy pronto, pero que yo no tendría dificultades. No me sentí particularmente conmovido, pero de pronto adquirí conciencia de todo lo que nos rodeaba, al mismo tiempo como una totalidad y con precisión en los detalles.

Cada arbusto, cada loma, la cadena de montañas nevadas allá



a lo lejos, nuestra posición en relación con todos estos elementos, la luz oblicua, el frío y el silencio del amanecer... Mi conciencia se movía a gran velocidad.

¡Al fin era autónoma! Invoqué silenciosamente a mis aliados para que me acompañaran. No sentí ningún temor, sino una tranquila exaltación de todo el cuerpo y del espíritu, una energía casi palpable.

Nos desviamos varias veces. Yo registraba mentalmente la altura del sol, nuestra posición, cierta variación en la flora circundante, todos esos micro-climas que habíamos atravesado desde nuestra salida de la aldea y su significado en términos de altitud, etcétera.

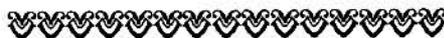


Ya estaba solo.

Sólo me preocupaba que el viejo cambiara de opinión y que mis ímpetus perdieran fuerza. Estaba listo, y no deseaba ninguna tardanza. Pero, conociendo la implacabilidad de esos seres, ¡no tenía nada que temer!

En un estado anímico como aquél, la menor variación de las vibraciones espirituales entre nosotros se sentía de inmediato. Capté una especie de inquietud sutil... Pero desapareció muy pronto. Habíamos llegado al borde de uno de los últimos altiplanos. El paisaje era grandioso, pero a una escala más humana. Tuve la impresión entonces de que el camino por reco-

rrer sería más fácil, menos abrupto. Se divisaban a lo lejos, cerca del horizonte, algunas manchas de colores sofocadas por la bruma: ¡eran campos cultivados! ¡Bueno, tenía que caminar; no podía volar!



El viejo me indicó la ruta a seguir, y me dijo que pronto llegaría a un poblado. Me aconsejó, sin insistir mucho al respecto, que no dijera quién era. Luego me dio una pequeña bolsa con monedas.

—Aquí estamos de nuevo en el Perú que tú conoces, Simoncito. Desde ahora puedes ir a donde quieras. Tu poder te acompaña; de ti depende que no te abandone.

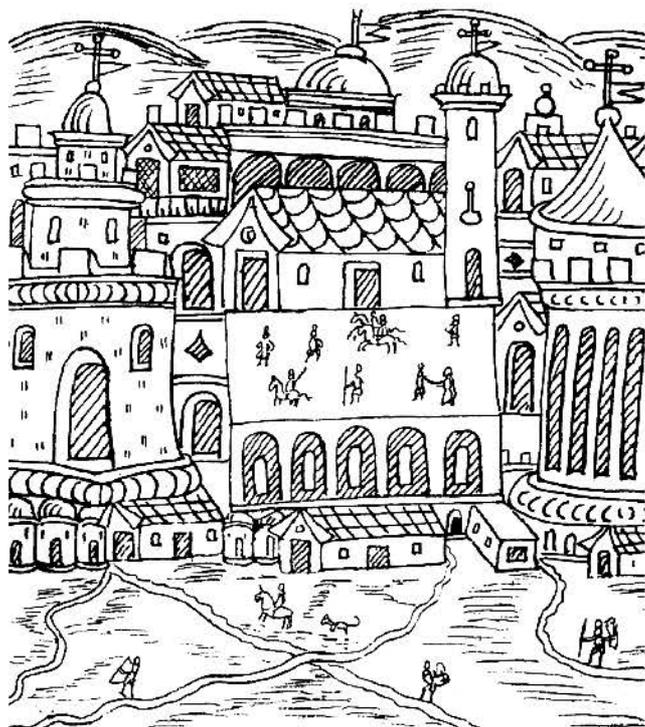
—¡No me abandonará jamás! —le respondí—. ¡Estoy seguro!

—¡Tú tienes la fuerza del toro, la necedad de la vaca, y la debilidad del becerro!

Los dos soltamos una sonora carcajada, magnífica descarga de nuestra emoción. Sabíamos que podríamos habernos expresado, quizá más sutilmente, sin palabras. Sobre todo él, que experimentaba menos que nadie la necesidad de hablar. Pero el contacto de las palabras producía una sensación rugosa y cálida, como un apretón de manos.

Me dejó algo de comida, un cuchillo, mis mantas, y una especie de bolsita de piel llena de una pasta verde.

—Para las heridas, los piquetes... .





No me explicó más. Y luego me dio otra bolsita, pero vacía.

—Llévala siempre contigo. Lo que guardes en ella no podrá servir a nadie más que a ti... Una pequeña cantidad... Tú sabrás.

—¿Y mi escopeta?

—Déjalo. Ahora tienes tu poder.

Me acuclillé para arreglar el contenido de mi bolsa. Estaba demasiado aturdido para hablar. Cuando levanté la mirada, el viejo había desaparecido. No lo llamé.



Emprendí el descenso casi corriendo, a pesar de la fatiga. Como sabía que estaba cerca de la última etapa de mi viaje, me era difícil controlarme. Otra vez era Simón Bolívar, y me esperaban mil asuntos pendientes allá abajo.

Pronto distinguí las cercas de los campos. Esperaba encontrar en cualquier momento a algún pastor con sus llamas. Atravesé aún más rápido aquellos vallecitos. Por fin me volví para mirar hacia atrás, y aquella visión me pareció más irreal a esa distancia. ¡Allá arriba habían tenido lugar sucesos tan intensos como cataclismos naturales! ¡Y yo había participado! Debía ser prudente.

Hice todavía dos días de marcha ininterrumpida, para franquear todas las barreras entre las cimas inalcanzables y las pri-

meras planicies habitadas. En mi euforia, me comí casi todas mis provisiones. Afortunadamente, nunca me faltó agua, pues había en abundancia.



La aldea era tan humilde y tan pequeña, con sus chozas bajas cubiertas de paja y de tierra, que pude pasarla por alto sin darme cuenta. Pero la algarabía que se escuchaba me habría llamado la atención. Corrí por la única callejuela, seguido por los perros vagabundos. ¡No tenía la menor idea del espectáculo que me esperaba!

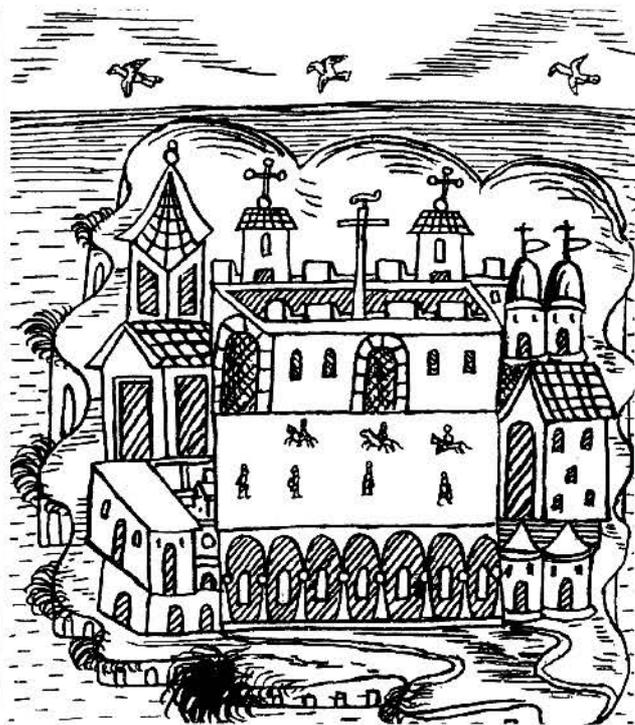
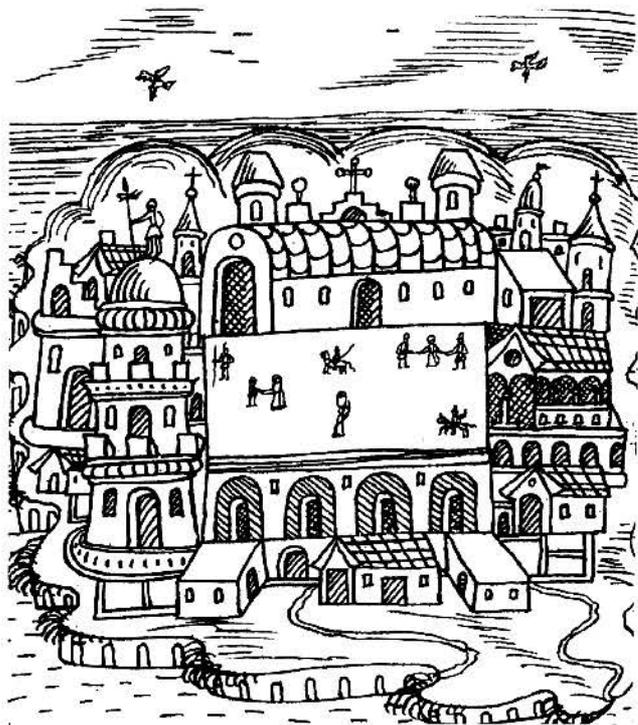
Me acerqué hacia donde se escuchaba un gran rumor, como el de un campo de batalla. ¡Lo que vi era exactamente eso: una batalla, cuya violencia me llenó de asombro! ¡Pero no una batalla entre soldados, no, sino entre hombres, mujeres, niños! ¡Todos en grupo! ¡En parejas! ¡Por docenas! ¡Vi a un niño que dominaba a varias furias desatadas! ¡Una mujer, con su hijo atado a la espalda, golpeaba con un palo a todo el que se acercaba! Esto hizo que me decidiera. ¡Ese espectáculo era indignante para un hombre de honor! Dejé caer mi equipaje, me armé con un palo y me lancé a la lucha, decidido a rechazar la barbarie y hacer triunfar la justicia.



Este manuscrito fue entregado en buen estado a Simón Rodríguez Carreño, alias Samuel Robinson, el 15 de junio de 1833, por don Joaquín de Mier, amigo y ejecutor testamentario de Simón Bolívar, alias El Libertador, muerto el 17 de diciembre de 1830, en la quinta de San Pedro Alejandrino en Colombia.



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
BIBLIOTECA  
PUBLICACIONES



### COMBATES DE INDIOS QUECHUAS

Itinerarios:  
Los olvidados del Altiplano  
A 2, 16 h 55.

He aquí una escena estremecedora. Todo mundo conoce la flauta indígena, de sonido melancólico y como rarificado por la altitud y la dureza de las montañas. Junto con el poncho, la flauta se ha convertido en el símbolo por excelencia del folklore de los indios de Bolivia. Nicole Vitel y François Duratel han filmado ciertos aspectos mucho menos conocidos de la cultura y la vida cotidiana de los indígenas, como este extraño ritual que se celebra en la región norte del Potosí. Una vez al año, los indígenas quechuas se reúnen en una aldea apartada; y tanto los hombres como las mujeres se enfrascan durante varios días en singulares combates, para dirimir conflictos personales o entre comunidades. Un espectáculo muy violento, pero que desde luego tiene un significado social, sus reglas y su poder terapéutico. C.H.

Noticia aparecida en *Le Monde* (Francia) en octubre de 1983.

### Bibliografía

Los olvidados del Altiplano

Blanco-Fombona, R., *Mocedades de Bolívar. El héroe antes del heroísmo*, Buenos Aires, Ed. Inter-Americana, 1942.

Davila, Vicente, *Bolívar intelectual y galante*, México, Imp. Rafael e hijos, 1942.

Monterde, Francisco, *Bolívar*. Selección y prólogo, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1943.

O'Leary, Daniel, *Últimos años de la vida pública de Bolívar*, Madrid, Edit. América, 1920.

Pereyra, Carlos, *La juventud legendaria de Bolívar*, Madrid, M. Aguilar, Edit., 1932.

Peru de la Croix, Luis, *Diario de Bucaramanga o vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, Edición del Centenario de Ayacucho, Madrid, Edit. América, 1924.

Ilustraciones tomadas de Nueva Corónica y Buen Gobierno (Codex péruvien illustré), F. Guaman Poma de Ayala, París, Institut d'Ethnologie, 1936.